UNA UTOPIA DE AMERICA

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA

EL COLEGIO DE MÉXICO

UNA UTOPIA DE AMERICA

Primera edición, 1953

Derechos reservados conforme a la ley
Copyright by El Colegio de México
Nápoles, 5 — México, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

UNA UTOPIA DE AMERICA

por

PABLO GONZALEZ CASANOVA

EL COLEGIO DE MEXICO

INDICE

I. El hombre moderno en México 7

II. Un hombre práctico del romanticismo 31

III. Este mundo: México en 1858 60

IV. El otro mundo: la utopía 92

V. Epílogo, o génesis de la utopía 129

Apéndice: EL REMOTO PORVENIR 147

I

EL HOMBRE MODERNO EN MEXICO

Desde el siglo XVIII aparece en México un espíritu moderno y científico, emprendedor y revolucionario. Clavijero y Gamarra, Alzate, Mociño, Bartolache, Montaña, Elhuyar, Del Río, son algunos de sus principales representantes. Ese espíritu cabe dentro de la órbita de la Ilustración Europea. Se ostenta en principio —en los altos círculos culturales— como una tímida Modernidad Cristiana, que ni quita ni pone reyes o dioses, como simple reforma de métodos y técnicas de investigación, como remozamiento de la cultura académica anquilosada, estéril, que lleva a cuestas una Edad Media, muerta ya en los silogismos y en la prédica huera de la filosofía y de la ciencia. Su postulado original —fuente de las luchas renovadoras— reza así: La ciencia nueva no ataca más autoridad que la de Aristóteles. La filosofía moderna sólo destruye el principio de autoridad en las actividades científicas.

Pero la Modernidad Cristiana es en el fondo un primer lance para romper la rutina española, una pugna que florece en la Metrópoli y en América contra España la vieja, y contra los hábitos intelectuales, sociales, políticos y económicos del Imperio. Al cabo del tiempo el supuesto ingenuo o mañoso del antiaristotelismo y de la lucha contra las autoridades científicas entra en una corriente histórica y social, que le da un sentido de mayores alcances, muy contrario al Rey de España y a los dueños de América. Se alza al fin el Liberalismo

Ilustrado, también Cristiano, pero mucho más agresivo en lo político. Es la filosofía de la Independencia de América, base espiritual de nuestro siglo XIX, de las revoluciones que privaron a España de sus colonias, y de las revoluciones que fueron transformando a los países de América y alejándolos cada vez más de la vieja estructura colonial.

El hombre moderno de la Ilustración tiene preocupaciones científicas y ambiciones políticas, sociales y administrativas, que habrán de dar una traza totalmente nueva a la historia mexicana. La Modernidad Cristiana y el Liberalismo Ilustrado —como movimientos neoteóricos— no bastan así para caracterizarlo. El hombre moderno adquiere una visión desusada de la vida y del mundo, en la que colaboran la idea que se forma de sí mismo y de los otros, y el sentimiento de un poder enajenado que arrebata al fin a los dominantes. El hombre moderno de la Ilustración, criollo y mestizo principalmente, tendrá por vez primera, a fines del siglo XVIII y principios del XIX, la sensación de que la historia es *su* historia, la Nueva España, *su* México, considerado ya *no como región* sino como Estado, y el poder, *su* poder, así sea político, científico, económico o administrativo. Este intento vehemente de apropiarse la historia, la tierra y el poder es una verdadera rebeldía, y caracteriza al criollo tanto o más que su adhesión a la filosofía moderna. Provoca una búsqueda forzosa, e implica una lucha sangrienta. Una búsqueda del pueblo y su historia, una lucha por el poder. Pero la apropiación no es inmediata ni fácil. El historiador tendrá que ayudar al político a adueñarse del Estado. El político tendrá que auxiliar al geógrafo para encontrar los límites de la patria. Al fin intervendrá el pueblo.

El impulso renovador, iniciado por la Modernidad Cristiana, dió al hombre un carácter insospechable. Al animarlo a que se apoderara de sí mismo —de su historia— y del Estado, lo empujó a una actividad creadora, a forjar el pasado y el futuro de la nación. Con ello el tono de la vida colonial desapareció, pues en la Colonia *la Creación* era un hecho del pasado, de Dios y los españoles. El pasado era hispánico y no contenía frutos de liberación. A partir del surgimiento del hombre moderno, el pasado empezó a ser mexicano, como el Estado, y como el proyecto de una felicidad futura. El liberalismo ilustrado fué origen de la Patria. Colaboró intensamente para precisar el nacionalismo. Provocó un fenómeno que en Europa no tendría razón de ser: la liberación de una colonia, el nacimiento de un Estado nuevo, y la búsqueda de las características históricas, antropológicas y geográficas, en el más amplio sentido de la palabra, de ese Estado. Lo que en Europa fué Independencia del antiguo régimen, en América fué independencia política, administrativa y moral del régimen español. Por eso al suceder a los Borbones y a los nobles hizo allá el pueblo el elogio del pueblo, y aquí hizo el elogio del pueblo mexicano. Esta adjetivación del sustantivo provocó una oposición principal de naciones aquí, mientras allá desataba originalmente una oposición de estamentos y clases. Aquí se defiende el color y se buscan las posibilidades creadoras de la raza. En oposición al blanco y al extranjero se levanta el indígena. "La revolución no ha dejado de perjudicarlos —decía Mora refiriéndose a los indios— porque han pretendido serlo todo de un golpe, antes de tener disposiciones para nada, y las pretensiones de algunos de ellos han llegado hasta a proyectar la formación de un sistema

puramente indio, en que lo fuesen exclusivamente todo".[1]

La grandeza de América y de lo americano es defendida con más tenacidad que nunca. En ello va la vida independiente de las nuevas naciones. La historia del indígena es heroica y magnífica, la tierra del indígena es rica, las virtudes políticas del indígena son ejemplares. El historiador ayuda a hacer los mitos del pueblo nuevo. Lo declara antiguo y con tradiciones de grandeza. Hace un elogio de lo propio, que tiene una función creadora. Es un elogio de redención. El indígena —indio sobre todo, mestizo e incluso criollo— merece justicia. Pero no sólo la merece sino que debe hacerse justicia de acuerdo con la historia de su grandeza y también con la nueva razón, con la ideología del liberalismo, que es la verdad. Porque al hacer el elogio de sí mismo el mexicano de la Independencia no cerraba las puertas a la cultura europea. Tan esencial a su liberación era su historia como su nueva filosofía. Su rebelión era verdadera y lo llevaba a apoderarse de los instrumentos de ultramar, de los más nuevos, de los que lo habían despertado del sopor, de los que habían empezado por liberar su mente. El hacía un elogio de su fuerza. Su fuerza estaba fincada en el fausto de su historia, pero también en su inteligencia para captar el mundo, para apropiarse de la verdad cósmica, estuviera donde estuviese. Su negación de Europa no era ciega, ni indiscreta y sin juicio, pues habría sido de esclavo. Con la mirada más alerta buscaba el saber de sus enemigos y de sus correligionarios europeos. Ayudado de la nueva filosofía señalaba las miserias de sus blancos señores y la posi-

[1] Mora, José María Luis. *Méjico y sus Revoluciones*. París, Librería de Rosa, 1836. T. I, p. 67.

bilidad de ser grande como los más notables y admirados extranjeros de sus días. Se daba cuenta de que para crear necesitaba adueñarse de nuevas ideas y viejos pasados. No se alejaba de Europa, la descubría al tiempo que desentrañaba su propia tierra y su historia. El conquistador descubierto sucedía en su espíritu al conquistador que lo descubriera.

Así, con el advenimiento de la independencia política de México estaba aparejada no la independencia del espíritu occidental sino *su apropiación*, y concretamente la conquista, cada vez mayor, de ciertas ideas de la nueva Europa para la creación del México Nuevo. A ella se sumaba la toma del pasado; de la historia indígena. Y estas apropiaciones de las verdades nuevas y de las viejas reforzaban la idea de la independencia del Estado.

Quizá la independencia del Estado era la más importante de todas las apropiaciones. Acompañada de una sensación general de poder *revolucionar* y de poder *reformar*, se puede decir que es el dato original que da nacimiento a la nación mexicana de 1820. La apropiación del Estado es el eje espiritual del hombre moderno de México, que hasta entonces, por muchas luces que haya tenido, por mucho que haya participado de la cultura del Renacimiento o de los grandes sistemas del siglo XVII —suponiendo que este hecho fuera del todo cierto—, no era un hombre moderno, pues le faltaba decisión creadora. Le faltaba el impulso que le diera la corriente filosófica del XVIII y que lo hiciera crear su pasado y su Estado. En esto, la evolución de los mexicanos de la Ilustración habría de distinguirse también de la evolución de los europeos. Europa no necesitó de la Revolución Francesa para proyectar por vez primera

una renovación de la cultura, de la sociedad y de la vida. El poder siempre estuvo en sus manos o a la mano, y los filósofos que florecieron allí, desde siempre, o mejor dicho, desde la constitución de las naciones europeas, habían tenido conciencia del poder. Su vida independiente siempre tuvo cerca el poder, y en su eslavitud los europeos siempre amenazaron al poder con una teoría de independencia. En ese sentido fueron creadores antes de ser Ilustrados. América hubo de esperar la Ilustración para decidir teórica y prácticamente la negación de un estado colonial; para afirmar la libertad y la posibilidad de adueñarse del gobierno. En la época colonial americana el Estado no fué un problema radical. Cuando surgían cuestiones de gobierno Europa debía resolverlas. Cuando se planteaba un proyecto administrativo iba a parar a las autoridades españolas. Las rebeliones aisladas carecían de ideas generales. Las protestas populares no estaban reforzadas por una ideología rebelde: "Las masas, sumidas en inverosímil ignorancia —dice Sierra—, tenían algunos desiderata, más bien locales que nacionales; tenían odios sobre todo, que es la pasión de los oprimidos".[2] Los filósofos eran esclavos. Seguían con fiereza las antiguallas. Propalaban la servidumbre al Estado. A lo más pedían enmiendas parciales; pero reconocían siempre la autoridad sagrada y política. Por eso América no pudo hacer entonces en Indias sino utopías locales —como la de Vasco de Quiroga—, utopías administrativas. Porque la utopía, en el más amplio sentido de la palabra, es un intento de Creación que niega a la autoridad, y los americanos no pensaban en crear un mundo, ya que estaba creado

[2] Sierra, Justo. *México social y político*, en *Obras Completas del Maestro...* México, 1948. T. IX, p. 154.

de antemano, ni siquiera pensaban negar a la autoridad con quimeras. Hasta que la Ilustración dió forma a su rebeldía, a su pasado y su futuro, no se integraron a la cultura prometeica. De ahí que la Ilustración tuviera una importancia tan grande en América. Formuló la conciencia de los pueblos coloniales. Dió nacimiento a un fenómeno de independencia. Un movimiento tan tímido como la Modernidad Cristiana fué en América toda una revolución espiritual, una novedad, porque hizo de cada hombre autoridad y lo acercó a la creación del Estado, de la vida política y social. El Liberalismo Ilustrado —heredero legítimo de la Modernidad— continuó decididamente la obra revolucionaria de ésta, al sentar las bases teóricas del hombre independiente de América, original y permanentemente reformador y revolucionario. Esos dos movimientos colaboraron para apuntar una forma nueva a la idea que tenían los americanos del poder, les dieron conciencia del poder que no tenían y de la posible renovación —pacífica o revolucionaria— de los poderes. Y cuando al fin los mexicanos hicieron la independencia política y pudieron manejar el poder, reforzaron activamente esa calidad de hombres modernos que los había llevado a la lucha. Así, desde este punto de vista, las estructuras sociales más importantes que formaron al hombre moderno fueron la ideología liberal e ilustrada, el indigenismo pre-romántico y la apropiación del poder político, económico, jurídico, administrativo. Liberalismo, indigenismo histórico y antropológico, y poder político, hicieron que los mexicanos vieran la Creación como hecho del futuro.

Pero las cosas no iban a quedar allí. La dosis de modernidad con que el americano va a iniciar su vida

independiente habrá de recrecer y los lazos con el pasado inmediato se habrán de relajar muchísimo. Las novedades del mundo se pondrán de moda. Llegarán incluso a superar a ciertos mitos históricos, que fueron motor de la Independencia, como el de los indios libres y nobles de la América indiana. El amor por las novedades filosóficas, jurídicas y políticas será un mito tan poderoso como la creencia en *lo perfecto*, que dominaba a la época colonial. Lo desusado será bueno. Por momentos desaparecerá toda crítica de lo nuevo. Habrá creyentes. Sólo el rencor sordo de los conservadores se permitirá la crítica —a veces razonable— de las ideas que nacen. Contra la fe del gran siglo aparecerá así, por una curiosa ironía, la crítica de los crédulos, pero ésta no será bastante para detener las novedades. El hombre moderno de México llegará a extremos a que nunca llegó la Madre Patria. Esos extremos son la Reforma y la Revolución de 1910. La Reforma de Juárez y los suyos es un rompimiento definitivo con el Antiguo Régimen,* y la Revolución es una rica vertiente de mundos nuevos. Una y otra demuestran las fuerzas que se atribuyeron los mexicanos para cambiar su vida y para romper con lo que les había sido *dado*. Revelan un espíritu creador incontenible, el cual se explica por infinitas causas, económicas, culturales, políticas, filosóficas, etc., pero puede ser analizado tomando como guión el cambio

* Aún cuando la Reforma no haya acabado con todas las características sociales y económicas del Antiguo Régimen, al aplicar las leyes de Desamortización y de Nacionalización creó un latifundismo laico —como acertadamente lo llama José E. Iturriaga— que se alió al capitalismo internacional y postuló el liberalismo en lo político y el positivismo en lo filosófico, razones todas ellas que impiden considerar que esa sociedad de fines de siglo y principios de éste fuera feudal, como algunos lo han dicho. José E. Iturriaga. *La estructura social y cultural de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

real de la sociedad, que afecta todos los órdenes de la vida. A ese cambio se sumaría la anarquía social que invita a la construcción, y a la anarquía, la injusticia del pasado, que sobrevive, e inclina a la nueva justicia.

En un breve estudio sobre *Las transformaciones de las técnicas*, el historiador francés Marc Bloch formula esta pregunta: "¿No debe uno suponer que una sociedad animada de un poderoso movimiento interno (provocado por desastres diversos, por *razzias*, por migraciones forzosas), en la que los antiguos cuadros se desbaratan, tiene una naturaleza, una faiultad de adaptación más grande?" Es una pregunta afirmativa como pocas y se ve plenamente confirmada en nuestro país.

En el siglo XIX México sufre innumerables desastres internos e internacionales. Los cuadros coloniales se van quebrantando. Se suceden las levas, las revueltas, los poderes, los planes de trabajo. Viene la destrucción de los conventos y de las grandes propiedades eclesiásticas. Viene la destrucción de las leyes. Las cosas no pueden quedar así. La conciencia del cambio aumenta con el amor a las novedades, a las resurrecciones, y con el cambio real.

Por un lado la inestabilidad social provoca un deseo de acumular bienes y el temor de lanzarse a empresas de larga envergadura. Se salva quien puede: el avaro y el timorato. Por el otro, la inestabilidad social inevitablemente conduce a un deseo de renovación, de reorganización. Las masas quieren esperar del que promete y hay grupos de hombres que cifran su salvación en la salvación de la sociedad. Luchan por apoderarse del gobierno y de las fuentes de la riqueza. Enarbolan sus banderas para la contienda. Proclaman que su enseña es nacional. Las ideas cumplen una función muy impor-

tante. Los conservadores evocan la calma del pasado. Los liberales acarician las promesas del futuro. Nacen así las divisas del siglo, *Orden y Progreso*. Ambas reflejan la idea de cambio. No son de actualidad por un simple contagio literario, sino porque la propia historia política y social de México hace que los hombres las antepongan al desorden de las guerras, a la anarquía y al retraso económico, político y social. Las palabras *Orden y Progreso* demuestran, a lo largo del siglo, que el Estado sigue siendo un problema radical para el americano, y que al descubrir éste en la Ilustración la idea de la creación del Estado ya no la abandona nunca.*

Orden y Progreso parecen ser resumen y bandera de todo cambio pacífico y guerrero del siglo XIX; pero las acciones bélicas, la anarquía —el cambio real—, son a su vez causa de una mentalidad que piensa fácilmente en las mudanzas, en las innovaciones. Si los mexicanos que luchan por el *Orden* producen la anarquía y los que luchan por el *Progreso* desencadenan la barbarie, ello no obsta para que crean con vehemencia en los cambios. Unos y otros están agitando los espíritus, manteniéndolos en un estado de renovación y de reflexión permanentes. Coinciden con la idea abstracta de las transmutaciones sociales, ya sea para volver a la tradición, ya para instaurar una sociedad nueva por sus leyes y su vida. Todos más o menos se acercan al jefe político —al rebelde local, o al dirigente de un movimiento revolucionario

* En México la idea de crear el propio mundo no tiene pocas limitaciones: desde antes de la Independencia se piensa en ofrecer la corona a un príncipe español o europeo, y cuando el clero y los latifundistas se ven amenazados por Juárez solicitan el apoyo de un príncipe extranjero. No obstante eso, los grupos que defienden la independencia de México y la idea de que México puede forjar su propio destino siempre han acabado por triunfar de esa amenaza constante en la vida de todo pueblo débil: el colonialismo.

nacional—, que tiene "el fuego nuevo" y reorganiza el mundo. Esperan de él una mejoría pública, un perfeccionamiento del Estado, pero también, como es obvio, píngües ganancias.

La sociedad mexicana, una vez habituada a los cambios violentos, adquiere mayor predisposición para las enmiendas sociales y políticas, que según piensa aliviarán su suerte. La mejora puede ser parcial y momentánea —algo así como un botín— pero también estable. Es el caso que las revoluciones capacitan a la sociedad para el progreso, y la anarquía para el orden, aligerándola de hábitos y dándole un sentido del cambio y de la historia más vivo que en otros pueblos.

El hombre moderno que quiere producir un nuevo orden produce cuando menos un desorden que favorecerá la idea de cambio, que agitará no sólo su espíritu, sino el de los simples campesinos, el del pueblo en veces escéptico, deseoso de redimirse por la lucha ideológica, tan superior al robo —principio inmoral y desordenado. Y cuando el hombre moderno es progresista incita también a los conservadores al cambio y los arrastra al presente. El cambio es así la ley del siglo XIX, la idea que priva apasionadamente en todos los espíritus —ya por miras cotidianas, ya por miras heroicas.

Esa predisposición a las reformas y a las innovaciones sociales —que determina las oscilaciones más agudas entre optimismo y pesimismo— no es suficiente para explicar en forma concreta las ideas de cambio. La idea de cambio implica tanto la idea de evolución, revolución y progreso, como la idea de orden, de tranquilidad y de paz, a que se aspira y por las que se desea

modificar la sociedad. Estas ideas implican otras, limitadas por su contenido, por los grupos sociales que las defienden y por sus efectos sociales. La cuestión es difícil de desbrozar porque la idea de cambio fué simplificada en nuestro siglo XIX hasta el abuso, lográndose con ello la máxima abstracción y, por lo tanto, el más fácil empleo de las dos palabras que la representaban.

Orden y Progreso se convirtieron en una especie de Verdad y Mentira, de Ariel y Calibán. Cuando se unieron como un solo lema fueron el Ariel de un Calibán retardatario y desordenado. Pero siempre aparecieron tajantes, metafísicas. Fueron el Dios y el Diablo de la historia. Los demiurgos emplearon para conquistarlas toda suerte de magias y adivinaciones. Se hizo una ética del Orden y otra del Progreso, una metafísica, una estética. Pero por debajo de la magia, de la adivinación y de la metafísica de esas palabras se encuentra un sentido concreto. Para comprender la idea de cambio es necesario estudiar esas dos palabras y ese sentido concreto, que aparecen, si se las relaciona con su contenido ideológico, con los grupos y clases que las defendieron y con los efectos sociales que produjeron.

Un análisis semántico de las palabras *Orden y Progreso* resultaría muy interesante para saber con exactitud todas las formas en que fueron aplicadas. *Orden y Progreso* de la filosofía, de la religión, del arte, de las letras, de la educación, del espíritu cívico, de la economía, de la industria, de la libertad. El análisis llevaría a terrenos más firmes. Las palabras cobran vida en relación con los valores postulados en cada terreno del pensamiento y de la cultura. Lo que es orden en religión puede ser desorden en política, etc. Pero el análisis no se puede hacer sin atender, también históricamente, a la

idea de los medios y de las medidas que habrían de tomarse para cambiar —ordenar o hacer progresar— a la sociedad: quién —liberal o conservador— oscilaba entre la reorganización administrativa y legal, más o menos efectiva, y el providencialismo; quién, entre la práctica de una técnica real o imaginaria; quién, entre el progreso material y el teórico o el teológico; quién, entre el deseo de recurrir a un hombre providencial, a Dios o al pueblo, etc. Se ve así —y en buena parte habremos de comprobarlo en las siguientes páginas— que los mexicanos del siglo pasado al hablar del cambio, del Orden y el Progreso, y al pensar en los medios de realizarlo, le daban el contenido propio de una filosofía más o menos naturalista o pragmática, o el de una filosofía sobrenatural e incluso espiritual, que hacía de un elemento irracional (Hombre providencial, Dios, Acaso, etc.) la fuente de toda solución.

La semántica de esas dos palabras y la relación de las ideas de *Orden y Progreso* con los distintos terrenos del espíritu, lejos de alejarnos de lo social, nos acercan dando una pauta todavía más firme para analizarlas. En principio el *Orden* fué bandera de conservadores, ya que se oponía al "desorden de la libertad", y el *Progreso* fué bandera liberal que se enfrentaba al misoneísmo de los conservadores, al orden establecido. Como se puede percibir fácilmente, lo social da la clave para encontrar el contenido concreto de la idea de cambio. El grupo o los grupos que defendieron las banderas del Orden y del Progreso son los que verdaderamente definen esa idea, que de nuevo parece escaparse cuando se buscan los efectos de las luchas políticas y sociales, cuando la realidad contradice la bandera del *Orden* y el *Progreso*, pues si las palabras vivieron en

nuestro siglo XIX con gran aliento, los hechos estaban siempre allí contradiciéndolas, inhibiéndolas, poniéndolas en ridículo. Por una parte hasta los bandidos y los asaltantes llegaron a hablar de *Orden y Progreso;* por otra el conservador pudo hacer progresar a la Nación —digamos en el terreno industrial—, y el liberal pudo ordenarla, de lo que es buena prueba el régimen de Porfirio Díaz que personifica la doctrina que consideraba *el Progreso como la evolución del Orden.*

El cambio del siglo tuvo muchos sentidos. Las palabras *Orden y Progreso* nacieron de los más opuestos programas, grupos y clases, y llegaron a producir los más contradictorios efectos. Pero el siglo no se comprende sin esas palabras, como no se comprenden las palabras sin los grupos sociales que las defendieron. Y si la idea de ordenar correspondía originalmente a la sentencia del Génesis —en siete días Dios ordenó el mundo—, y la idea de progresar correspondía a las mejoras de la máquina y a la acumulación del conocimiento técnico, es decir a la más reciente filosofía, ambas palabras reflejan por entonces una transformación voluntaria del mundo, y en particular la idea de que los mexicanos son capaces de ordenar o mejorar su propio mundo.

Pero aparte de esas palabras, que sirven para esclarecer la idea de cambio, hay otras dos: libertad y riqueza. Las ideas que representan no dejan de estar relacionadas con aquéllas. Libertad y riqueza adquieren a menudo la categoría de *Causa Prima* del movimiento histórico.

La libertad es la llave del progreso, de la paz y del enriquecimiento de las naciones. Guarda el sabor de su

origen marino, amante de lo universal: se ha luchado tanto por ella para acabar con las fronteras y las cortapisas del comercio humano y divino, que se ha llegado a pensar que, con sólo obtenerla, los problemas del mundo quedarán resueltos. El liberal mexicano del siglo XIX tiene esta idea excesiva de la libertad.

Por otra parte, la riqueza se identifica con el progreso material, y de hecho —en Europa inclusive— se tiene fe en que el progreso de unos cuantos, andando el tiempo, será el progreso material de la comunidad. La fe en la evolución de la industria es característica de toda la primera mitad de siglo. Hay liberales y conservadores que tienen una visión hipertrófica de la evolución de la riqueza a través de la técnica. La técnica se convierte en salvadora. Son dos ideas abstractas: el hombre no se pregunta: ¿Libertad de quién? ¿Técnica de quién? Los grupos sociales no son relacionados con las ideas. Pero la realidad social les da una vida justa y concreta y un sentido a menudo opuesto, contradictorio. Así llega a aparecer la industria como enemiga de la libertad y viceversa. En el fondo los grupos las toman como símbolos de luchas complejísimas, anteponen la libertad a la industria o la industria a la libertad. En el México independiente los liberales llegan a formular una ordenación que se halla implícita en todas sus luchas. La libertad, a través de la educación *(primo)* y de la industria *(secundo)*, lleva al progreso humano y al orden de la sociedad. Los conservadores obtienen una fórmula distinta: la industria, junto con la educación religiosa, moral y técnica, y junto con un orden político que mantenga la moral y la religión, lleva al progreso, a la libertad y a la felicidad.

Y aunque aparentemente la industria corresponde a una idea de la realidad menos abstracta, y es ligada por los conservadores a realidades culturales, religiosas, etc., es sin embargo abstraída de las estructuras económicas y sociales que están por encima de ella (de los problemas nacionales e internacionales de producción, distribución, circulación y consumo), por lo que al fin y a la postre aparece también como una idea abstracta.*

Las ideas libertarias e industrialistas estuvieron íntimamente ligadas con las ideas de Progreso y Orden. Cuando el sector más avanzado de México, el liberal romántico o positivista, se quería desprender de lo pasado y progresar, pensaba de inmediato en dar libertad y en educar a su pueblo filosófica, política y económicamente. Y el conservador, torturado por el *Orden*, tenía como meta el orden religioso y moral, pero también el orden económico que enriquecería a la nación.

La libertad y la educación fueron otro *leit motiv* de nuestro siglo XIX, como lo fueron quizá en un grado menor, pero no menos característico, la religión y la técnica industrial. La educación no era tan sólo un elemento fundamental de la administración del Estado, como lo es hoy, sino la clave de toda solución a los problemas sociales. La técnica industrial era resultado, pero también se le veía como causa de la Civilización. Aumentarla por todos los medios era una idea común, a partir de la independencia. La industria cabía dentro de esas dos grandes categorías del Orden y el Progreso, e incluso era una primera piedra para hacer el puente entre una y otra. La industria, en un pueblo como el

* Cf. Pablo González Casanova: "Ideología de la primera industrialización mexicana", en *Jornadas Industriales*, 2ª época, núm. 21, pp. 25-48, México, oct. de 1952.

mexicano de la primera mitad del siglo, era una meta, una posibilidad de cambio. Imponerla en los espíritus requería el que sus defensores recurrieran a las ideas abstractas y flúidas de *Orden y Progreso*, e incluso el que encontraran en un sector de la sociedad mexicana las bases psicológicas y culturales necesarias para las innovaciones. Esas bases estaban evidentemente maduras hacia 1830, época en que empieza un vigoroso esfuerzo para industrializar al país minero y agrícola. En que el hombre moderno de México, conservador o liberal, considera necesario y básico el cambio de las técnicas de producción, y logra un primer paso importante para desarrollar la industria nacional.

El *Orden y el Progreso*, banderas del siglo, junto con la capacidad de cambio, fueron los principales enemigos de la rutina en materia de técnicas, de esa rutina propia del "campesino que no discute ni su práctica ni la que se le propone para reemplazarla".[3] En el México del siglo XIX —desde los principios de la vida independiente— se discutieron, por el contrario, todas las innovaciones industriales, con la misma pasión que puso el siglo en materias políticas, religiosas y educativas. Junto a la idea del hombre nuevo surgió la idea de una nueva técnica y de un México industrial; con la idea de la libertad individual apareció la de un México independiente por su capacidad de producción, por su industria. Y esta última idea fué defendida indistintamente por los conservadores —hombres nuevos también— y por los liberales, contra conservadores y liberales partidarios, por ejemplo, de un México minero o de la libertad de comercio.

[3] Flucher, Daniel. *Routine et innovation dans la vie paysanne*, en *Le travail et les techniques*. París, 1950. p. 89.

Pero el impulso que predispone a las innovaciones, que decide a los hombres a plantar la libertad en un país tiranizado, y a establecer una industria poderosa en un país minero y pobre, no carece de contradicciones. Si el cambio apresta la mente a las innovaciones, no es ésa la única causa ni es ése el único efecto. Como dijimos antes el cambio es un índice de adaptaciones. Nada más. Por una parte el cambio del siglo XIX es lucha entre grupos y clases, por otra es Caos. Las catástrofes son un aspecto importante en la evolución del siglo. El mundo se hace y se deshace. Hay un hilo de tragedia que atraviesa el siglo de parte a parte. Esa tragedia es escandalosa y abrumadora. El fracaso como tal afecta a muchos espíritus. Los vuelve escépticos o desvergonzados. Los apronta a la inacción, o al desquite. Los separa de la sociedad. Los arrumba en su individualidad. El medro está a la orden del día. El robo se vuelve característico del pueblo. El soborno adorna a las autoridades. El cohecho es privilegio de comerciantes. Y México adquiere una etiqueta. País desastroso, inepto, incompetente, ladrón. Como de costumbre, el extranjero hace la leyenda negra. El viajante cuenta del robo, del silencio amenazador de las campiñas, del despego bárbaro que se tiene a la vida, de la muerte. ¿Qué hay de cierto en todo eso? Algo nada más. De hecho se perpetra una escisión brutal de la realidad. México entra en la fórmula del bien y el mal, del optimismo y el pesimismo, del orden y el desorden. Y así como nosotros abusaríamos pensando que el México del siglo XIX fué exclusivamente creador y racional y sólo excepcionalmente caprichoso y caótico, así el extranjero —ese extranjero por antonomasia que habla del destino innato de las

naciones— abusaba al considerarlo un pueblo sin sentido político.

El cambio produjo también el pesimismo. El cambio brutal parió a los escépticos, a los desordenados, a los facinerosos. Dió idea de inestabilidad, de esterilidad. Desde principios del siglo hizo que naciera un fantoche: *Don Antonio Siempre el Mismo*, símbolo mexicano del eterno retorno, personaje popular de panfletos y folletines políticos, que se plantaba en medio de la plaza para reírse de todo programa de gobierno, de todo proyecto, de todo optimismo falso o verdadero.

Pero si al optimismo del siglo XIX mexicano corresponden también un escepticismo y un pesimismo cíclicos e incluso permanentes, éstos se localizan desde luego entre los hombres alejados del poder, entre las clases medias, a ratos incrédulas del mundo, o entre las gentes del pueblo, que habiendo combatido por cambiar la faz de la tierra, habiéndose acercado a los jefes y luchado al lado de ellos, vuelven a sus creencias antiguas sin un aparente progreso, e incluso con cierto temor hacia las innovaciones. Y cuando el escepticismo afecta a los grupos que gobiernan, aparecen con esa lucidez iturbidiana o santannina la desvergüenza del caudillo y la soldadesca, la inmoralidad pública, el desenfreno, el amor y desdén de la vida.

Pero cuando los escépticos atesoran el poder el siglo los despeña. Y cuando los escépticos pobres guardan prudente calma, el hambre los empuja. Y no sólo los empuja a tomar la escopeta y a lanzarse a las revueltas, sino los obliga a pensar, los hace imaginar mundos mejores. Por eso es un error, por desgracia frecuente, considerar que sólo una *élite* piensa en México. El pueblo discurre mundos mejores. El haber pensado en ellos

salvó a los dirigentes progresistas, determinó movimientos importantísimos, como la Reforma y la Revolución de 1910. Allí está para dar testimonio la filosofía popular mexicana que se encuentra en los procesos de la Inquisición y en la literatura revolucionaria. No es cierto, como se ha dicho, que el pueblo fuera sólo juguete de los dirigentes. El pueblo pensó en 1810. Hubo, entre los panaderos, los boticarios, los barberos, los leñadores, filósofos estoicos, ateos, deístas, enamorados de *La Marsellesa*... Y en 1910 hubo partidarios del anarco-socialismo, espiritistas anticatólicos, protestantes obreristas, pseudo-marxistas, social-demócratas y filosofadores indigenistas. Y no caigamos en el otro mito: la sabiduría del pueblo. El pueblo pensó con pobreza, a medias. Pero pensó sus problemas. Al lanzarse a las luchas tuvo una idea vaga y circunstancial del mal y del bien, del Orden y el Progreso.

El cambio lo ayudó a concebir la evolución, como a todos. Lo hizo adaptarse a nuevas vidas, y reclamar como los demás el Orden para comer y el Progreso de la libertad.

Por otra parte, cabe observar en esta visión de transformaciones, que si el ambiente era favorable a los cambios y a las ideas nuevas no era favorable a los sistemas de ideas radicales. De hecho no había grupos con ideologías extremas, que fueran lo suficientemente poderosos para imponerlas.

Cuando el hombre moderno ha movilizado sus ideas, no ha podido presentarlas radicalmente, ni ha podido sostener un extremismo ideológico en lo político: toda revolución ha conservado su Virgen de Guadalupe. Para imponer medidas radicales ha sido necesario recurrir

a ideas y símbolos tradicionales, por dos tropiezos: la herejía, el radicalismo y todas sus posibles manifestaciones han sido siempre cultivadas individualmente en México, conservando así ciertas formas muy características de la cultura española, en la que toda heterodoxia tiene carácter individualista, o se reduce a un grupo exiguo de correligionarios, lo que no ocurre en el resto de Europa, digamos con el protestantismo. Y además, porque toda herejía, toda idea innovadora radical, en cuanto ha servido de símbolo a un movimiento histórico, se ha unido a grupos sociales heterogéneos, cultural e ideológicamente, que han dado también la pauta a la historia: esos grupos nunca han tenido una ideología radical. No han sido nunca de herejes los ejércitos de Hidalgo, los de Juárez, ni los de la Revolución Mexicana. Y así en el curso de nuestra historia los radicales, a la larga, no han dado el tono individual de su vida espiritual a la nación. Conforme los pensadores revolucionarios se han acercado más al poder y más lo han manejado, más han sufrido el influjo de la nación, y se han visto obligados a sumarse a un pueblo que hacía profesión de fe conservadora, en los terrenos de la religión, de la superstición, de la moral. Si las reformas y los cambios que han sucedido a las revoluciones (de Independencia, de Reforma y a la Agraria de 1910) han sido radicales en ciertos terrenos, la ideología que ha privado ha sido conciliadora, por lo menos en lo abstracto y en lo general. Si en los momentos en que se han tomado medidas radicales las tradiciones han ocupado segundo lugar, después han vuelto a renacer. Ya libres, se han lanzado contra el viejo amigo que tomara medidas radicales, enmascaradas a veces de filosofía moderada. En el curso de la historia del hombre

moderno de México ha habido una filosofía "ecléctica" dominante —liberalismo ilustrado, positivismo, ideología de 1910—, que ha correspondido a medidas políticas radicales, definitivas, pero parciales: Declaración de Independencia, expropiación de los bienes y supresión de los privilegios del clero, expropiación de tierras o acuerdo de privilegios y garantías colectivos, etc. El México revolucionario ha sido por lo general en sus horas y días más revolucionario en los hechos que en los sistemas de ideas. En cierto modo, a ideas a menudo conciliadoras han correspondido medidas radicales. Es así como Voltaire y la Virgen de Guadalupe han cumplido por minutos una misma función social, al servir de símbolos a un mismo movimiento revolucionario. Esta es una coyuntura frecuente en la historia universal. En México se ha convertido en problema gigantesco a partir de la Independencia, y ha dado al pueblo una experiencia cotidiana de las contradicciones tan frecuentes entre los hechos y las palabras. ¿Pero cómo explicar semejante desajuste, sin reparar en las diferencias culturales enormes que han separado a los dirigentes y a los dirigidos, a las ideas nuevas y a una realidad ideológica tradicionalista, a las palabras progresistas y revolucionarias por un lado, y a los hechos tradicionalistas, estacionarios y regresivos, de los opositores ideológicos y de los propios aliados, de los propios partidarios de la Independencia, de la Reforma, de la Revolución? La tirantez entre el pasado y el presente ha sido más fuerte que la tensión entre las razas. Por eso, dejando al margen la discordia natural de conservadores y progresistas, todavía queda una lucha pertinaz entre los propios dirigentes y los dirigidos, entre los hombres modernos y sus afiliados, entre los

generales y sus soldados. ¿Por qué entonces se ha unido ese pueblo, que conserva el eje visual de una cultura antigua, con el ilustrado, con el ideólogo, con el positivista, con la liberal-socialista? ¿Por qué, si no es por una convicción general ni por un acuerdo esencial de filosofías y de visiones de la vida, sino porque otros elementos psicológicos, políticos y económicos han colaborado invariablemente a la unión? Sólo considerando esos elementos puede explicarse el que el hombre moderno haya contado con un pueblo culturalmente heterogéneo, en los momentos decisivos de sus reformas y de sus revoluciones: sólo por la desesperación de las masas contra el yugo, contra la tiranía, contra la miseria, y por las ideas aisladas que escuchaban en boca de sus dirigentes. Esas ideas se integraban en un mundo ideológico hecho, heredado, buscando acomodo ecléctico, semejante al que encontraban en la cabeza de los liberales moderados, de los reformistas católicos, del positivismo anticlerical pero respetuoso de las creencias en el más allá.

Así, una visión de la historia moderna de México advierte al espectador del cambio fundamental en la actitud de los hombres. De elementos de la creación pasan a ser creadores en el sentido ecuménico de la palabra. Los embarga el optimismo que acompaña a toda creación. Y si ese optimismo y ese deseo de cambiar el mundo se ven empañados por el escepticismo de algunos hombres o de algunos tiempos, y por la falta de planes generales, radicales, ello no obsta para que den sentido y razón a la historia mexicana. Sin su preponderancia la historia del México moderno sólo sería

un caos. Aparecería un México falso en que los hombres sólo se matarían por desdén a la muerte. La idea de la muerte sería más importante para comprenderlo que los intereses y los ideales de la vida. Aparecería un México instintivo y bárbaro, un pueblo señalado por la mano de Dios. Los historiadores jeremíacos tendrían un argumento exquisito. Pero la verdad es otra. A partir del siglo XIX nace la inestabilidad social —un mero caos si se la mira aislada—, pero también una vida espiritual agitadísima que gira en torno al poder. Los mexicanos se habitúan desde entonces a ver cambiar el mundo; y se acostumbran a la revolución de las ideas, de las instituciones, de filosofías, costumbres, leyes, etc. Los proyectos que hacen explican su historia, sus reformas. Sus ideales son un elemento racional, formidable, que surge en medio de sus contradicciones.

II

UN HOMBRE PRACTICO DEL ROMANTICISMO

En ese ambiente ideológico del siglo XIX mexicano, vivió don Juan Nepomuceno Adorno, inventor y mecánico, pensador social y autor de utopías. Como Roberto Owen y Saint-Simon, los dos reformadores que vinieron a México, y como algunos de sus contemporáneos y conciudadanos, Adorno fué un hombre de empresa del romanticismo. Creyó a la vez en la industria y en la Providencia.

Vió Adorno la luz primera en México, en 1807, fué longevo y murió hacia los ochentas. De su vida personal no sabemos nada. De su vida pública estamos mejor informados por sus propias referencias, sus escritos, y por las noticias de los periódicos. Trabajó en una época como empleado de la Renta del tabaco, viajó después por Europa, presentó en la Exposición Universal de París de 1855 ingeniosas invenciones, y veinte años más tarde dictó conferencias en Barcelona sobre su filosofía "providencial". Al regresar del primer viaje estuvo enfermo de muerte por una intermitente perniciosa, y con ese motivo determinó publicar sus escritos filosóficos un año después —1862—, fija la idea de que no corrieran en público hasta que él hubiera fallecido. Pero no logró su propósito. Algunos amigos obtuvieron ejemplares de la obra, y el legado que pensaba dejar a la humanidad alcanzó en vida cierta divulgación.

Entre los hechos notables de que tenemos noticia, que caracterizan a este personaje, está un viejo discurso

pronunciado en memoria del benemérito Matamoros. Es un discurso típico de pueblo, de fiesta patriótica. El autor maneja figuras coloridas para expresar la realidad. Es patético en extremo, habla de la justicia con intensa emoción, de las generaciones futuras con aire paternal, de los héroes, en forma de elegía, del país de los aztecas con retórica chirle y sentimental. Reniega de las guerras fratricidas que malogran los más valerosos esfuerzos, y en medio de las desgracias que pinta, de la abyección que encuentra en el México de entonces, descubre ese optimismo ardiente que lo va a sostener en el curso de su larga vida, como sostendrá a tantos miles de mexicanos que habitaron ese siglo nuestro, desgraciado pero fervoroso. "¡La divina México llegará a ser feliz!", exclama a fin de cuentas.[1]

Es ése el *leit motiv* de su vida gigantesca y atolondrada: la felicidad de la divina México, de los humanos, y de los habitantes de todos los planetas. En sus inventos, en sus escritos sociales y en sus imaginaciones teológicas y utópicas, no aparece a primera vista un motivo espiritual más profundo. Adorno tiene el entusiasmo de un niño Prometeo, como todo su siglo. Es buscador de soluciones y encuentra que como hombre será un colaborador de la vida, del universo y de la ley que lo rige y lo lleva a una mayor, a una total felicidad. Su máquina es un principio de salvación; sus máquinas, para ser más precisos; pero también, como veremos, las ideas de su libro sobre *Los males de México*, y las de ese otro que con el solo título dice de todo su optimismo: *La armonía del Universo*.

[1] Adorno, Juan Nepomuceno. *Discurso pronunciado el día 27 de mayo de 1841, en memoria del heroico general D. Mariano Matamoros en la ciudad de su nombre*. Puebla, imp. en la casa de Juan N. del Valle, 1841. s.p.

Adorno era un hombre más desequilibrado que su siglo. Se sumó a la hueste del optimismo social que invadió a la cultura europea en los tiempos de Flora Tristán, es decir, fué un utopista. Manifestó su desequilibrio en todos los terrenos, incluso en el de la mecánica, que podría parecer lo menos propicio al desequilibrio, pero que lo fué, no accidental sino generalmente, pues por entonces la sociedad toda se trastornó con el descubrimiento de los grandes poderes de la termodinámica, y con el advenimiento de la Revolución Industrial, y llenó de humanidad a los nuevos autómatas, como a los fetiches antiguos. Lo humano que puso la sociedad en la máquina fué lo que produjo el frenesí científico y poético de la época romántica. Fué humano lo que hizo trizas el cálculo, las leyes de la mecánica, de la química, de la biología. Lo que afectó a todo aficionado a constructor y a todo artífice de mecanismos. Y Adorno, de por sí propenso a la imprudencia, no estuvo exento de este pecadillo.

Hombre desequilibrado, no fué ni gigante ni enano, si los hay. Pasaba del éxtasis a los tropiezos de la vida diaria, de las grandezas a las minucias, de los recintos más nobles y sagrados, de los más perfectos mundos, a las oficinas mugrientas y sórdidas. Anochecía pensando en el Espíritu Absoluto y amanecía escribiendo una solicitud al más miserable burócrata. Construía con grandes trabajos y mayores imaginaciones una máquina que salvaría a la humanidad, y al día siguiente iba a ofrecerla a un hombrecillo desprovisto de magín y de ideales; y por si eso no fuera poco veía cómo sus máquinas no sólo se quedaban inactivas, por la abulia o la malicia de los empleados, sino que se quebraban y hacían trizas ante la realidad física del mundo. Pero

como era en esencia un hombrecillo y un gigante —ambos en perpetua lucha—, seguía como hombrecillo fabricando máquinas para que se las compraran y encomendaran los jefes del Estado, y como gigante seguía creyendo en los hombres, en sí mismo y en los efectos prodigiosos y salvadores de sus aparatos. Por eso nunca se abatía, nunca cejaba ni se volvía pesimista, ni aceptaba la posibilidad de que él o la humanidad fracasaran.

Encontramos por primera vez al ingeniero Adorno el año de 1843. Se halla defendiendo por entonces una causa, justa al parecer, pero chata, insignificante, pigmea y hasta desprovista de verdaderas fábulas. El hombrecillo surge por vez primera con toda claridad. Nuestro famoso tirano, de nombre Antonio López de Santa Anna, había pensado construir el teatro que llevó su nombre, en medio de la más horrible miseria de la nación. Había encomendado el trabajo a un tal Hidalga, ingeniero español, amigo suyo, quien ya se entregaba a sus nobles labores, cuando un arquitecto de la localidad, llamado Vicente Casarín, lo acusó de estar construyendo contra las reglas del arte, y pronosticó el derrumbe del teatro, nada menos que para el día de la inauguración. "El ingeniero don Juan Nepomuceno Adorno —escribe Olavarría y Ferrari— espontáneamente salió a tercear en la cuestión, no tanto para defender a Hidalga, como a Casarín, e impedir que el ridículo que éste venía echando sobre su propia persona perjudicase de algún modo a los arquitectos e ingenieros mexicanos".[2] La polémica adquirió un tono violento y demagógico. Adorno estuvo por cerrar la herida entre los pueblos de España y México, y el arquitecto ofendido por abrirla.

[2] Olavarría y Ferrari, E. *Reseña histórica del teatro en México.* México, La Europea, 1895. T. II, p. 74.

Casarín llegó incluso a acusar a Adorno de ser un escritor a sueldo, desconocido, pobre diablo sin beligerancia alguna, y en respuesta a unos versillos que éste decía haber traducido de una lengua oriental, le endilgó unos muy groseros de Iriarte, que no vale la pena reproducir. Pero en el fondo Adorno tenía razón por muy empleado y pobre diablo que fuera. Casarín había obrado por resentimiento, pues los proyectos que presentara para el Mercado, para el Teatro y para la Columna de la Independencia no habían merecido la atención de los jurados. Los planes de Hidalga no sólo eran buenos y novedosos, sino que le valieron elogios de personas versadas, porque resolvía difíciles problemas arquitectónicos. El teatro de Santa Anna no se cayó.

En este caso Adorno no libraba una batalla ilustre o grandiosa, pero tampoco humanizaba la fabricación del teatro. Posiblemente quería congraciarse con Santa Anna, amigo de Hidalga, y la necesidad de apoyo lo inclinaba, con la amistad, a defender al constructor. Era ése un acto de la vida cotidiana. El empleado del tabaco, Adorno, ingeniero de profesión, defendía un plano levantado correctamente. La vehemencia de su imaginación todavía no se desbocaba sino para pedir, por arte de la polémica, que se olvidaran los rencores entre España y México, y para citar, por ridícula fatuidad, unos versillos del Oriente. Sólo después empezaría a manifestar su idea de que la máquina es una construcción benigna, capaz de convertir en realidad los pequeños y grandes ideales, y cometería los errores y torpezas propios de un brujo romántico del industrialismo. Empezaría a sacar conclusiones humanistas de la técnica y a incorporar un mundo imaginario a la máquina y la máquina a un mundo imaginario, relacionando y con-

fundiendo a hombres y artefactos de nuevo cuño, como Owen cuando decía: "Si hay testimonio de que una cuidadosa atención de vuestras máquinas inanimadas puede producir tan benéficos resultados, ¿qué no cabe esperar si ponéis la misma atención en vuestras máquinas vitales, que están construídas en forma todavía más maravillosa?" [3] Por ese tiempo Adorno, a lo que sabemos, no había iniciado aún su carrera de inventor, que nos interesa considerar ahora reparando en la efectividad técnica de sus inventos; pero sobre todo en el sentido mesiánico que dió en atribuirles y que llega a su plenitud en el *Anâlisis de los males de México*, 1858, y en sus discursos de 1871.

No es fácil levantar el vuelo y muchas veces, cuando los aeronautas logran sus propósitos, vuelven a caer por el lastre que llevan de la tierra. Los primeros inventos de Adorno son unas máquinas para cigarrillos, puros y picados de tabacos. A decir del inventor eran máquinas esas enteramente originales, y no mejoras ni variaciones de modelos preexistentes. Servían para fabricar cigarros por el método de cadenas sin fin; para hacer cigarros de tubo, como los usados en Francia y Rusia, puros cilíndricos mexicanos, puros habanos o de Manila, y otras suertes de cigarros y cigarrillos. Adorno había inventado las máquinas antes de 1845, época en que firmó un contrato con el Supremo Gobierno, que le valió viajar por Europa, donde de acuerdo con lo previsto debería construirlas. Desgraciadamente las circunstancias aciagas por que atravesó el país en ese tiempo hicieron que el gobierno suspendiera los envíos necesarios, y Adorno pasó ocho años y medio gastando con tenacidad su corto

[3] Owen, Robert. *Observations on the Cotton Trade*, 1815.

capital y tratando de llevar al cabo sus invenciones. A su regreso, en el año de 1853, cuando ya se le acreditaba, tanto en México como en Europa, como inventor de esas máquinas, hizo demostración de una de ellas a Lerdo de Tejada y al ministro en pleno; pero tras la demostración se encontró con la triste noticia de que en su penuria el gobierno había traspasado la renta del tabaco a una empresa particular. No se desilusionó por eso y, en vísperas de partir nuevamente, solicitó un privilegio de inventor por quince años,[4] con la esperanza de que sus máquinas fueran empleadas más tarde, por la empresa o el gobierno. Para esa época Adorno se sentía satisfecho de sí mismo, a pesar de los reveses, y creía en la "notoriedad constante y universalmente reconocida de sus invenciones", atribuyéndose el haber tecnificado por vez primera la industria del tabaco. "Excepto el rapé —escribe con orgullo—, que ya se construía mecánicamente en Francia y Portugal, y el tabaco para pipa, todos los demás artículos se han labrado manualmente, por lo que mi invención es absoluta de formar puros, cigarros y tabacos picados, con el auxilio de las máquinas".[5]

¿Pero qué efectividad tenían esas máquinas minuciosas de innegable prosaísmo, y cuál era su utilidad? Todavía en 1858 Adorno estaría proponiendo al gobierno que las pusiera en uso, y escribiría en su *Análisis de los males de México:* "Los pocos defectos que como invenciones enteramente nuevas pudieran descubrir, con el uso prolongado se corregirían y sus resultados, propios de toda máquina manufacturera, llevarían a una

[4] Exp. 202 del A.M.P. (Archivo de Marcas y Patentes de la Secretaría de Economía.)
[5] *Ibid.*

mejor producción, o transformación o fabricación del tabaco". Es así como el autor reconocía la posibilidad de fallar parcialmente y de que sus artefactos no lograran producir un tabaco impecable. Tenía sin embargo la esperanza de mejorarlas con el uso. Pero tenía una esperanza más, que no se limitaba a ser útil con sus inventos a la industria mexicana, ni a aumentar y perfeccionar la producción, sino a ser útil a sus conciudadanos, al gobierno y quizá hasta a la Patria. Un gusanillo empezaba a reptar en sus razonamientos. Como inventor quería recomendar sus productos, y quizá eso lo hacía exagerar desmesuradamente sus virtudes, o quizá ya creía desde entonces en las virtudes desmesuradas de sus inventos. ¿Cómo iba a ser capaz de resolver una maquinita de tabaco un gran problema de la Patria? Evidentemente se necesitaba mucha audacia o un exceso de buena fe para probarlo, y a fin de cuentas los argumentos que se dieran parecerían como tirados de los cabellos. Era ése, sin embargo, un primer rasgo de lo que sería una horrible antinomia entre el hombrecillo y el gigante. Adorno había propuesto sus máquinas por vez primera cuando se restableció el estanco del tabaco en 1845, y había dicho que iba a resolver con ellas un problema que minaba la economía nacional, afectando a todos los espíritus políticos y empresarios. Ese problema era el contrabando, "hiedra de la economía nacional", como lo llamó algún contemporáneo, "cáncer mortal de la renta", como lo llamó Adorno. Pensaba pues que sus máquinas manufacturarían los labrados con más perfección que la mano humana, pero también en forma distinta, con lo que se evitaría que el presupuesto nacional siguiera sufriendo por el contrabando, y se resolvería un gran problema

de la Patria. Sus máquinas servirían así para enriquecer a México. Pero las razones de Adorno —ya fueran fruto del vendedor o del patriota—, a pesar de haber sido escuchadas por el gobierno, se perdieron en la miseria general de México, por las variaciones constantes de la política, y porque la empresa concesionaria no se animó a llevarlas a la práctica, a falta de un espíritu renovador, o por considerarlas inútiles. Así, estas primeras máquinas de Adorno quedaron arrumbadas en el hórreo, y la industria del tabaco no fué mecanizada. Si el problema económico y social que pretendían resolver estaba muy por encima de ellas, la capacidad social y económica que tenía México para tecnificarse era también una realidad mayor que se opuso permanentemente a su funcionamiento.

Este era el primer fracaso; después vendrían otros. Don Enrique de Olavarría y Ferrari —escritor pedestre— nos da una nueva noticia de los inventos de Adorno en su *Reseña histórica del teatro en México*.[6] Según Olavarría, un distinguido maestro de cuyo nombre no se habla se sorprendió de encontrar en cierta obra de Fetis el nombre del mexicano don Juan Nepomuceno Adorno, autor de ocurrentes invenciones, presentadas en la Exposición Universal de París de 1855. Consistían éstas en un sistema de notación musical, llamado por su inventor *Melografía*, cuyo objeto era fijar las improvisaciones de los compositores en unas tiras de papel, que se enrollaban a un cilindro ajustado a la encordadura de los pianos de cola.[7] ¿Y qué pasó con aparato de tanta utilidad? Pues que no dió resultado práctico alguno; ningún resultado práctico. El aludido maestro reconoció

[6] Olavarría. *op. cit.* pp. 310-311.
[7] *Ibid.*

que el sistema poseía una cómoda escritura, que daba mayor y más racional simplicidad a la notación musical, permitiendo nulificar catorce signos, siete llaves y siete accidentes, con lo que se facilitaba mucho la lectura; pero, por benevolencia o descuido, no dijo todo lo que era necesario decir. Han sido muchos en efecto los intentos de simplificar la notación musical vigente, y otro pensador social, Juan Jacobo Rousseau, no fué ajeno a ellos, como tampoco fueron ajenos dos mexicanos anteriores a Adorno, uno de Culiacán y otro de Guadalajara. Sin embargo, la suerte de esos intentos ha sido por lo general adversa. Los autores han querido innovar una escritura que es producto de siglos de reflexión y experiencia, y han pretendido descomponer lo que requiere de la complejidad, en cuanto entran dos manos o varias voces y aparece una polifonía. Así, a lo sumo han llegado a simplificar una línea, pero en mengua de la partitura. El invento de Adorno no podía correr con mejor suerte, y aun cuando anunciaba los aparatos que registran el sonido, hoy no cabría recordarlo, sino para comprobar que nuestro autor era hombre dado a simplificar los fenómenos de la naturaleza y el arte, inventor de una partícula y encubridor de ciento.

Ya hemos visto pasar a Adorno de un invento tabacalero a otro musical. Esa versatilidad es propia de inventores y muy característica de este hombre dedicado, como muchos de sus contemporáneos, a tan diversas actividades políticas, literarias, científicas y filosóficas. En 1860 registra en el Ministerio de Fomento un *Nuevo sistema de metalurgia*, basado en procedimientos y mecanismos aplicables también a otros ramos de la industria, algunos de ellos de su invención, y otros, perfec-

cionamientos originales de máquinas que existían en el extranjero. En la glosa que hacía su *Nuevo sistema* no faltaban razonamientos ni especulaciones sobre la riqueza mineral de México o sobre las posibilidades que había de explotarla intensamente, para enriquecer a la nación y dar trabajo a sus hijos. Los inventos de Adorno, a decir del inventor, iban a acabar con los inconvenientes o defectos de la industria mexicana, "rémora principal del desarrollo de nuestra minería a una escala gigantesca". Con ello la industria igualaría a la naturaleza, las máquinas serían tan importantes como "los ricos yacimientos con que Dios había querido privilegiar a nuestro hermoso suelo".[8]

Estos aires de grandeza; estas dimensiones colosales que la máquina cobraba día a día en las explicaciones de Adorno, corresponden por entonces a análisis más moderados y en apariencia prácticos sobre el alto costo de la producción actual o sobre la posibilidad de explotar con el nuevo sistema los yacimientos de escasa ley. Sin embargo se ve ya un afán de convertir al pueblo indigente en núcleo de industrias gigantescas y de las que no habla el inventor en sentido figurado, sino al pie de la letra, como un sueño que al despertar parece realizable.

Pero las máquinas no serían aplicadas, no se diga ya a una escala gigantesca o a gran escala, sino en forma limitada y parcial, y hacia el mes de septiembre de ese mismo año, Adorno pensaría dedicarse a un negocio más humilde, aunque no menos importante por sus efectos en la sociedad y en la vida de México... "Nada sería tan conveniente —escribe por entonces—

[8] Exp. 398 del A.M.P.

como el establecimiento de molinos de trigo en las grandes ciudades, para la seguridad del sustento y alivio de sus habitantes, no sólo en las circunstancias azarosas y de intranquilidad, sino también en las normales y de plena paz..." [9] Adorno deseaba establecer un molino de vapor en la ciudad de México y pedía privilegios para no pagar sino un cincuenta por ciento de las utilidades que obtuviera. Pensaba dar pan al pueblo capitalino en forma permanente y segura; evitarle las zozobras de las guerras y revoluciones, que cortaban tan a menudo el aprovisionamiento de víveres, y particularmente el de la harina. No trataba pues de aplicar una máquina nueva, un invento que hubiera realizado, sino de adaptar la máquina de vapor a un molino, para impedir que el pueblo sufriera hambre cuando la ciudad estuviera sitiada, hecho harto frecuente y posible en esos tiempos. Pretendía así introducir un principio relativamente viejo, usar una máquina conocida, para resolver un problema actual o potencial, que amenazaba a la sociedad mexicana de entonces. La idea era realmente preciosa, pero ¿qué aplicación práctica tenía? ¿Qué impedimentos había para llevarla a cabo? Una Comisión encargada de revisar el proyecto hizo el recuento abrumador de las innumerables dificultades y trabajos que vedaban su realización. La crítica que formulara no puede ser más precisa ni más concreta para ilustrar todos los puntos de la realidad social, económica y técnica, que pasaba Adorno por alto al querer resolver un problema determinado —el hambre de una ciudad sitiada— con la creación del molino de vapor. Por eso la copiamos en seguida: "De todos los establecimientos

[9] Exp. 407 del A.M.P.

agrícola-industriales —decía la Junta Revisora— los molinos de trigo del Valle de México son los que han adquirido mayor perfección, al haber adoptado los modernos mecanismos que tanto mejoran las moliendas, y perfeccionado los graneros, lavaderos y demás oficinas indispensables. Además, los propietarios han sistematizado el ramo de una manera cómoda para los productores, los conductores y los consumidores, de lo que resulta la suficiente afluencia de granos a los molinos y la consiguiente abundancia de harinas en el mercado... La situación de los molinos del Valle —añadía la Comisión— y la abundancia de aguas de que todos ellos disfrutan, proporcionan la comodidad necesaria para el lavado y asoleo del trigo, que son indispensables para la buena calidad de la harina... Por otra parte, ni los remitentes de trigos ni los conductores se avendrían a introducir el trigo a la ciudad privándose de las ventajas que les proporcionan los molinos de fuera, como son el corto pago de fletes y el ahorro de peajes; o exponiéndose a los registros de garitas o los embargos de acémilas. Y por muy espacioso que fuera el establecimiento nunca podría llenar las condiciones requeridas para los de su clase, pues no podría tener varios ni espaciosos graneros, ventilación, aseo, y seguridad para el reparto y clasificación de los trigos; y por último el mayor jornal de los operarios y el costo inmenso del motor harían imposibles las ventajas mencionadas por el solicitante..." [10]

Todas estas razones habían sido sencillamente ignoradas por el señor Adorno, así como dos experiencias realizadas con anterioridad en el mismo sentido y que

[10] *Ibid.*

habían fracasado; pero la Junta Revisora hacía hincapié en una última razón verdaderamente obvia y que da idea de la ceguera a que era conducido el inventor: ¿Cómo podría evitar un molino establecido en la ciudad que las mismas causas que impedían la introducción de la harina impidieran la introducción del trigo? El caso del molino es ejemplar, pero no único: revela la desatención de todos los datos de la experiencia militar, comercial, industrial e histórica, que están por encima de una experiencia inmediata, y el total aislamiento del problema, al que se da una solución abstracta y pueril. El señor Adorno mostró una vez más con su solicitud que era el perfecto encubridor descubridor, y si dió amplias pruebas de preocuparse por abastecer el vientre de la ciudad, por procurar alegría y bienestar a sus habitantes en esos días aciagos de revueltas, guerras y sitios militares, también puso a don Quijote de molinero, en un negocio próspero quizá, que podría darle satisfacciones pecuniarias y no pocos regocijos, pero que lo incapacitaba para luchar contra los molinos verdaderos o de viento.

Los cortos vuelos del romántico inventor iban a perder altura. Fracasado el negocio individual quedaban otros recursos para cumplir con los menesteres de la vida cotidiana, o, para decirlo de otro modo, con el espíritu empresario que se le iba despertando y que se sumaba a su curiosidad y conocimientos mecánicos. Por esos años había aumentado el prestigio de Adorno en los círculos gubernamentales, y no sabríamos decir si a consecuencia de un mito forjado por el pueblo en torno a su personalidad, o más bien porque contaba entre los altos burócratas con algunos amigos. Es el caso que en 1861 el Presidente de la República, el Congreso

de la Unión, el Ministro de Gobernación y el Ayuntamiento le prestaron su apoyo y lo contrataron nada menos que para limpiar y desaguar las alcantarillas de la ciudad, para profundizar sus zanjas y canales y pavimentar sus calles, con unas máquinas que al efecto construiría. Caso más penoso que éste no existe en la vida de Adorno. Por una parte el utopista está entregado a un negocio poluto y extremadamente práctico, nada más práctico e higiénico, y por la otra va a ser acusado de malos manejos.

Cuando estaba Adorno por terminar la máquina de vapor, destinada a macadamizar las calles y caminos, y había construído una parte del arado hidráulico para la limpia de acequias, el nuevo Ayuntamiento lo acusó públicamente de haber empleado medios ilegales para obtener el contrato, de haber invadido las atribuciones municipales, y de que su sistema de limpia era más caro y lento que el método antiguo. De todas estas impugnaciones se defendió Adorno en un breve folleto, diciendo en primer lugar que su mecenas, el Ministro de Gobernación Zarco, no había favorecido su empresa por miras personales, sino "guiado por el deseo de hacerle un bien a la ciudad y de proteger los verdaderos adelantos de la industria en nuestro país".[11] Trató Adorno además de probar que sus máquinas hacían menos costosas las obras públicas, y eran muy eficaces, hechos de difícil verificación. Finalmente hizo hincapié en sus más nobles móviles, en su amor a la Patria, a la Ciudad e incluso al Ayuntamiento, y adujo como de costumbre, aunque esta vez más forzadas que nunca, las

[11] Adorno, Juan Nepomuceno. *Datos útiles sobre las obras públicas de esta capital, que el contratista de ellas expone ante el público y las autoridades.* México, imp. de J. Abadiano, 1861, p. 19, y exp. 416 del A.M.P.

razones sociales que lo habían inclinado a emplear sus máquinas, diciendo que no sólo las ciudades modernas las empleaban en la limpieza y el empedrado, sino que en el caso particular de México, emplearlas significaba salvar a las clases pobres, de que las calles y plazas fueran invadidas por las aguas, de que los pisos bajos de las vecindadas se vieran inundados, y de que la insalubridad consiguiente hiciera padecer a la población mayores sufrimientos...

Durante esos años Adorno se siguió preocupando por la ciudad de México, aunque con más altas miras. Ya había hecho la primera edición de su *Armonía del Universo,* cuando publicó una *Memoria acerca de los terremotos en México,* 1864, en la que reaparecen todas las vetas de la personalidad de su autor, su imaginación desbordante, su tribulación por los males, esta vez físicos, del mundo y de México, y su esperanza de hallar un remedio técnico que los contrarrestara. Empezaba Adorno preguntándose si la bella capital sucumbiría alguna vez bajo las fuerzas colosales de la naturaleza, pues se hallaba fincada entre los 18 y 19°30' de latitud boreal, es decir, allí donde se encuentran los volcanes del Anáhuac, del Tuxtla, del Neneampatépetl, del Xitlaltépetl, del Iztaccíhuatl, del Popocatépetl, del Ajusco, del Toluca, del Colima y del Joruyo, representantes —¿quién lo duda?— del mal de la naturaleza, del sufrimiento cósmico que padece el hombre. Los volcanes amenazaban a la ciudad desde tiempos antiguos, pero a partir de la Conquista sus erupciones y terremotos habían aumentado no sólo en número sino en violencia. Era necesario, por lo tanto, hallar un remedio adecuado, y él creía tener ése remedio a la mano, y quería exponerlo a sus conciudadanos: "abor-

daré esta cuestión —escribe— con la buena fe e intención que me he propuesto siempre por norma en mis empresas, todas ellas dirigidas al bien de la humanidad, en la pequeña escala que mi limitada capacidad y posición me permiten".[12] Y después de entregarse a análisis geológicos, los más de ellos imaginarios, todos apocalípticos, Adorno detiene el ímpetu de su pluma y se pregunta si el hombre es capaz por sí solo de sobreponerse a los conflictos de la naturaleza, si la fuerza y destreza de la especie humana garantizan la supervivencia de ésta, frente a las catástrofes que puedan sobrevenir en el suelo que habita, o por lo menos si los habitantes de México podrán en el porvenir observar tranquila y salvamente los terremotos que les causan entonces espanto, llevándolos a veces a la ruina y la muerte.[13] Porque su ánimo, según decía, no era alarmar inútilmente a los habitantes de este hermoso país, y de no haber encontrado un remedio idóneo y practicable, habría preferido dejar al pueblo en medio de una tranquila apatía, sin despertar en él zozobras anticipadas. ¿Pero cuál era el remedio encontrado para tan grave mal de la naturaleza y del cosmos? ¿Cuál la medida salvadora? Si tan terribles eran los males, grande y efectivo debía de ser el remedio.

No nos hagamos ilusiones. Adorno proponía que se construyeran en la ciudad de México casas de mayor solidez, invulnerables a los incendios, a la humedad y a los terremotos; sencillas, ligeras y elegantes. En esas casas el hierro jugaría un papel principal. Habría vari-

[12] Adorno, Juan Nepomuceno. *Memoria acerca de los terremotos en México, escrita en octubre de 1864*. México, imp. de Mariano Villanueva, 1864. p. 103.

[13] *Op. cit.* p. 101.

llas atornilladas y enlazadas unas con otras, hierro en los cimientos, en los muros y ventanas, en los enlaces y cabezales de las puertas, en las bóvedas y techos, de tal manera que en cualquier momento pudieran ser desarmados los edificios y desplazados de un lado a otro. Pero además los techos serían bajos y los ladrillos pequeños, las columnas imitarían al papayo —para dar cierta gracia a los edificios—, sus cornisas serían completadas por la franja de hierro, y los rosetones estarían representados por las tuercas de las bóvedas. Con ello se reunirían utilidad y belleza.

Por lo que se ve Adorno no sólo se sentía lo suficientemente poderoso como para eliminar el Mal del Cosmos, sino como para cambiar por completo la faz de la tierra, para soñar en una ciudad construída de nuevo, entonces tan rara y tan extraña. Pero su ciudad era una utopía y sólo pudo caber en la imaginación de un artífice, en el magín de un mecánico con visos de metafísico. ¿Pues cómo, si no hubiera sido Adorno más que un mecánico, pudo imaginar a ese pobre México, que sufría la intervención francesa desde hacía más de dos años, y campañas mortales y militares sin cuento, cambiando del todo al todo su ciudad?

Es cierto que la utopía era también una manifestación del espíritu moderno de Adorno, de su fe extremada en el progreso, el mejoramiento y la salvación del hombre, pero no por eso deja de ser una utopía. Es cierto que cuando Adorno hablaba del mal cósmico y de la necesidad de acabar con él parecía pensar en la historia del hombre, pero no por eso contaba con la historia y sus circunstancias para realizar sus proyectos, incluso para plantearlos. Fácil sería aparear su idea de la tierra volcánica mexicana, con la tierra revolucio-

naria del México de su tiempo —asolada por las guerras, amenazada de muerte—; fácil comparar la necesidad en que se hallaba México de poner remedio inmediato al desorden natural, con la necesidad de establecer un orden social nuevo y resistente, y aún sería fácil y provechoso confrontar su teoría de los males cósmicos con su visión de la historia y de la vida: "aparece este planeta perpetuamente joven —escribe Adorno—, y sin el germen de enfriamiento gradual y decadencia inevitable, que le asignaban los partidarios de la pirósfera. Pero en cambio —añade— vemos ahora que las fuerzas del planeta se renuevan constantemente, y que de la misma manera la naturaleza, que lo conduce de perfección en perfección, no consigue esto sin entrar en graves convulsiones, y sin producir terribles catástrofes que aniquilan de tiempo en tiempo muchas especies de seres vivientes, incapaces de sobreponerse por sí mismos a las fuerzas destructoras de esa naturaleza, realidad activa y enérgica del viejo Saturno, que multiplica y devora a sus propios hijos".[14] Pero de la comparación, ¿qué nos quedaría? Un hombrecillo que quiso ser gigante a destiempo, y que si contaba y creía en la fuerza del hombre no acertaba a aplicarla en el momento histórico preciso, ni paraba mientes en las realidades sociales que habrían hecho posibles, si no ese, otros esfuerzos por la mejoría y la liberación. Un hombrecillo que comparaba sin embargo la vida con la naturaleza, pero que tenía horror a comparar las revoluciones de esa naturaleza, "que conducía al mundo de perfección en perfección", con las revoluciones del hombre. Un hombre, en fin, que quería construirlo todo, cuando

[14] *Op. cit.* p. 100.

el reloj marcaba precisamente la hora de la destrucción, cuando los invasores estaban en palacio y los patriotas luchaban *ardientemente contra* ellos.

Adorno se fijó más en los peligrosos volcanes que en los rubios invasores. Por eso la utopía de la ciudad y su esperanza de acabar con los males del cosmos dejan el aire y ganan tierra, para quedar arrinconados en el escritorio. Adorno pone a la disposición de todo arquitecto que quiera llevar sus hermosas utopías a la práctica los modelos, dibujos y cálculos necesarios para hacer la primera construcción, considerando que el sistema se recomendará por sí mismo, una vez inaugurado. Pero Adorno espera en vano: el arquitecto que habrá de cambiar la ciudad de México no llega nunca.

Después de esta inquietud, propia de un ayuntamiento de utopistas, viene otra que abarca a la nación entera. La abstracción se agudiza y las proporciones se quebrantan definitivamente: por una parte está la inseguridad nacional y por la otra, como cauterio de tan grave mal, una diligencia y un fusil. El caso de la diligencia va más allá de los límites del absurdo, pero el encubrimiento y desconocimiento que acusa de la realidad no es más absurdo ni ridículo que muchas de las teorías sociales de la época. El 19 de octubre de 1863 Adorno presentó al Ministerio de Fomento la descripción de sus *diligencias de seguridad* y de su *arma pacificadora*, y el 4 de diciembre de ese año solicitó las patentes necesarias,[15] en vista de la incuestionable novedad de sus invenciones. La *Gazette Officielle de l'Empire Mexicain* publicó unos días más tarde la noticia de su solicitud. Ocupaba entonces el novel trono de México

[15] Exp. 450 del A.M.P.

el Emperador Maximiliano y a él se dirigió Adorno casi un año después, el 24 de junio de 1864, explicándole la utilidad social de sus dos últimos inventos y pidiéndole ayuda para llevarlos a la práctica. En sus misivas al emperador austríaco, advertía Adorno que ni el rigor ni la suavidad habían acabado con el vandalismo y la anarquía, las dos fuentes del descrédito nacional. ¡Bien sabía que era extranjero el emperador, y cuán necesario resultaba, para convencerlo del propósito, hablarle de nuestro descrédito en Europa! Sólo después le explicaba cuáles eran sus inventos y cómo con ellos podrían los hombres honrados defenderse de los perversos, y así, "acaso", resolver el problema de la pacificación y moralización del país. Para terminar le pedía que mirara él mismo sus planes, "pues —escribe— conocido es de Vuestra Majestad que las comisiones científicas son los cuerpos menos dispuestos a adoptar innovaciones, por útiles que sean". Desatendiendo la última petición, Maximiliano encargó a don Manuel Orozco y Berra, a través de su gabinete militar, que emitiera su opinión al respecto, y en septiembre de 1865 hubo de responder éste, ilustrando la inutilidad de los inventos: "tengo la honra de manifestarle que a mi juicio no reúnen, las diligencias de que se trata, las condiciones de seguridad que encarece su inventor, porque aunque son blindadas y podrán tal vez resistir los balazos que a ellas se dirijan, no pueden impedir que maten los caballos o mulas que habrán de conducirlas, y quedarán entonces fácilmente a disposición de los salteadores, pues deben ser de un enorme peso...; porque —añadía— aunque lleven consigo las armas pacificadoras, inventadas por el solicitante, requieren éstas sin duda personas que las hagan servir o pongan en ejercicio, disminuyendo así

el número de pasajeros; y porque no es cierto, por último, que aun cuando se establezcan en todos los caminos, se ahorrará el costo de las escoltas, pues éstas son siempre necesarias para la debida custodia de los demás transeúntes que no van en diligencias".[16] A pesar de sus críticas, Orozco y Berra recomendaba al emperador que eximiera a Adorno del pago de peajes por la primera diligencia en uso, lo que fué acordado, sin ningún efecto notable. En 1867 Adorno renueva la patente por doce años más.[17]

El caso de la diligencia y el del molino se parecen como dos gotas de agua. Así como allá dejaba Adorno aislado al molino en la ciudad —rodeado de los sitiadores—, deja aquí abandonada la diligencia, cercada por los asaltantes. Todo un mundo de elementos parece huir de su espíritu. Esos elementos saltan sin embargo a la vista en uno y otro caso, con precisión, con rigor, si se les compara a otros inventos de Adorno, porque aquí el invento queda solitario, circundado por una realidad de peligros que lo sobrepasa descomunalmente y que ignora el inventor.

Pero si Adorno trataba a veces de resolver los problemas nacionales de larga duración, o incluso los problemas de la naturaleza mexicana, otras se conformaba con seguir paso a paso los problemas del día y del año. El 20 de noviembre de 1865 solicitó privilegio exclusivo para una máquina destinada a alzar agua, que se movía "por principios enteramente nuevos", y que era distinta de cuantas se practicaban en las diversas partes del mundo.[18] En la solicitud hacía ciertas confe-

16 *Ibid.*
17 Exp. 543 del A.M.P.
18 Exp. 492 del A.M.P.

siones interesantes. Por primera vez aparece en sus escritos, si no una desilusión de su capacidad inventiva —que de ésa nunca padeció—, sí una cautela, un cuidado temeroso de espejismos: "Para cerciorarme de que mi máquina era realizable y que no deliraba yo bajo la influencia de una ilusión —escribe—, he construído una maquinita pequeña, la cual ha logrado todas mis esperanzas, elevando el agua con tal rapidez y a costa de tan pequeño esfuerzo, que verdaderamente sorprenden sus resultados; con ella puede estar México seguro de salvarse de la presente inundación que amenaza. . ." [19] Pero Adorno nunca se entregaba a una actividad humilde, sino para darse después a un espíritu orgulloso y hasta —a veces— charlatanesco. Es posible que su máquina haya sido efectiva, como él lo afirmaba, pero era imposible que cada habitante de México, "sin distinción de fortunas", poseyera una máquina, como él lo quería y lo pretendía.

A partir de ese momento Adorno ya no hizo descubrimientos notables, o que den nuevos datos sobre su personalidad. Empezó a repetirse, como si ya estuviera viejo y cansado de martillear los ideales y las pequeñeces que lo acosaban. El 17 y 18 de noviembre de 1869 publicó en *El Siglo XIX* un manifiesto a la Comisión de Guerra, encargada por el Congreso de dar su opinión sobre los fusiles que él inventara, a fin de demostrarle que con ellos se acabaría la inseguridad de México —el peligro extranjero, la amenaza de las hordas salvajes y del bandidaje—, pues cada ciudadano estaría armado con un fusil que tiraría sesenta balas por minuto. Adorno presentaba el presupuesto de una fábrica

[19] *Ibid.*

de fusiles y trataba de demostrar las ventajas que en lo económico traería tal establecimiento. Un año más tarde, en el mismo mes de noviembre, volvería los ojos al desagüe del Valle de México y registraría "tres máquinas útiles para la construcción, limpia, profundización y abanamiento de canales, ríos y acequias, principalmente del Valle de México",[20] que deben de haber tenido un mecanismo semejante al de sus máquinas de 1861. Dos años después *El Siglo XIX*, en su edición de mayo de 1871, haría un comentario favorable a la *Carta demostrativa del proyecto hidrodinámico ideado, calculado y delineado por Juan N. Adorno*, en la que éste proponía fueran elevadas mecánicamente las aguas de los lagos de Chalco y Xochimilco, para el riego del Valle y para la navegación de Chalco a Huehuetoca; en la que pedía, además, se explotaran y exportaran en gran escala las sales que contenía el lago, y fuera desaguado éste, rebajando el talud del Tajo de Nochistongo. "Cuando revisamos el proyecto de que venimos ocupándonos —comentaba el redactor del *Siglo*—, y en la suposición de que un examen detenido y felices ensayos prácticos hubiesen dado los resultados que se desean, nos creímos transportados en imaginación al país emprendedor de nuestros vecinos del Norte..." [21] Adorno no tuvo éxito, y siguiendo esta persecución de las obras públicas que más necesitaba México, a su entender, y que habrían de empezar a ser realidad por entonces, con el auxilio de capitales extranjeros, pidió el 4 de septiembre de 1872 patente de introducción del sistema de vías férreas de M. Larmajat, al que había hecho algunas modificaciones...

[20] Exp. 630 del A.M.P.
[21] *El Siglo XIX*, 6 de mayo de 1871, p. 3.

De ahí en adelante ya no registró ningún otro invento, a lo que sabemos. Pero en 1873 su amor por la técnica, y en particular por su propia técnica, aumentó considerablemente. Invitado por *El Siglo XIX*, desarrolló una serie de conferencias sobre los problemas sociales, políticos y económicos de México, en las que hizo demostraciones teóricas y prácticas de sus máquinas, ante un público selecto reunido en su casa. Al hablar de la Soberanía Nacional y de la Independencia se refirió al arte de la guerra y, naturalmente, a la necesidad de que México produjera sus propias armas, es decir, el fusil *Adorno*. Al hablar de los fraudes contra el fisco sacó a colación una máquina *kaleidoscópica* de su invención, que hacía documentos infalsificables, y que de ser aplicada permitiría la solvencia del erario, salvaría al comercio de buena fe, y haría que aumentara el capital circulante. Al hablar de la necesidad de comunicar a México con el extranjero y con el exterior —sueño de nuestra segunda mitad del siglo XIX—, pidió que se suspendieran todas las gestiones destinadas a obtener nuevos ferrocarriles, antes de hacer una experiencia con su *Rapidísimo de seguridad*... Pero de los dieciséis inventos que propuso entonces, para la felicidad de México, ninguno de ellos fué jamás puesto en práctica.

Viejo ya, al borde de la muerte, ofrecía sus instrumentos de salvación, aparatos de magia social, al Benemérito Juárez, elogiándolo con el mismo entusiasmo que elogiara ayer a Santa Anna y a Maximiliano, con ese desentendimiento de las virtudes políticas, con similar falta de criterio, con el mismo acomodamiento que suele caracterizar a los partidarios ciegos de las tecnocracias, a los que fundan exclusivamente en la máquina

o la industria la solución de los males sociales. Y aun entonces no encontró el apoyo buscado: el de los gobernantes y el de la realidad.

Su fama, a pesar de los fracasos, corría por los periódicos de la República. Desde 1860 había quien hablara de sus profundos talentos. Después no faltaron los elogios. En el *Diario Oficial* lo tuvieron por hábil mecánico;[22] en el *Monitor Republicano* consideraron que su fusil y su diligencia estaban destinados a producir una gran revolución, si daban el resultado que su autor proponía;[23] en *El Siglo XIX* pidieron que se apoyara el proyecto de Adorno para el desagüe: "es mexicano —escribían los redactores— y cumple a sus compatriotas impartirle la protección que juzguen merecida, tanto más cuanto que desde época remota le vemos consagrado a investigar, a hacer descubrimientos más o menos provechosos los unos que los otros, pero plausibles todos por la tendencia que los ha inspirado".[24] Y cuando a invitación de ese periódico pronunció una serie de conferencias sobre los temas sociales y económicos de su tiempo, el *Trait d'Union* y otros periódicos se mostraron finos y benévolos con él.

Por lo visto los contemporáneos de Adorno querían admirarlo y ¡qué habrían dado los periodistas —tan ávidos de noticias— por decir que un mexicano de esa época romántica había descubierto, digamos, el movimiento perpetuo! Para unos debió haber sido Adorno la esencia del mecánico y del hombre de ciencia, la representación nacional de la cultura y de la técnica, y deben haberlo rodeado de ese prestigio que tenía por

22 *Diario Oficial*. 14 de noviembre de 1867, T. I, nº 87, p. 4.
23 *El Monitor Republicano*. 12 de diciembre de 1868.
24 *El Siglo XIX*. 13 de diciembre de 1868.

entonces todo viajero de Europa; para otros debió haber sido, sin embargo, un perfecto extravagante, una parodia ridícula de los verdaderos inventores, prueba penosa de nuestro atraso. En los elogios se nota inseguridad y titubeo, y una cierta desconfianza de los sentimientos. Sólo Fidel, en su famosa "Revista de la semana", nos deja un cuadro completo de esta confusión. El 13 de diciembre de 1868 escribe en *El Monitor Republicano:* "Acaso como sala de armas puede haber tenido interés, no la cámara sino su salón de recreo.

"Es el caso que nuestro entendido mecánico D. Juan Nepomuceno Adorno llevó allí y ofreció al examen de los ciudadanos diputados un fusil de su invención, una diligencia blindada y algún otro objeto que no recuerdo. El fusil, a decir de los inteligentes, es curiosísimo; cárgase por la culata, y tiene una fuente de tiros que se repiten instantáneamente. Los padres de la Patria tornáronse guerreros, hubo ejercicios y actitudes bélicas, mostráronse sumamente complacidos de la invención. La diligencia blindada es una verdadera fortaleza con tres ruedas para hacerla involcable y para que gire con la soltura y el desembarazo de una ardilla. En un momento dado la diligencia, como en un cuento de *Las mil y una noches,* se vuelve fortaleza. Los viajeros desaparecen detrás de una muralla, las ventanillas del carruaje son aspilleras y aquella Malacoff portátil, no sólo puede resistir sino perseguir a los malhechores. Sabemos que Adorno ha presentado sus inventos al Ministerio y ojalá que, calificados de útiles, reciban la liberal protección que merecen. Se nos iba a pasar decir que necesitábamos sean calificados de útiles, porque

en materia de robos y de plagios hacemos progresos alarmantes, no obstante el celo de las autoridades".[25]

La obra inventiva de Adorno y la personalidad de su autor —es penoso decirlo— se expusieron al ridículo. Si por sentimentalismos patrios o por el deseo de creer que el sueño era realidad, sus contemporáneos quisieron a menudo ocultar el ridículo de Adorno, en sus vacilaciones se descubre al fin y al cabo que no les pasaba éste inadvertido. El ridículo representaba la faceta cómica de la esencial personalidad del singular inventor, de su condición única, de promotor idealista de la vida de un pueblo y de insignificante y aislado individuo que deseaba vender sus remedios maravillosos. Pero para sus contemporáneos el ridículo provenía sobre todo de la incapacidad que mostraba para aplicar su ingenio a una obra que efectiva y tenazmente transformara la realidad. Sin embargo parece inconveniente separar las abstracciones y torpezas de Adorno de un triunfo del hombrecillo sobre el gigante. El ridículo de Adorno echaba raíces en sus dos morales, la del coloso idealista y la de la estatuilla de barro; en sus dos conocimientos, el de los grandes problemas de su pueblo y el de los minúsculos medios que proponía para resolverlos. Y sus morales y conocimientos estaban en él tan fundidos como su gigantez y su enanismo.

Un verdadero triunfo del hombrecillo fué el amor que puso por la técnica, amor exclusivo, total, ciego. El hombrecillo le tuvo miedo al mundo entero y se echó en brazos de la práctica de mecanismos. Y así empo-

[25] *El Monitor Republicano*. 13 de diciembre de 1868.

breció la riqueza del mundo. Redujo los grandes horizontes históricos, políticos, económicos, éticos y hasta estéticos, a la técnica, a una técnica a menudo prosaica. Redujo la técnica a un invento particular, el invento a un problema de tornillos, y así, se llegó a tranquilizar, creyendo que con afianzarse a una sola parte del mundo, cerrando los ojos a todas las demás, podía cumplir su misión de gigante.

III

ESTE MUNDO: MEXICO EN 1858

En un pueblo costeño del Sur había estallado años antes la Revolución. Un grupo de ciudadanos había jurado la muerte del tirano. Hubo batallas en el paso del Papagayo, en la cuesta del Peregrino, en el puerto de Acapulco... Los gobernadores del Oeste se sublevaron; después los del Norte y el Atlántico. Al fin la guarnición de México, siempre tarda en reconocer los movimientos progresistas, se sumó a los rebeldes. El viejo tirano tuvo que abandonar el país.

Pero no quedaron satisfechos los ánimos, porque no era ésa una revolución como cualquier otra, sino el principio de una lucha en la que intervendrían todos los pueblos. México necesitaba un cambio tan completo que poco importaba la huída del tirano. Instalado el nuevo gobierno, el Ministro de Justicia dió un paso importantísimo contra los derechos establecidos, al promulgar la famosa ley que lleva su nombre, por la cual los eclesiásticos y el ejército quedaban privados de sus fueros. Después hubo un cambio de presidentes revolucionarios, y a pesar de que cayó el poder en un hombre débil, de espíritu conciliador, "que quería andar sin mover el pie izquierdo ni el pie derecho", siguieron los cambios. Presionado por la flor y nata del liberalismo el presidente timorato se vió en la necesidad de decretar la intervención de los bienes de la diócesis de Puebla, de derogar la coacción civil para el cumplimiento de los votos monásticos, de extinguir la Compañía de Jesús y

de expedir una ley de desamortización de los bienes eclesiásticos. Todas esas reformas temerarias e inauditas, si se piensa en los privilegios que había sabido mantener la iglesia, contrariaron los ánimos del "partido de los ricos", y lo impulsaron desde un principio a favorecer un movimiento contrarrevolucionario que marcharía al grito de *Religión y Fueros.* Las luchas más sangrientas, las violaciones más malignas se sucedieron. Hubo motines y batallas en Zacapoaxtla, en San Luis Potosí, en la Sierra de Querétaro. Se formaron pelotones de fusilamiento en toda la República, se negó sepultura a los muertos que en vida sirvieron al liberalismo. Se levantaron ardientes protestas, fanatismos delirantes. Y en medio de tantos males fué promulgada la Constitución progresista del 12 de febrero de 1857. Con ella la guerra se hacía más tensa, volviéndose derecho.

El clero, que era dueño de la mitad del territorio mexicano y que se veía horriblemente afectado en sus intereses, se dispuso a sacar más dinero de sus arcas, para que sus ejércitos aumentaran las provisiones y trenes militares; y además redobló sus esfuerzos para provocar la ira religiosa del pueblo, estigmatizando a los herejes. Creció la tensión que ya existía a tan álgido punto, que el Presidente Constitucional —presa de la debilidad de su carácter— se rebeló contra la propia Constitución, y encarceló a sus más cercanos colaboradores, porque creía que eran demasiado apasionados y que la lucha se podía librar luchando menos, reformando menos, respetando los principales intereses del partido conservador. No quería aceptar que había un estado de guerra, y que era imposible resolver los problemas nacionales en la "quieta discusión de los intereses", manteniéndose por encima de los dos bandos en

actitud conciliadora, sino que era necesario tomar uno de los dos partidos y luchar hasta el fin. Al rebelarse ocurrió lo que tenía que ocurrir, fué a caer en manos de los conservadores, que después de algún tiempo, viendo que no servía tampoco a sus propósitos, decidieron deshacerse de él. El pobre hombre se dió cuenta al fin de su error y sacó a sus distinguidos presos de las cárceles para que pudieran huir. El quedó aniquilado y solo, y después de librar una batalla que tuvo por campo a la ciudad de México, se marchó al extranjero. Sus distinguidos presos, se fueron a la provincia. Uno de ellos, el vicepresidente don Benito Juárez, fué designado Primer Mandatario, con fundamento en un artículo de la Constitución, y estableció su Gobierno provisionalmente en Guanajuato, decidido a dar buen término a la guerra militar, que era en el fondo una guerra contra las prebendas, el fanatismo, los grandes intereses del clero y la miseria de México. Comenzaba el año de 1858 y comenzaba también una de las guerras más sangrientas, llamada de Reforma o de los Tres Años. México quedaba claramente dividido en dos bandos, uno de clericales y otro de progresistas. Tenía dos presidentes, un general torpe y ambicioso llamado Zuloaga, y un licenciado liberal que estaba dispuesto a cambiar los cimientos de la Nación. Tenía dos derechos: el viejo derecho con sus fueros y privilegios eclesiásticos y militares, y el nuevo, constitucional. Tenía dos territorios, uno que comprendía a México, Puebla, Tlaxcala, Toluca, Guanajuato, Querétaro, Tepic, Durango, Tabasco y Yucatán, controlado principalmente por los conservadores, y otro que comprendía a Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora, el Sur de Jalisco, Colima, Michoacán, Guerrero, Chiapas, Oaxaca y Vera-

cruz, en el que normalmente dominaron los liberales. En esos terrenos se agitaron los ejércitos en lucha, desplazándose unos a otros en el curso del tiempo. Hubo batallas en los campos de Salamanca, de Romita, de Guadalajara, de Zacatecas, de Sinaloa, de Atenquique, de San Luis, de Durango, de Guanajuato... Jamás se había visto tanta saña en los combatientes, ni tan frías crueldades. "Por primera vez en México —dice con razón Ignacio Altamirano— los dos partidos eternamente enemigos desde 1821 combatían teniendo cada uno su gobierno a la cabeza y por campo la República entera. Pocas veces ésta había sufrido una agitación tan profunda y tan general. Fueron conmovidos por ella hasta los pueblos más apartados, hasta aquellos que habían permanecido indiferentes en las luchas civiles de otros tiempos, y el encarnizamiento de los dos bandos llegó a un grado increíble."

Durante el año de 1858 la lucha fué indecisa, incierta, durísima para la Patria. Del triunfo de uno de los ejércitos dependía el que cambiara la vida mexicana, el concepto de la República y de la propiedad. Si triunfaban las huestes liberales sería establecido un régimen sin fueros ni privilegios de clase sancionados por la ley, sin religiones exclusivas ni fanatismos, e imperaría una teoría de la propiedad, que quitando a la riquísima iglesia sus bienes territoriales constituiría nuevas clases y pondría en movimiento grandes capitales. Si triunfaban los reaccionarios se mantendrían los viejos privilegios, los fanatismos españoles, el poder inmenso y los dineros de la iglesia mexicana. México vivía una hora indecisa: sus futuros caminos dependían de la acción del pueblo y de los campos de batalla.

Y fué precisamente en esa hora indecisa, en que se forjaba la esencia misma de la Patria, en esa hora de ambigüedad y muerte, cuando el mecánico don Juan Nepomuceno Adorno decidió que era necesario intervenir. Dejó a un lado su mandil de trabajo y tomó la pluma para enviar un mensaje a sus conciudadanos. Soñaba con una fórmula para la moralización del país, con un derrotero para el enriquecimiento general, con una vía de la paz, con una receta de felicidad, con una salida de ese infierno que era México. Y soñó y soñó con la felicidad. Soñó que ya no había más ayutlas, ni zacapoaxtlas, ni atenquiques, ni paredones de fusilados, ni gritas en las calles, ni colgados en los campos, ni partidos de ricos y de pobres, ni ejércitos de línea y ejércitos revolucionarios, ni "crisis épicas y dolorosas". ¿Pero cuál era la fórmula, cuál la receta de la felicidad? ¿Qué diría en su mensaje el mecánico? ¿Qué le daría a esa comunidad destrozada que estaba en vías de aniquilarse en los campos de batalla? Otros espíritus más moderados que el suyo, menos envueltos en contradicciones, ya habían sido arrastrados y arrojados sin remedio a un grupo contendiente y habían adoptado sus emblemas y sus armas, o habían sido expulsados de ambos grupos. ¿Podría él proponer una solución distinta, un tercer frente que estuviera por encima de los otros? ¿Sería su solución gigantesca, o sería una solución enana que quedaría arrumbada en la chatarra ideológica de uno de los dos grupos? ¿Y él mismo propondría ideas de gigante para acabar exponiendo medidas de enano?

Adorno escribió su mensaje en un estado de ánimo especial. Por una parte se sentía desazonado; por la otra tenía un gran optimismo. Consideraba de un lado,

como muchos de sus compatriotas, que la nación mexicana se hallaba al borde de un caos total y que no había un minuto por perder: "creo —afirmaba— que las actuales circunstancias son solemnes, que ahora o jamás puede regenerarse la República, y que asistimos como inmediatos dolientes a la agonía de un gran pueblo..." [1] De otro creía que era necesario hacer un esfuerzo supremo para que terminara por una crisis favorable "la violenta convulsión que agitaba al país". Y contra los escépticos, redoblaba su fe en el pueblo y en los destinos de México: "Es muy común en la prensa extranjera —protestaba irritado— el lanzarse a una calificación calumniosa, afirmando que la raza española, ya de por sí llena de defectos, ha degenerado aun más lamentablemente en América... Esas calumnias tienen eco en algunos mexicanos, que se lanzan al último escalón del oprobio con el desprecio propio, y con esa fórmula tan desconsoladora de ¡no valemos nada!, ¡no tenemos remedio! ¡Ah —terminaba diciendo—, si pudiese yo borrar del lenguaje esas frases funestas, o mejor dicho, si me fuese dable reemplazarlas con la expresión de la confianza y la energía!" [2]

Creía Adorno en su pueblo. Se resistía enérgicamente a considerarlo condenado a llevar una vida miserable. Y les decía a sus compatriotas que, ni como hombres ni como ciudadanos, podían pensar que su mal era insoluble o surgiera de su propia naturaleza, de alguna inferioridad racial o mental: "Los mexicanos —escribía— no pueden desconocer los dones con que los ha beneficiado Dios". Alentado por este sentimiento

[1] Adorno, Juan Nepomuceno. *Análisis de los males de México y sus remedios practicables*. México, Tip. de Murguía, 1858. p. 7.
[2] *Op. cit.* pp. 160-161.

optimista, que no lo abandonaba nunca, como no abandonó a tantos hombres de su tiempo, Adorno dió principio a escribir un opúsculo intitulado: *Análisis de los males de México y sus remedios practicables.*

El optimismo que lo embargaba, sumado al afán de lograr la felicidad y la paz de los mexicanos dejaban una primera huella de gigante. Aplicados a una actividad distinta, en nada diferían de los móviles de sus invenciones. Ser optimista en esos días era negarse a aceptar que México viviera eternamente en la desgracia, una postura altamente idealista. Pero como es natural eso no bastaba. Se podía ser optimista y luchar por las más inmundas causas, en las formas más inútiles y crueles. Se podía ser optimista y descubrir que los males de México eran precisamente su liberación. Se podía ser muy optimista del triunfo final, pero negarse a descubrir los verdaderos remedios practicables. Y era necesario tomar una posición en la historia, definir el optimismo, esclarecer los males, ahondar en los remedios.

El Adorno mecánico había podido eludir la realidad histórica con una relativa facilidad. Como inventor, la vida social no había tenido premisas para él. De sus problemas exclusivos y aislados había inferido la idea de sus máquinas salvadoras, y después se había puesto a construir las soluciones en torno al mundo cerrado de la máquina. Sus abstracciones mecánicas le habían permitido creerse que se hallaba empeñado en una notable labor de salvación. Y su fe en las abstracciones había sido tan grande, que jamás se preguntó si esas abstracciones eran la causa de sus fracasos. Y es que incluso, posiblemente, llegó a olvidarse de sus abstracciones y no se preocupó de sus

fracasos. Pero la máquina era un mundo muy sólido, un mundo total e imaginario, de tal manera encantador, que le permitía fácilmente olvidar el mundo de veras. El inventor se podía fácilmente encerrar en ese refugio lleno de promesas para el hombre del siglo XIX. ¿Por qué no pensar que él, como tantos hombres de su tiempo, era un benefactor de la humanidad? ¿No estaban allí tantos y tantos inventores, para comprobárselo cada día? ¿No hacían ellos prodigios para hacer feliz al hombre? ¿Y no era lo más fácil, lo más natural, que un hombre de su tiempo hiciera un mito de la máquina, tan poderoso como los mitos de los brujos en las sociedades primitivas? Pero Adorno no podía huir de la realidad en 1858, al querer analizar los problemas de una sociedad que estaba en guerra. Su manera de huir habría sido volverse pesimista, escéptico, y él no quiso de ese camino. Entonces tenía que tomar partido y sumarse a una ideología, a uno de los dos bandos en pugna, en una hora en que lo único ambiguo era el resultado final, y en que todo estaba ya definido en el campo de batalla.

Claro está que él podía hacer mitos originales. Huir relativamente de la realidad, o simplemente decir que no estaba de acuerdo con uno y otro bando en su idea de la felicidad. Y así fué, la idea que Adorno se hacía de la felicidad y de la vida social difería, a veces mucho, de la que se hacían liberales y conservadores. ¿Pero qué de las "medidas practicables"? Si su optimismo no era puramente metafísico, irracional, si su optimismo lo llevaba a buscar medidas; en esas medidas, que él quería aplicar a una sociedad a la que evidentemente volvía los ojos, debían encontrarse los matices de su posición objetiva. Y eso es lo que ocurre.

Adorno advirtió que la sociedad mexicana tenía problemas morales, religiosos, políticos, educativos, económicos y técnicos, y lejos de querer aplicarles un patrón mecánico —a lo que se oponía la terrible lucha—, los relacionó con soluciones de distinta índole. Así puso el pie en la tierra, en una tierra más firme, pero al mismo tiempo definió su color político, aunque ese color mantuviera innumerables matices que andando el tiempo se convertirían —en otros mundos históricos y en otras circunstancias— en verdaderos colores primarios, pero que entonces estaban supeditados a su propia postura. Y lo que ocurrió fué que puso de tal modo sus pies sobre la tierra, que se preocupó de pequeños problemas y que sus contradicciones fueron pequeñísimas. Eso sólo fué un instante. Sus reflexiones minúsculas y terrenas eran un puerto transitorio de su divagar y abstraer, un venir del invento a la realidad para partir después a las fantasías. En cuanto Adorno llegó a los problemas más graves de la realidad su fantasía fué mayor, como si se dijera que la fórmula de su pensamiento se reduce a estos términos: a mayor realidad más notables fantasías. A realidades más dolorosas, ideales sublimes y fantásticos. Pero de las pequeñas a las grandes contradicciones, de los pequeños a los grandes ideales, de las medidas más o menos practicables a las medidas fantásticas, no había más que un paso, el paso que va del accidente a la esencia. Cuando Adorno se acerca á la esencia de su problema histórico, las contradicciones accidentales que existen entre el enano y el gigante crecen desmesuradamente hasta llegar, no al ridículo si se quiere, pero sí a las abstracciones más perentorias. Y es así como vemos que en el puerto mismo de las pequeñas realidades está el equi-

paje de sus divagaciones, y en sus contradicciones y fugas de la esencia, la base de sus utopías regionales, y también, claro está, una postura, un partido, un sendero al que todo lo que hay de original en él se somete, una sociedad y un grupo al que se mantiene aferrado, aunque trate de escapar desesperadamente, y aunque escape con sólida apariencia al construir, ayer una máquina, hoy una teoría de las mejoras del pueblo.

Las pequeñas realidades, las pequeñas contradicciones con que inicia Adorno su análisis son un reposo aparente de la lucha entre sus dos estaturas, entre sus grandes y bellos ideales y sus medidas impracticables y pequeñitas. Aquí son menudos los propósitos y menudas las soluciones. Adorno no hace abstracciones fantásticas, ni oculta en ellas su postura real. Aquel mundo de las máquinas era un recinto de paz, éste era un mundo de guerra y resultaba necesario decidirse por un partido, decir pequeñeces ya dichas, aplicar o postular fórmulas que tenían un patrón muy concreto.

¿Y qué le ocurre a Adorno cuando se adentra en ese mundo mediano, que no es ni diminuto ni gigantesco? ¿Qué cuando le rinde tributo a la realidad del 1858, antes de perder totalmente el equilibrio y recuperar su bella y desproporcionada contradicción? Pues le ocurre lanzar reflexiones que en buen número y gracia corresponden a algunas ideas dominantes en el régimen de don Porfirio, o incluso a ciertas ideas —moderadas— de los conservadores de la primera época. En su obra se refleja efectivamente la fatiga de la política, el deseo de implantar un ejecutivo poderoso y de establecer un orden progresista, el descrédito de las reformas constitucionales y judiciales, el propósito de realizar grandes mejoras materiales, todas características del

Porfiriato. Se advierte también una burla de las "utopías" liberales constitucionales, un desprecio profundo de las reformas legales, el afán de incrementar la industria y las fuentes de trabajo, de implantar una autoridad de hierro que mantenga el *Orden*, todas características del pensamiento conservador más moderado. A primera vista Adorno no está ni con el Juárez de su tiempo ni con Zulueta o Miramón, que luchan desenfrenadamente por imponer liberalismo o conservatismo. Está con el liberal-conservador del futuro, Porfirio Díaz, y con el conservador que trabajaba en el pasado, menos bilioso y combativo. Así logra Adorno separarse un poco del año en que vive, logra imprimir a su pensamiento tonalidades y matices que no tienen ni los liberales de su tiempo —revolucionarios y guerreros— ni los conservadores de ese año de estigmas y de saña. Sin embargo no deja por ello de ser conservador, cuando anuncia el pensamiento del futuro Dictador o cuando evoca las ideas de los viejos herederos de la colonia.

Un año antes, el 12 de febrero de 1857 había sido promulgada la constitución de los *progresistas*, y Adorno comienza su discurso negando validez y efectividad a las reformas constitucionales: "si se dejasen en pie otros males gravísimos sería estéril la constitución más perfecta", afirma con no poca razón, para preguntarse si curaría aquélla la extremada miseria que consumía a México, si regeneraría la moralidad de los resortes administrativos, si daría vida y movimiento a los manantiales de la gerencia pública, a todo lo cual contestaba negativamente. Porque decía Adorno que cuando una nación se halla inconstituída, es urgente establecer los cimientos de las formas políticas, pero que cuando una nación está acostumbrada a aniquilar por medio

de las revoluciones los elementos políticos, la ley pierde su prestigio y es inútil reformarla. Pretendía creer que en las circunstancias del México de su tiempo era sumamente peligroso hacer una nueva constitución, pues con ella se desatarían en el Parlamento las pasiones políticas, para incurrir quizás en el error de formular una Carta impracticable y "desastrosa" como la de 1824. Mañosamente inclinado contra las constituciones liberales, Adorno acentuaba su posición conservadora, al proponer que tuvieran vigencia, con algunas reformas, las Bases Orgánicas, que habían regido en tiempos de Santa Anna, y que fueron bandera de la reacción contra la ley del 24. Pero, como asustado de esta actitud tan definida, entró Adorno en una serie de contradicciones, que halagarían a los liberales y posiblemente a su propia conciencia, para excusarse después ante los conservadores. Así, pediría por una parte que se respetaran las formas y libertades de la civilización y las "tendencias saludables e invencibles del siglo"; y por la otra que se estableciera un poder ejecutivo fuerte para que las "novedades prosperaran lentamente", sin la menor violencia e imposición, hasta llegar "al supremo ideal democrático".

La realidad lo acosaba y Adorno pretendía huir de un lado para otro, sin lograr una perfecta liberación. Pero su desdén por las reformas legales, en ese preciso instante en que las huestes del liberalismo luchaban por implantar en México la Constitución del 1857, lo esclavizaba a un mundo del que no podía salir por más que pidiera un reducido asilo para las novedades; un modesto lugar en la ley de la tiranía, para sus pequeños ideales democráticos. Había dicho sin embargo una gran verdad: "si se dejasen en pie otros males gravísi-

mos sería estéril la constitución más perfecta", y esa verdad, que en ese preciso momento tenía como fin político ponerse en el terreno opuesto al de la Constitución del 57, lo conduciría lógica e inevitablemente a creer en la virtud de las mejoras materiales, a abrir brecha contra el verbalismo liberal de la primera época, a quebrantar la fe en las ideas y las formas para descansar en las mejoras económicas: "No, en verdad —decía—, si la situación material no mejora, las ventajas que traería una constitución sobria y sabia no darían sino una ligera tregua a la anarquía, y la nación se lanzaría de nuevo a los horrores de la guerra civil y a cambios tanto más insensatos y peligrosos, cuanto que se perdería definitivamente la fe en las instituciones y sobrevendría la destrucción absoluta de los pocos elementos tradicionales que aún nos quedan".[8] Adorno empezaba a sentir el cansancio de sus contemporáneos. Se habían agitado y matado tanto por las palabras de las leyes, sin ningún provecho aparente, que por fuerza volvían los ojos a otro lado. Pero, en forma curiosa, volvían los ojos cuando la Nación estaba peleando por y contra una Constitución que debía cambiar la vida mexicana. El cansancio de Adorno coincidía así con su declarado afán de "conservar los pocos elementos tradicionales que aún quedaban", y era un cansancio tan peligroso en todos sentidos, que andando el tiempo, cuando ya ondearon en México las banderas constitucionales, poco a poco el desprecio a las reformas legales se iría convirtiendo en desprecio a la ley, y en actitud aparentemente bobalicona de amor y respeto a las reformas materiales.

[8] *Op. cit.* p. 10.

Así, desde un principio, tomó Adorno partido y dejó entrever, con su desprecio a las reformas de la ley, que él fincaba sus esperanzas de salvar a la Patria en hacer una serie de reformas materiales. Pero si aquélla era una actitud negativa y ésta parecía ser positiva, entre una y otra había un sinfín de problemas nacionales de que no quería desentenderse, y por los cuáles posponía para las últimas páginas de su obra sus ideas sobre la reforma económica, entregándose a hacer mientras tanto esa labor de hormiga, que es también necesaria en la organización del Estado. Y fué labor de hormiga la que hizo al hablar del principio de autoridad y de la anarquía, de los problemas del erario, de la efectividad de la justicia, de los deberes religiosos y morales, de la educación y el carácter de los mexicanos. En ella se eclipsan las profundas tensiones y las luchas entre los grandes y los pequeños ideales. Todo parece pequeñito, o por lo menos de una realidad sin grandes fantasías; pero una realidad también conservadora.

Consideraba Adorno que, para acabar con la anarquía y establecer una autoridad firme, era necesario atender de inmediato las cuestiones morales, religiosas y económicas, que afectaban hondamente a gobernantes y gobernados. Aquéllos debían poseer "la virtud acrisolada del que manda", su energía para castigar al malvado y su generosidad para premiar al bueno, e incluso la capacidad suficiente para dirigir al pueblo las "alocuciones o palabras adecuadas que lo entusiasman y disponen para obedecer sin hacerse violencia". Estos debían dejar la ociosidad y vagancia a que estaban entregados. Y si se quería acabar con el grave problema del vandalismo y de los bárbaros —factor principal de anarquía— era necesario resolver "la

inaudita miseria de las poblaciones pequeñas y rancherías aisladas", impedir que continuara la embriaguez en los suburbios de las ciudades populosas, domesticar a los pueblos bárbaros, enseñar al salvaje "los principios de eterna verdad que infaliblemente lo atraen a la civilización..." [4] Con esas palabras pensaba Adorno haber dado un paso en el esclarecimiento de los problemas nacionales; pero como entre la autoridad, los bárbaros y los bandidos estuvieran la anarquía nacional, el desprecio ciudadano a las autoridades y los problemas todos de México, Adorno daba en el resto de sus soluciones la base para el fortalecimiento del Estado.

En primer lugar consideraba el caso del erario. Era menester que el gobierno reorganizara la hacienda pública, si quería evitar que continuara ese estado permanente de bancarrota, que era una verdadera amenaza nacional. Para ello se debía renegar de las "utopías" económicas, de reciente factura, y volver al sistema de impuestos de la época colonial. Adorno proponía el restablecimiento de las alcabalas, la primacía de los impuestos indirectos sobre los directos y proporcionales, y la reinstauración de los monopolios. Decía que las costumbres y los hábitos son un elemento que no debe desconocer el estadista, al implantar un nuevo sistema de impuestos, por lo que había sido un grave error extinguir las alcabalas de la colonia, pues estaban tan acostumbrados los habitantes de México a ellas, que incluso cuando desaparecieron se veía a los indios preguntar por las oficinas recaudadoras, cada vez que llegaban a las puertas de las ciudades. Afirmaba que los impuestos directos eran injustos, que se prestaban a innu-

[4] *Op. cit.* p. 11.

merables trampas por parte de los contribuyentes, que afectaban la propiedad y a los propietarios en forma inconsiderada, por lo que era necesario restablecer la renta del tabaco, de la pólvora, de los naipes, de correos y papel. Consideraba, en fin, que de "las utopías con que nos habían contagiado algunos países" era una de las más funestas la proscripción de los monopolios de Estado, y que México debía mantener sobre todo el monopolio del tabaco, para evitar el contrabando y contar con esa importante fuente de ingresos que gravaba tan poco a los contribuyentes. Todos éstos eran los pensamientos propios de un alma reaccionaria.

Por otra parte hacía Adorno una serie de consideraciones sobre la necesidad de establecer un control en la contabilidad de la Nación. Tenía como uno de los mayores males que habían influído en la gradual decadencia del erario el descuido en que se encontraban las oficinas de glosa: "En un país donde los empleados de hacienda están seguros de que tarde o nunca se han de revisar sus cuentas —decía—, tienen la tentación más peligrosa para defraudar los caudales públicos. Tentación es ésta tan aguda —añadía—, que rara vez se puede evitar su corruptora influencia. . ." [5] Al efecto proponía que se estableciera un tribunal de cuentas, que se simplificara la contabilidad, que se unificaran los sistemas y se acabara con "las utopías de quienes creen afianzar la integridad financiera con la complicación de los métodos" [6] y era éste un nuevo ataque a los liberales.

Se refería además a las obligaciones hacendarias y a la deuda pública, y decía que la nación debía sub-

[5] *Op. cit.* pp. 48-49.
[6] *Op. cit.* p. 50.

venir en primer lugar a las deudas que comprometían su seguridad y su honor, en segundo lugar a los gastos de defensa, y en tercer lugar a los salarios de sus empleados. Sobre el primer punto reparaba particularmente, haciendo un análisis histórico y político de la deuda inglesa, y consideraciones alarmantes sobre la suma a que ascendía por entonces, sobre las grandes dificultades que había para cubrirla, y sobre la vergonzosa presión que habían ejercido contra México el gobierno y la prensa británicos, que "verdaderamente amenazaban la vida política de este país".[7] "Yo no entraría en detalles analíticos de la deuda inglesa —explicaba— si su triste historia no fuera un ejemplo elocuente de lo ruinosos que son estos préstamos para los países nacientes y débiles como México, ejemplo que pone en guardia a esta nación para el porvenir, alejándola cuanto sea posible de contraer compromisos que la humillen o nulifiquen su independencia".[8] Y aún esta actitud anti-imperialista era actitud de compromiso y aprobación de la actitud conservadora de su tiempo.

Para lograr el buen ejercicio de la autoridad y el acatamiento de la ley, pensaba Adorno por otra parte que era necesario establecer una justicia pronta y rápida, unificar los códigos penales, tan embrollados entonces, acabar con las comisiones militares que tenían facultades de vida y muerte y, sobre todo, procurar que cesara el desprecio de la ley, síntoma de la disolución social mexicana: "Es indispensable —escribía— que el pueblo comprenda que la verdadera libertad es la garantía legal y que los gobiernos recuerden que no podrán afirmarse ni gobernar a los pueblos fácil y

[7] *Op. cit.* p. 54.
[8] *Op. cit.* pp. 54-55.

gloriosamente, sin levantar sobre sí mismos el solio sacrosanto de la ley".[9] Y esta explicación de la libertad también buscaba agradar a los conservadores.

Al hablar de la religión Adorno mostraba a las claras su pendiente ideológica. No sólo decía que la religión y la moral eran la base del Estado —tesis conservadora— y que nunca podrían ser aniquiladas, sino que renegaba de los ataques que habían sufrido en México la religión y los ministros, afirmando que por "semejantes crímenes el país se había pronunciado", y que cualquier reincidencia en ese particular haría imposible todo remedio: "México —afirmaba— sería una nave sin timón ni velas en medio de una deshecha borrasca".[10]

Finalmente observaba la necesidad de moralizar los resortes administrativos, financieros y de defensa. La administración y la hacienda estaban corrompidos por el bajo sueldo de los empleados, por el contrabando, y por el uso y abuso del cohecho. El ejército se hallaba desenfrenado por las continuas guerras civiles, por la prodigalidad con que se otorgaban los grados militares, por la miseria en que vivía el soldado, por el sistema funesto de las levas y por el desdén general de las leyes. Y aquí estaba por el ejército, aunque lo criticara. Estaba por el ejército, cuando por vez primera el pueblo se había levantado solo.

Adorno daba algunas opiniones acertadas, y otras que más parecían buenos consejos, y sobre todo, buenas intenciones, pero cansado de sus reflexiones hormiguescas, de pasear en los corredores de la administración pública y de perderse en una realidad pequeña y acci-

[9] *Op. cit.* p. 72.
[10] *Op. cit.* p. 65.

dental, o deseoso de aproximarse lentamente al problema que más le preocupaba por su temperamento, por sus aficiones mecánicas, y por la circunstancia histórica en que vivía, el de las reformas materiales, iba nuevamente a poner a prueba el triunfo de sus ideales, a ofrecer una felicidad que ya no fuera relativa, a plantear el perfeccionamiento total de la sociedad mexicana, y no el de sus instituciones particulares, a hablar de la eliminación del Mal y no de los males; y naturalmente iba a entrar en un terreno de fantasía por el que resulta necesario buscarlo y sorprenderlo, hasta encontrar el sentido mismo de sus elusiones y abstracciones de la realidad, que quizá no difieren de su posición conservadora expresa y concreta en materia constitucional y religiosa.

Al pugnar contra la reforma constitucional y por un estado religioso, Adorno adquiriría una posición objetiva por lo que decía: era un conservador del 1858, un poco menos animoso, un poco más mesurado, pero conservador al fin. Al señalar las mejoras materiales como base de un progreso social, Adorno también mostraba su inclinación conservadora sobre todo cuando claramente decía que con ello se conservarían las viejas tradiciones que aún quedaban. Pero dejaba abierta una puerta, en cuanto que las mejoras económicas podían convertirse, como de hecho se convierten, en una posibilidad para lograr la felicidad de todos los hombres, de los que entonces luchaban en el llamado partido de los ricos, y también de los que luchaban en el partido de los pobres. Esa felicidad total que llegaría a ofrecer lo haría recuperar el violento contraste de su carácter, pues lo que diría de una felicidad total, general, sin partidos, sería grandioso, y sus bases enanas se encon-

trarían en lo que no diría, en aquello que eludiría, en sus abstracciones. Al hablar Adorno de la felicidad absoluta de los mexicanos con vestimenta de gran hombre, tenía la posibilidad de decirlo todo, o de dejar de hablar, de ver, de comprender, y en ese caso, gigante y todo, iría irremisiblemente a caer en la trampa del enano.

Adorno tenía que abordar el problema de las mejoras materiales y de la paz con algunos circunloquios. En esos tiempos de miseria nacional y de crudelísima guerra, hablar de mejoras materiales, de riqueza nacional y de paz era ciertamente atrevido y cosa que parecía de burlas. Pero Adorno no se arredraba y escribía, seriamente convencido de sus propósitos y de la posibilidad de convencer a sus compatriotas: "En general se cree que para inaugurar las mejoras materiales es preciso esperar la paz, la confianza y la seguridad, sin reflexionar que esas mismas preciosas circunstancias políticas y sociales se alejan de nosotros, tanto más cuanto que carecemos de aquel estado o situación material que contentaría los ánimos y ocuparía las energías y los capitales. Nos quejamos de la ociosidad de los brazos y no damos ocupación a los pocos que tenemos; nos lamentamos de nuestra miseria y desperdiciamos los prodigiosos elementos de riqueza que por todas partes nos brindan; nos afligimos por el mal estado de los caminos que impide la exportación de los efectos de nuestra agricultura, y no activamos, no sólo las vías férreas, mas ni siquiera buenas carreteras; nos da pena el no tener ríos navegables y no canalizamos los que fácilmente podrían servir para la navegación. . ." [11]

[11] *Op. cit.* pp. 89-90.

Conque era necesario trabajar para hacer que la Patria fuera un recinto de paz y felicidad. Sí, pero además era necesario desdeñar los tiempos del "sable y el cetro", y sobre todo buscar con el siglo "los hechos y la experiencia", planear el trabajo en forma adecuada y real, sin dar oídas a las "ilusiones utópicas"; seguir el ejemplo de esa gran figura que era Napoleón III —hoy el pequeño— que había logrado aumentar la industria, la agricultura y el comercio de su país, a un grado por todos conceptos admirable. Y Adorno evocaba admirado la figura del Emperador, aludía quizás al socialismo de sus tiempos, y soñaba con los hechos, con la experiencia, con la práctica que estaba formando el sentido nuevo de la historia. Pero, por una ironía del destino, este hombre que había logrado dar tantas pruebas de firmeza y sensatez al hablar de las constituciones y leyes, de la administración pública y los problemas del erario, de los deberes religiosos y morales; este hombre tan firme, tan mesuradamente conservador y partidario del orden, y amigo de restituir tantas de las honorables instituciones coloniales, y protector de los buenos principios y de las religiones amenazadas, cautelosamente decidido por el ideal democrático y por el progreso lento y calmado de las mejoras sociales, en el momento que desdeñaba las *ilusiones utópicas*, con la pretensión de abordar los hechos y la experiencia, daba el más firme paso hacia utopía. Porque en ese momento mismo iba a desarrollar una teoría del valor y a presentar un proyecto de obras públicas e industriales, que no estaban lejos ni de sus máquinas a efectos imaginarios, ni de su caudalosa teoría de la vida y la evolución humana. En ese mo-

mento iba a abordar el problema central de la salvación de México y de su sempiterna felicidad y alegría.

Las bases teóricas de la panacea mexicana de Adorno se encuentran en una teoría del valor que tiene su antecedente original en la escuela clásica inglesa. Esta teoría del valor —de por sí incompleta— adquiere proporciones tales de abstracción en el utopista mexicano, que no estaríamos lejos de la verdad si la comparáramos con las abstracciones de sus molinos y diligencias, y no la comprenderíamos menos si recordáramos a ese mecánico que pensaba salvar —sin base ni auxilio de la historia política, económica y militar de su tiempo— al país en que vivía, con los frutos de su ingenio y de sus manos.

Consideraba Adorno, en efecto, que el trabajo es la fuente de toda riqueza, que el esfuerzo del minero, del picapedrero, del hilandero, del sastre, del maquinista, es la fuente de todo valor. Para probar su tesis hacía ver que el papel moneda sólo vale como signo representativo del trabajo, y que cualquier esfuerzo que se haga por medio de la coerción y del poder para dar validez a un papel que no sea representativo resulta inútil, porque el hombre, que "estima la independencia y libertad de su trabajo, se rehusa a permutarlo, lo pone fuera de la acción de la fuerza, y ésta, debilitada y vencida por la resistencia o por la inercia, abandona su obra, decayendo el papel rápidamente hasta nivelarse en sus legítimos elementos".[12] Citaba como ejemplo de su dicho el descrédito en que había caído el papel moneda del tirano Rosas y el del emperador Iturbide y concluía de manera terminante: "Por lo expuesto

[12] *Op. cit.* pp. 97-98.

se verá que no puede obrarse contra los principios impunemente, y que el trabajo del hombre es superior a toda fuerza ficticia".[13] Pero, por si eso no bastara, aclaraba este pensamiento de apariencia revolucionaria en forma que parecía no dejar lugar a dudas: "cuando el signo representativo lo es del trabajo del hombre, entonces vale intrínsecamente lo que valdría el resultado directo de dicho trabajo. De esta manera, cuando una negociación es bien pensada, útil, económica y estable, desde el momento en que da en ella el primer barretazo el albañil o el primer hachazo el leñador, ella vale ya esos golpes de trabajo humano, que pueden ser permutados por cualquier signo que los represente".[14]

Esta teoría del valor —tan inocente al parecer—, digna en verdad de un revolucionario que pone su fe en el esfuerzo humano, adquiría en el pensador criollo un aspecto descomunal y mitológico, al hacer de cualquier hombre, del más infeliz, un ser capaz de enriquecerse, de producir mundos perfectos y maravillosos, con sus casas, canales, jardines, máquinas y aperos, faetones y palacios. El hombre no necesitaba más que trabajar; decidirse sencillamente una mañana a tomar las herramientas, y dar principio a la fábrica de la felicidad. Pero allí se hallaba precisamente la trampa del abstraccionista. Adorno no pensaba para nada en el patrono, ignoraba con graciosa ingenuidad que en ese mundo suyo del siglo XIX todavía desempeñaba una importante función histórica el capital, y que nada se producía si no se contaba con los medios necesarios para adquirir las máquinas; si no se tenían fábricas establecidas o el dinero para establecerlas. Como por otra

[13] *Op. cit.* p. 99.
[14] *Op. cit.* pp. 99-100.

parte era un incansable enemigo de que México se endrogara con las ricas naciones de la tierra, y por la otra jamás se le habría ocurrido adquirir el capital mexicano —digamos el capital del clero— por la violencia, para destinarlo a mejores oficios, no le quedaba otro recurso lógico ni sentimental que considerar suficiente eliminar la ociosidad del pueblo, obligar al trabajo a los vagabundos —con un sistema adecuado y entendido—, para que ese pobre país suyo se enriqueciera vigorosamente, tuviera caminos, canales, ferrocarriles, barcos, puertos y ciudades, y fuera así uno de los países más tranquilos, religiosos y felices de la tierra: "Tenemos —decía— un pueblo ocioso, enfurecido por su propia abyección y miseria y acostumbrado al vandalismo; tenemos por otra parte caminos intransitables y lagos estancados y faltos de canales; tenemos ríos pendientes que con furiosa violencia lanzan en torrentes sus aguas improductivas a los mares; tenemos efectos de agricultura superiores a los consumos del país...; carecemos de población y, por último, no tenemos dinero con que remediar estas calamidades... ¡Pero, cosa sorprendente! —exclamaba lleno de júbilo—. Vemos que la relación sencilla de los males es la receta o fórmula del remedio, traducida del modo siguiente. Arranquemos esos brazos del ocio y del vicio; ellos harán los ferrocarriles, ellos canalizarán los ríos y lagos, ellos regarán y fertilizarán los campos, y su trabajo será productivo y dará valor y fuerza al crédito, y aumentará el numerario, y los emigrantes vendrán por sí solos con el atractivo del trabajo y de la seguridad personal, social e industrial".[15]

[15] *Op. cit.* pp. 114-115.

Pensaba Adorno que su idea era tan evidente como los axiomas metafísicos, y constituído en gran empresario de la nación, presentaba un minucioso proyecto de trabajo, pobre en recursos, es cierto, pero rico en propósitos e ideas, al cual no faltaban ni el amor a los trabajadores, ni el yugo a los remisos, ni el augurio de una felicidad plena para todos los participantes. Proponía así que se eligieran bien los negocios lucrativos de la nación, que se expidiera una ley sobre vagos, obligando a los hombres útiles y sin quehacer a trabajar en las nuevas negociaciones, que se crearan presidios ambulantes destinados a encontrar trabajadores, y se reglamentaran los trabajos en forma económica y moral. Y para que nada faltara en la organización burocrática de la felicidad futura, proponía la emisión de papel moneda que representara los trabajos ya ejecutados, la emisión de acciones proveedoras de material, raciones, alimentos y herramientas, y la de acciones en numerario que permitieran obtener del extranjero lo indispensable. Con esos instrumentos, leyes y hombres, con esas acciones negociables quizá en el mercado del sol o de la luna, nada le parecía que faltara para enriquecer y salvar a la nación mexicana, sino formular una lista de las obras que con más urgencia era necesario emprender y a las que había que dar una decidida preferencia: "el camino de fierro de Veracruz a México y de México a aquel punto del río Lerma en que la canalización sea practicable; la canalización del Atoyac, desde el valle de Balsequillo o el de Atlixco hasta las inmediaciones de Acapulco en la embocadura del Papagayo; un ramal del camino de fierro de Puebla a Balsequillo o Atlixco que reuniera por medio de una vía mixta los dos mares; un camino

de tierra para caballos de remolque de botes en el lago de Chalco y otro de México a Texcoco, y una carretera de Chalco a Ameca y de Ameca a Puebla"...[16]

Esas eran las obras que él consideraba apremiantes. Algunas correspondían a necesidades esenciales del comercio y la economía mexicanos; todas parecían querer contar con la presencia del ingeniero Juan Nepomuceno Adorno. Las esperanzas que fincaba éste en su realización eran en verdad halagüeñas: "no digamos la consecución —afirmaba— sino simplemente la seria apertura de esos trabajos, bajo el sistema que propongo, traería calma, prosperidad, abundancia de numerario y puede asegurarse, cambiaría la faz de la República".[17]

Pero al hablar de las mejoras materiales Adorno no reparaba tan sólo en las obras públicas para salvar y hacer feliz a su Patria. Pensaba que la industria es la clave de la riqueza económica de los pueblos, y su admiración a esta actividad del hombre no se reducía, como era lógico esperar por sus actividades mecánicas, a la industria moderna, a la gran industria del siglo XIX, sino incluso a la labor de los artesanos, que en ese tiempo eran el núcleo más considerable de las industrias de transformación que existían en México, con una vida precaria, es verdad, con sistemas de producción anticuados y poco efectivos, amenazadas por los productores de fábrica extranjera y por las ideas librecambistas, pero que representaban a pesar de todo el eslabón entre la economía natural y agrícola y la economía mercantil de los grandes países europeos, tan admirados de Adorno. La industria era un sueño también de felicidad y de armonía, una esperanza de ver

[16] *Op. cit.* p. 117.
[17] *Op. cit.* p. 122.

a los pueblos de México más ricos, más sanos. Por eso Adorno lamentaba el estado deplorable en que se encontraba entonces, como lo lamentaban —nueva coincidencia— los dueños de las fábricas, y los partidarios del primer movimiento industrialista de México, los conservadores. "Se aflige el corazón —exclamaba el utopista— al recordar cuál era nuestra industria en los últimos años tranquilos del gobierno español, cuál debió ser su progreso después de la independencia y cuál es por desgracia la tremenda ruina que ha sepultado aquella industria, que aunque naciente y débil daba quehacer a centenares de miles de brazos y fecundaba las fuentes de la riqueza pública".[18] Adorno tenía por felices aquellos tiempos en que daban vigor a tantos pueblos los variados productos y artefactos de la industria mexicana, se complacía y condolía evocando la jauja de un pasado industrial, próspero y prometedor, y en estilo barroco hacía llorar a Puebla —¡qué pocas y útiles eran las riquezas perdidas!— sus "extintas fábricas de sombreros, de algodones, de mantas, de rebozos y de pieles curtidas", que animaban el mercado nacional y se exportaban a Lima, Guayaquil y demás costas del Pacífico; hacía llorar a Oaxaca sus añiles y granas, a Saltillo sus jorongos, a San Miguel el Grande sus colchas y sarapes, a Tepeji sus sedas, a Izúcar y Cuautla sus azúcares, a Atlixco y San Martín sus harinas, a la desventurada Chilapa esas "colchas de algodón que con orgullo se enseñaban en las camas de los ricos", y al Sur, que tantos días de luto había dado al resto de la República, sus bellos algodones. Lloraban tierras y ciudades el que todo hubiera desaparecido, el que la

[18] *Op. cit.* p. 127.

mayor parte de las industrias dependieran del extranjero, ya en sus capitales, ya en sus máquinas y obreros, ya, incluso, en sus materias primas, y el que sólo quedara una industria mexicana ficticia, que temblaba hasta en sus fundamentos por cualquier crisis europea o americana".[19]

Pero Adorno no evocaba el pasado próspero, ni se lamentaba de la presente miseria industrial por puro sentimentalismo. Su espíritu constructor, su optimismo inalterable, su fe en el destino de la nación, le hacían reparar en las miserias y sus causas, para encontrar pronto remedio; le hacían soñar en una industria primitiva que había casi desaparecido, para volver los ojos a la industria moderna que surgiría en México. Pensaba que la decadencia de aquélla se debía a que el país se hizo independiente cuando el descubrimiento del vapor y la perfección de la mecánica cambiaban la industria europea, con una rapidez que hacía difícil toda competencia. Creía que las continuas luchas, revoluciones y disturbios del país habían impedido el desarrollo de la ciencia moderna, auxiliar indispensable de la industria de su tiempo. Pensaba en fin que el contrabando, los privilegios y permisos de introducción de productos extranjeros y sobre todo la adopción de "utopías" económicas, propagadas por las naciones altamente industrializadas que pugnaban por establecer un comercio libre, habían sido el arma más poderosa contra nuestro desarrollo industrial.

Pero a su entender la industria podría renacer en México todavía, si era atendida con rapidez, si se le prestaba una mano protectora, procurando su mecani-

[19] *Op. cit.* pp. 128-129.

zación, desechando las "utopías inadecuadas", estimulándola con premios y promesas, aumentando la investigación científica, renovando la maquinaria. En ese caso México podría convertirse, al doblar de los años, en un país tan rico y próspero como los Estados Unidos, tan poderoso como Francia, feliz como Arcadia y sabio como la Nueva Atlántida. Pero para ello era necesario ya, desde ese mismo instante, "hacer felices a los hombres" que realizaran los trabajos públicos y las labores fabriles, satisfaciendo cumplidamente sus necesidades, atendiendo a su vida familiar y religiosa. Era necesario educar al pueblo trabajador, establecer un mayor número de escuelas de artesanos y, en general, incrementar la enseñanza popular y superior, para que cesaran las debilidades de carácter de los mexicanos, su frecuente indolencia y amor por el lujo y, sobre todo, su excesiva imaginación poética, origen de muchos de nuestros defectos...

Terminaba Adorno hablando concretamente del futuro de México, futuro en verdad maravilloso, utopía regional que sería realidad si la raza latina comprendía que su misión en este continente era no dejarse arrebatar su preciosa herencia, y lograr la felicidad bajo todas las formas políticas, y la Unión, la Independencia, la Religión. Entonces no faltaría trabajo, ni habría rebeliones y asonadas, ni robos al erario, ni clases medias de triste futuro burocrático, ni tiranías, ni asaltantes en los caminos montañosos, ni miseria en los pueblos y los campos.

Así salió Adorno de su puerto seguro al terreno de la fantasía. Mientras no había hablado de las mejoras materiales, mientras se había entregado a las minucias de la administración y a la severidad del derecho y

las finanzas, había captado muchos datos de la realidad histórica de su tiempo y había definido claramente su posición conservadora más o menos moderada. Pero en cuanto había tocado la esencia de su personalidad, en cuanto había abordado el problema de mejorar la condición material de los mexicanos, había puesto de su cosecha una esperanza de felicidad absoluta y había hecho un compuesto metafísico, una utopía mexicana. Es cierto que al hablar de los males de México en general, el genio maligno de la mecánica salvadora no lo había abandonado, pues muchas son las ofertas que hace en el libro de sus máquinas maravillosas; ni lo había abandonado su optimismo creador, lleno de ilusiones, pero ese gran genio maligno de la Creación Absoluta, autor de la idea salvadora de que el trabajo está ahí listo, al alcance del hombre —libre de los príncipes, de los comerciantes, del capital, de la historia—, no había surgido sino al hablar de las reformas materiales. ¿A qué se debía esto? Quizá a que tampoco el enano lo había abandonado, a que el enano se había instalado en la cabeza del genio de la Creación Absoluta y en la idea de construir el mundo a partir de la nada, como si para construir la felicidad material no se necesitara nada. Como si no se necesitara nada para comprar máquinas y pagar trabajadores.

Al hacer Adorno su bellísimo elogio del trabajo, al fundar la riqueza de las naciones en el esfuerzo del hombre, sin tomar en cuenta el capital, el enano abstraccionista lo había hecho caer en una abstracción tanto o más peligrosa, tanto o más ridícula que la abstracción de la diligencia y del molino. Allá le hizo olvidar a los caballos y a los sitiadores; dejó a los viajeros inmóviles en su diligencia, al molinero aislado en su

molienda; aquí le hizo olvidar a los príncipes y a los señores de las riquezas, y además dejó aislado a ese maravilloso trabajador que es la fuente de la riqueza. ¿Por qué?

El enano no trabajaba sin razón, no hacía abstracciones por mero jugueteo y afán de engañar al utopista, afán propio del geniecillo cartesiano, pero no de este menudo personaje que estaba luchando con un titán. El enano trabajaba precisamente en el momento en que Adorno abandonaba los lineamientos de su grupo para hablar de una felicidad absoluta, material y moral, porque era un enano conservador y sabía a la perfección que en ese año de 1858 los ejércitos de Juárez luchaban tenazmente para poder expropiar las riquezas inmensas de la iglesia, y porque era conveniente que al hablar de las mejoras materiales, el gigante que había en Adorno perdiera los pies, y se olvidase de toda expropiación, ocupando al fin —aunque por medio de las abstracciones— una posición conservadora.

Por todo ello las abstracciones de *Los males de México*, que tienen un pie puesto en la realidad y otro en la fantasía, parecen más importantes que los inventos para comprender el sentido de su utopía cósmica. Porque en los inventos se advierte mucho menos el terror que tiene Adorno de abordar la realidad social toda, mientras que aquí es fácil observar cómo para establecer una gran industria, para levantar obras monumentales que aseguren la felicidad y riqueza de sus compatriotas, Adorno deja de lado y para siempre los problemas que atañen al capital, las relaciones que existen entre la estructura del capital y las estructuras del invento y el trabajo, y construye un proyecto que es

en suma irrealizable. Y además porque aquí manifiesta, en un momento angustioso y bélico, su deseo de no atacar a nadie en lo personal, deseo que deja impunes a los príncipes y señores de la tierra, y abre la puerta de par en par al reino de las utopías.

IV

EL OTRO MUNDO: LA UTOPIA

Un día pensó Adorno que tenía la misión de salvar a la humanidad. Ya no se conformó con resolver los problemas aislados de su tierra. Dejó al lado sus diligencias y fusiles, sus máquinas kaleidoscópicas, sus ferrocarriles de miniatura, sus molinos. Se desprendió definitivamente de los asuntos minuciosos, de las pequeñeces administrativas, contables, burocráticas. Se olvidó de las obras públicas del Papagayo, de Atlixco, de Texcoco. El, que había solicitado tantas veces al *Supremo Gobierno* el auxilio necesario para practicar sus inventos; que se había visto en la necesidad de forjar panegíricos de emperadores y republicanos, para hacer útil y efectivo su trabajo; que había ofrecido —¡cuántas veces sin respuesta!— los planos de sus construcciones, los proyectos de sus empresas, las ideas salvadoras de su Patria, decidió abandonar todo ese caudal cotidiano de su vida, todo el prosaísmo de sus luchas diarias, de sus preocupaciones inmediatas, de sus intereses nobles y pequeños, y partir de la idea de *lo Absoluto* para salvar al hombre, y acabar lentamente con esas autoridades incomprensibles que no le habían prestado el auxilio solicitado; con esos tiranos y mentecatos, a quienes jamás quiso llamar por su nombre, cediendo a un espíritu conciliador y a sus necesidades; con esa miseria inútil, improvida, que existía en el mundo, sin razón y sin industria. Ya no solicitó ayuda ni apoyo al Supremo Gobierno mexicano, ni se puso a maquinar

nuevas invenciones o nuevos proyectos para acabar con los males de México, sino que volviendo su mirada al *Todopoderoso,* al Supremo Artífice del Universo, a la esencia de lo Absoluto, descubrió que en sus designios estaba favorecer a los inventores como él, en días algo remotos, en que el mundo todo sería industrioso y la sociedad feliz y acabada.

Quizá partió Adorno en busca del Espíritu Absoluto, porque estaba un poco amargado del mundo, pues a pesar de ser un optimista empedernido, no dejaban de dañarle en lo más íntimo de su alma los fracasos, los obstáculos, las dificultades que se oponían a los "designios de la ciencia". Quizá partió en busca del Espíritu Absoluto porque se sentía solo, sin colegas, sin camaradas con quienes compartir sus descubrimientos. Porque sus máquinas no eran el resultado de "multitud de esfuerzos combinados"; porque veía la inutilidad de sus privilegios exclusivos y se sentía un "genio encadenado" que devoraba sus humillaciones en el aislamiento, y pasaba de la pueril vanidad de ser llamado inventor, a escuchar los escarnios que le valía cada fracaso. Quizá abandonó los corredores del Supremo Gobierno y emprendió el vuelo, por haberse sumergido en el desaliento.

Pero ni esa amargura ni ese desaliento derrumbaron sus ideas. El gigante que había en él quiso hacer un último esfuerzo, el más grandioso, el más significativo de todos. Quiso creer que la felicidad sería, y que ya no habría más sinrazones ni torturas para los hombres y la ciencia. Y pensó ir en busca de la felicidad y revelar el secreto a la humanidad doliente, creyendo satisfacer una obligación de perfeccionamiento que

consideraba esencialmente humana,[1] y cumplir con el fin de la filosofía, que a su entender no sólo consiste en la búsqueda de la verdad sino de la felicidad. Para obtener aquélla, decidió hacer ciencia y huir de toda fantasía, y para descubrir ésta se propuso investigar el premio o el castigo del alma humana y el futuro del hombre.[2]

Convencido de la nobleza y seguridad de sus propósitos se fué Adorno a buscar al Espíritu Absoluto y pretendió deducir del Ser Causal a los seres fenomenales, del Infinito el espacio, de lo Eterno el tiempo, de la Perfección las virtudes, del Ser inmutable la naturaleza movediza, de la Providencia Divina la terrestre, del Universo pasado y presente el mundo final.[3] Al regresar de su viaje entregaría a los hombres una inconmovible verdad, que los salvaría de la "terrible crisis social, política y filosófica" [4] por la cual pasaban, y les indicaría el camino de la felicidad temporal y eterna.

Empresa ardua era ésa en un tiempo incrédulo, y para iniciar el viaje comprendió cuán necesario era demostrar que Dios existía. Pero no quiso declararse espiritualista ni metafísico, por dar ciertas seguridades

[1] Adorno, Juan Nepomuceno. *La Armonía del Universo. Ensayo filosófico en busca de la Verdad, la Unidad y la Felicidad, escrito por... en dos épocas. Primera época, comprende: Prolegómeno. Primera parte. Nociones fundamentales acerca del Creador y la Creación. Catecismo de la Providencialidad.* México, tip. de Juan Abadiano, 1862. *Segunda época, comprende: Segunda parte. Nociones acerca de la morfología fundamental. Tercera parte. Nociones acerca de la Naturaleza Metamórfica. Cuarta Parte. Nociones acerca de la Cosmogonía del Sistema Planetario Solar. Quinta parte. Nociones Psicológicas.* México, tip. de Gonzalo A. Esteva, 1882. 1ª pte. p. 105. (Hay edición parcial en inglés: *Introduction to the harmony of the Universe; or principles of physico-harmonic geometry.* Londres, 1851.)

[2] *Op. cit.* Noticia preliminar. p. XIII.

[3] *Ibid.*

[4] *Op. cit.* Noticia preliminar, p. VII.

a los escépticos y enemigos de los dogmas y las iglesias, y por ocupar una posición única que estuviera más allá de las disputas seculares; una posición, firme a tal grado, que todos se vieran en la necesidad de suspender la controversia. Intentó así demostrar que su filosofía era nueva, era suya y nada más suya, como si, por un privilegio especial, Dios hubiera esperado a que naciera en el siglo XIX un mecánico mexicano que demostrara su existencia, en términos originales e irrefutables. Y al efecto, se dijo fundador de una filosofía que llamó armónica, en la cual desaparecían las antinomias del espiritualismo y el materialismo, de la física y la metafísica, y desaparecían los misterios.

Para probar la existencia de Dios, Adorno comenzó por dividir el Ser y el conocimiento en distintas categorías, buscando nombres nuevos cuando sus razones eran antiguas. Declaró que si no había seres físicos y metafísicos, sí había seres perceptibles por los sentidos, como los cuerpos ponderables y materiales; seres semiperceptibles, como los flúidos imponderables y las almas vivientes; seres imperceptibles, como la fuerza que mueve la materia y la Naturaleza que está más allá de los fenómenos naturales; y seres supraperceptibles, como la Causa Suprema. Para conocer los primeros era necesario el uso de los sentidos, para conocer los segundos era además necesario el empleo de la razón, y para conocer al último era indispensable usar la razón y la intuición, facultad ésta que verdaderamente distingue al hombre y la lleva a la contemplación del Creador.

Pensaba el mecánico que quien aspirara a descubrir el Ser por el uso exclusivo de los sentidos, de la razón o de la intuición, mutilaría al instante las capa-

cidades que posee el hombre para encontrar la verdad y la felicidad, y quedaría condenado al error y a la desgracia. Por lo tanto, el hombre debía usar todos sus medios de conocimiento y en particular la intuición, pues sólo ella permitía conocer a Dios y descubrir la moral y la sociabilidad:

"Si por el reflectismo el hombre raciocina sobre todos los objetos materiales de que le han avisado los sentidos; por el intuitismo —decía deformando las palabras con afán innovador— investiga en las propiedades espirituales de que le advierte su alma. Por esta facultad eminente distingue que hay mérito separado de las facultades y fuerzas físicas, y a éste lo califica de bondad; que hay defectos mayores que la debilidad y deformidad personales y los anuncia con el nombre de vicios; que hay castigos más grandes que el tormento material, y los llama remordimientos; y en fin, que hay placeres sublimes, más puros y grandiosos que todas las satisfacciones corporales, y les llama virtud, honor y, sobre todo, amor divino. Despojado el hombre por su depravación de su intuitismo viene a ser un ente perverso, egoísta, cruel y peor mil veces que las fieras. . ." [5]

Así deslindados los seres y el conocimiento, sentada la posibilidad de aprehender el mundo físico, el mundo moral y la existencia Divina, Adorno quiso usar de sus facultades intuitivas y demostrar ampliamente la existencia de Aquél que lo invitaba a iniciar una marcha virtuosa y salvadora. Y teniéndose por original recordó con suma ingenuidad que la Causa Suprema y Unica es distinta de sus efectos, infinita, eterna, inmutable, perfecta. Sólo después de tan ardua tarea, y de haber

[5] *Op. cit.* 1ª pte. pp. 45-46.

recompuesto los atributos clásicos de Dios, volvió apresuradamente su mirada al mundo, para descubrir algo realmente extraño o, por lo menos, no tan común en la historia de la filosofía: una Naturaleza espiritual, elemental, "substancia activa distinta de la materia inerte"; obra de la Providencia Divina, que sufre constantes metamorfosis y marcha de perfección en perfección. Esa Naturaleza era inteligente, activa y poderosa. Influía en la materia y la conducía a una armonía cada vez mayor, demostrando la Sabiduría Suprema y la "acción continua y admirable que siempre actúa sobre sus obras y que las destina a un bienestar y perfección, cuyos elementos deben desarrollarse necesariamente, y cuyos resultados son infalibles".[6]

Adorno creía descubrir en toda la Naturaleza una escala de perfección, que iba desde los cuerpos estelares y los astros hasta el hombre. Veía notables adelantos y perfeccionamientos, de las simples rocas y metales a la combinación armoniosa del cristal, de las formas geométricas de los átomos a las evoluciones vegetales; de toda aquella multitud prodigiosa de especies cuya ley común es vivir, crecer, multiplicarse y morir, a la culminación suprema de la creación, el hombre. Y si encontraba una escala de perfeccionamiento en la Naturaleza, con más razón creería en la perfectibilidad humana: "¿Qué vemos en el hombre —se preguntaba en momentáneo desconsuelo— si no un ser perecedero, análogo en muchos respectos a los animales que domina, y que más cruel y feroz les sobrepasa en el dominio de la fuerza? Pero —añadía— el hombre físico no es tampoco sino preparatorio del hombre moral, de ese prin-

[6] *Op. cit.* 1ª pte. p. 34.

cipio superior que corrige las propensiones asimilantes y por lo mismo destructivas de la materia. . ., investigando y modificando la Creación".[7] Para que un ser tan notable existiese había sido necesario que la Naturaleza trazara lentamente un camino de perfección, y que Dios lo dotara de inteligencia, poder e inmortalidad, todo lo cual había ocurrido según se podía comprobar fácilmente.

Había comenzado el mensaje del utopista y éste tenía prisa por redondearlo, por llevarlo a sus últimas consecuencias. Ya había demostrado que existía un ser Perfecto, una Naturaleza que se perfeccionaba día a día, y en fin, un hombre capaz de conocer a Dios, de conocer el mundo, de dominar la materia, de descubrir la esencia de la vida moral. Necesitaba precisar la forma en que la Naturaleza —ese ente espiritual— perfeccionaba la materia y en que el hombre se perfeccionaba a sí mismo y perfeccionaba el mundo. Necesitaba esclarecer su mensaje, acentuar la actividad de esos tres seres, revelar ampliamente su esencia creadora, espiritual; darles en fin la libertad de hacer, la libertad; decir que Dios, la Naturaleza y el hombre eran tres providencias; que la providencialidad, la capacidad de hacer el bien, de crear, no era exclusiva de Dios.

Un sentimiento profundamente intuitivo le aseguraba que Dios es la Providencia Eterna. A su entender era un sentimiento común a todos los hombres y la primera idea filosófica que despertase en la mente humana; la que había hecho brotar "multitud de libros llenos de ternura, de poesía y de amor por ese Ser Soberano, que con paternal solicitud cuida de todas sus

[7] *Op. cit.* 1ª pte. pp. 34-35.

criaturas y les da instintos salvadores, por los cuales las dirige a obtener lo que les conviene y a evitar lo que les daña".[8]

Pero la Naturaleza también era un ser Providencial que buscaba la perfección de sus productos y que, sujeta a las leyes fundamentales dictadas por Dios, "continuaba como ejecutora inteligente los fenómenos de la Creación".[9] Como si la Naturaleza estuviera atenta; como si quisiera hacer lo mejor, como si tuviera voluntad de ser, y la libertad de Dios y del hombre.

El hombre era también un ente providencial, destinado a perfeccionar las obras de la Naturaleza, capaz de atribuirse el papel de corrector; de usar de su espíritu inmortal, de su inteligencia, de su libertad.[10] El hombre de Adorno era un ser maravilloso, gigantesco; el propósito de Dios y de la Creación. Era un ser que elevaba en sí mismo un espíritu semejante a la Divinidad, un agente de la Providencia, capaz de participar de la gloria del Creador, de investigar y modificar la Creación. El hijo del Espíritu Eterno, que había recibido las fuerzas necesarias para ser asimismo una divinidad. Pequeña miniatura del Creador, capaz de comprender su gloria, de acompañarle en la eternidad, de atestiguar sus obras prodigiosas, de secundar sus estupendos designios y de ser el socio eterno de su omnipotencia. En fin, el hombre era para Adorno el ser, el fin, la razón de la Creación. Todo estaba hecho para él y para que él lo hiciera. Un gigante, un maravilloso gigante, un Micromegás de la tierra, de los planetas, de los sistemas solares, de las galaxias.

[8] *Op. cit.* 1ª pte. p. 94.
[9] *Op. cit.* 1ª pte. p. 97.
[10] *Op. cit.* 1ª pte. p. 98.

Pero aquí surgía un enigma al que se habría enfrentado cualquier mente, por ilógica que fuera; saber por qué siendo Dios un ser providencial y perfecto existía el mal en el mundo, es decir, explicar la razón de Dios. Sin embargo Adorno no iba a enjuiciar a Dios, como no había enjuiciado a las autoridades del México de 1858. Por una parte se iba a limitar a adorarlo, y por otra se dedicaría a justificarlo, cediendo a sus impulsos optimistas y a su visión del futuro.

Adorno decía adorar a Dios sobre todas las cosas. Decía respetar a todos sus adoradores y a todas las religiones, "faros del género humano". El mismo tenía una religión que llamaba "providencial", "natural"; religión impresa por el Creador al espíritu humano y que *no se oponía a los credos particulares, mientras* éstos fueran morales y tolerantes. Adorno hacía plegarias a Dios como hombre y como filósofo; plegarias sin dogmas, de un romanticismo religioso desenfrenado. Lo llamaba clamorosamente "Dios de Esperanza", "Dios de bondad", "maravilloso Ser". Y si este desenfreno lo incapacitaba para usar de una lógica implacable a la manera kantiana, si en su idea de la intuición estaba la base misma que impedía juzgar a Dios, no por ello dejaba de pensar que la ciencia humana era ciencia de Dios, sobre Dios, y en últimas instancias una teodicea.[11]

En efecto, el mensaje de Adorno fué llamado por su autor "ciencia dé la teodicea", y como si no bastaran sus desenfrenos sentimentales para justificar a Dios, Adorno redujo los cargos a un mínimo, se mostró poco inclinado a relacionar el Mal con la Divinidad Perfecta, y se dió a hacer hincapié en el maravilloso fin que

11 *Op. cit.* 1ª pte. p. 53.

Dios había destinado al hombre. Así pensaba contentar los ánimos.

La idea del fin maravilloso pudo distraerlo constantemente de toda explicación del mal y de su origen divino. Pues siendo el mal remediable, más que probar cuáles eran las causas de su existencia metafísica, se interesó en demostrar cómo Dios había dispuesto las cosas en tal forma, que acabara algún día. Y si ocasionalmente usó de la excusa de la libertad humana para explicar el mal, si dijo como otros que, para que el hombre fuera libre —cualidad suprema—, Dios se había visto en la necesidad de crear un mundo imperfecto, en general se aferró a su sentimiento optimista, a su idea de que "el mal existe tan sólo porque la humanidad aún no cumple sus deberes ni llena fielmente su destino".[12]

Siendo el mal y el dolor provisionales, existiendo una maravillosa armonía entre Dios, la Naturaleza y el hombre, tendiendo éstos a una metamorfosis de perfecciones, resultaba menos importante explicar la creación imperfecta de un ser perfecto, que explicar cuál es el sendero, cuál la actividad que debe desplegar el hombre para extinguir radicalmente el mal. Dios es perfecto porque es el autor de lo bello y lo bueno, y porque los fines que se propuso al crear el mundo son los más nobles que puedan existir. Pero Dios es perfecto por su misma esencia, porque es inconcebible sin perfección absoluta, y su fin no puede ser sino la perfección de sus criaturas. Es necesario pues volver los ojos a las criaturas, recordar que si no pueden ser eternas serán inmortales, que si no son omnipotentes son poderosas,

12 *Ibid.*

si no son omniscientes son sabias, en fin, si no son la Providencia son providenciales. Las criaturas se divinizan. Tienen los medios espirituales para cumplir el fin divino, para ser pequeños dioses de la tierra, que anulen el mal, pequeños creadores de la felicidad absoluta. ¿Y cómo iba a ocurrir lo contrario? ¿Cómo iba a haber establecido Dios un fin perfecto sin haber dotado a sus criaturas de los medios necesarios para obtenerlo? ¿Cómo iba Dios a dejar solo al hombre? El hombre no estaba solo. Dios lo acompañaba con paso seguro y la Naturaleza trabajaba lentamente para acabar con la inestabilidad actual del Universo. Había un proyecto de perfección que unía a todo lo que es.[13]

Más que una excusa de la Divinidad, el mensaje de Adorno era una anunciación de fuerzas y felicidad, un canto a la trilogía maravillosa: Dios, la Naturaleza y el hombre. Aquél perfecto, éstos "en vías de construcción", o cumpliendo un "destino providencial", provocando una metamorfosis que conduce a un "fin admirable", a un "sublime bien".[14] En última instancia Adorno nada tiene con Dios, que ha hecho un plan inmaculado, nada con la Naturaleza que trabaja de acuerdo con el plan divino; sólo está preocupado por el hombre, por explicarle que el mal moral y material que sufre es obra suya; proviene de los "errores cometidos por la humanidad", de haber fundado la sociedad sobre bases improvidentes, de haber edificado las ciudades erróneamente, de haber viciado la alimentación con drogas dañinas, de haber hecho "poderosos a unos cuantos hombres y relegado a la mayoría a la miseria,

13 *Op. cit.* 1ª pte. pp. 111-112.
14 *Op. cit.* 5ª pte. p. 37.

la ignorancia y la impotencia providencial. . ." [15] Así, el mal no es motivo para encararse con Dios sino con los hombres, no es motivo para explicar a Dios sino para demostrarles a éstos cuál es el deseo de la Divinidad, cuál el trabajo de la Naturaleza, cuáles las obligaciones que tienen y la fuerza de que han sido dotados para cumplir su "destino Providencial sobre la Tierra".[16] Por eso, Adorno habla siempre del mal refiriéndose a la posibilidad de remediarlo, de extinguirlo; se vuelve irritado contra quienes se han apoderado del gobierno de los pueblos, inculcándoles ideas y doctrinas en que se pinta la naturaleza humana como degradada, maldita, condenada a un perpetuo llanto en este mundo y a un eterno tormento en el otro. . .[17] Todo eso es mentira, una burda mentira que ha pretendido desviar al hombre de su verdadero camino; el fruto de una doble tiranía civil y doctrinal, que a lo largo de los siglos ha logrado que la humanidad gima "como Tántalo a la vista del arroyo divino de la Providencia, sin poder apagar la sed ni mitigar el hambre, haciendo ofrendas expiatorias de crímenes que no ha cometido, y que aumentando la miseria del pueblo y el fausto de las clases privilegiadas, aumentan también de día en día la desigualdad, hasta que han resultado de una parte todo el trabajo, las miserias, las penas, la degradación, la ignorancia, la obediencia y el aislamiento; y de la otra la ociosidad, las riquezas, los goces, la exaltación, la ciencia, el mando y la asociación sistemática y armada, destinada a subyugar indefinidamente a la gran mayoría".[18]

[15] *Op. cit.* 5ª pte. pp. 37-38.
[16] *Op. cit.* Catecismo, p. 16.
[17] *Ibid.*
[18] *Ibid.*

Pero la verdad es otra y otra la religión verdadera, que no tiene dogmas misteriosos, ni más poderes que el propio raciocinio, ni leyes ascéticas o prácticas penosas, sino que es una religión providencial que "indaga en las mismas leyes del espíritu humano y descubre cuán adecuadas son para su felicidad temporal y eterna".[19]

El mal existe, pero el hombre puede salvarse. Adorno está firmemente convencido. Las pasiones "negativas" —dice el romántico inventor— no son innatas, sino el producto de un "estado social" injusto; de la ignorancia, la miseria y el aislamiento de la gran masa de la humanidad, que por tantas razones parecería haber sido condenada a cometer mayores y más frecuentes crímenes.[20] Las pasiones negativas del hombre son un producto de la condición social en que éste se encuentra. El orgullo proviene de la desigualdad; la ambición tiene la misma causa; la avaricia y la adquisición indebida de la riqueza emanan del menosprecio al trabajo; la envidia, del impotente deseo que padecen los inferiores, de asemejarse a sus superiores; la ira, del afán que tiene el hombre de sobreponerse a sus semejantes, a la vista de la "desigualdad individual y social"; la guerra y el honor militar, de las luchas que sostiene el hombre, impulsado por la ambición; la "rémora social", del propósito "de impedir la marcha y el progreso de la sociedad"; la pereza, "de las ideas falsas y perniciosas de indiferentismo y positivismo, promulgadas por la caduca forma social".

Todas esas pasiones son facticias y es necesario buscar su origen en las instituciones humanas, que contrarían las pasiones naturales como el amor a sí mismo,

[19] *Op. cit.* cat. p. 6.
[20] *Op. cit.* cat. p. 18.

el amor a la felicidad, el amor a la familia, el amor a la libertad, el amor a la patria, el amor a la humanidad, a la sabiduría, a la invención, a la sociabilidad. Todos los amores que pregona la religión providencial. Es necesario pues encontrar el remedio y ese remedio es la religión providencial y la clase de sociedad que habrá de instaurar "anonadando la prepotencia del fuerte, protegiendo al débil y supliendo misericordiosamente las faltas del abyecto y desgraciado".[21]

Todas las pasiones, todos los males de la tierra tienen como remedio al hombre providencial, que no es éste o aquél a exclusión del otro, sino el género humano. "Imitar a Dios en su Providencia está al alcance de los hombres más pequeños, en sus diversas facultades físicas e intelectuales, porque para que el hombre sea bueno basta que ame y procure la beneficencia, practicándola en cuanto se lo permitan sus circunstancias personales y sociales".[22] Todos los hombres, todos sin excepción pueden imitar a Dios. Adorno se entusiasma, quiere tomar a la humanidad y decirle que es capaz de hacer un mundo completamente nuevo, decirle que no sea sorda a sus llamados, ni escéptica, que mire la historia, y vea cómo "aparece hoy en la plenitud de su poder físico y en vías del desarrollo de su poder moral e intelectual".[23] Esa es la verdad.

Y no pretende Adorno dar consejos morales al hombre, sino descubrirle la esencia misma de su ser, formular la antropología optimista de la verdad, evocar el trabajo callado de la Naturaleza, la vida de los animales que se contentan con vivir y multiplicarse, y frente a

21 *Ibid.*
22 *Op. cit.* cat. p. 19.
23 *Op. cit.* 1ª pte. pp. 55-56.

ellos descubrir el genio creador del hombre, su imitación artística del mundo, sus investigaciones y combinaciones de la materia, sus descubrimientos morales y espirituales, su sentimiento sublime de lo infinito, y sobre todo su destino. El hijo de Dios está destinado a ser "el agente de la Providencia en el planeta que habita".[24] Es un destino muy bello, ciertamente; pero que implica algunas obligaciones, como amar a Dios, cultivar el planeta y sobre todo fabricarse la propia felicidad.[25] Adorno proclama que el hombre está obligado a ser feliz. Es ésa la obligación suprema esencial; a tal grado, que si el hombre debe venerar al Creador y rendirle irresistiblemente sus adoraciones, está más obligado aun a cubrirse de felicidad, porque "el hombre necesita mucho y Dios no necesita nada". El hombre necesita divinizarse, perfeccionarse, ser feliz como Dios. La esencia del hombre es su posibilidad de ser feliz.

En su imitación de Dios, en su divinización, el hombre debe además amar. Ninguna ley lo obliga; pero su libertad es precisamente la llave del amor, cualidad admirable que reúne el poder y el placer, el bienestar y la fuerza, la virtud y el premio.[26] Cuando el hombre ha amado —dice Adorno— se ha hecho divino; pero raras veces ha amado. Es necesario pues que ame, que ame con amor espiritual, ilimitado, que el sentimiento amoroso sea el anteojo mágico con que mire los campos, los animales, el trabajo y sus bellos resultados, la naturaleza, la ciencia, la patria universal, la sociedad. "El galardón del hombre por este amor así

[24] *Op. cit.* 1ª pte. p. 48.
[25] *Ibid.*
[26] *Ibid.*

generalizado sería convertir la árida roca de la tierra en un verdadero paraíso, y hacerla su patrimonio de delicias".[27]

El hombre providencial es un hombre amoroso. Su vida sentimental es muy importante. Es la fuerza que le permite ser un agente de Dios sobre el planeta, es la virtud que pone en movimiento todas las facultades físicas y psíquicas que posee y que le harán cumplir "un alto destino sobre la tierra".[28] El hombre debe finalmente tener conciencia de todas sus fuerzas y de que "el destino de la humanidad es el ser una providencia terrestre, que imite a Dios y a la Naturaleza".[29] Pero al imitar a Dios el hombre no debe extraviarse atribuyéndole los defectos humanos, haciéndolo colérico, vengativo, débil y apasionado" —¡oh cuántos absurdos ha adorado la ignorancia!—. Debe dejarse guiar por la intuición de su alma, para descubrir que Dios "ejecuta siempre el bien y jamás el mal", y que por ser un ente perfecto ha disfrutado eternamente de una Suprema Felicidad. La imitación de Dios conducirá al hombre a ser más perfecto y a producir, de acuerdo con los planes del Creador, una felicidad semejante a la Suya. Será una imitación, sentimental, amorosa, romántica.

El hombre debe convencerse de que es una providencia en la tierra, de que la humanidad es colectivamente buena, progresista. Ahí están para demostrarlo sus leyes, sus costumbres sociales, sus tendencias justicieras, sus ciencias, su literatura, sus artes, sus ciudades, sus habitaciones y templos. Ahí están la humanidad agrícola y pastora, las construcciones maravillosas, los

[27] *Op. cit.* 1ª pte. pp. 48-49.
[28] *Op. cit.* 5ª pte. p. 24.
[29] *Op. cit.* 5ª pte. pp. 35-36.

canales, los acueductos, los puertos, las máquinas, los vapores, los ferrocarriles.[30] Todas son pruebas del poder humano, de la fuerza de que gozan los hombres, y a la que sólo le falta un sentimiento amoroso general, y el deseo de imitar la felicidad divina: "La humanidad, obrando inconscientemente, ha obrado como una Providencia. Ha cambiado la faz de la tierra, pero por una consecuencia necesaria ha cuidado preferentemente de las mejoras materiales, descuidando y aun postergando las morales. Mas ahora que se demuestra su alto destino de providencia terrestre —piensa Adorno—, ahora que está en el caso de comprender el móvil providencial del alma humana, el intuitismo divino que le indica la senda del bien, es seguro que la humanidad progresará en la práctica de la moral y la verdadera virtud, obteniendo, en consecuencia, la felicidad".[31]

El mensaje de Adorno no ha terminado, sin embargo. Todavía tiene el mensajero mucho que decir a los gigantes de la tierra, y sobre todo tiene que decirles en qué forma deben actuar y emplear sus gigantescas fuerzas para el logro del mundo feliz. Porque Adorno ya viene de regreso de la región maravillosa que ha descubierto, a través de la intuición de las esencias, del bosque fantástico en el que se respira un aire incontaminado de realidad. Ya abandona la escena de lo suprasensible y trae envueltos en palabras y razones a sus personajes dramáticos —al Supremo Artífice, Señor de la Mecánica Universal, a la Naturaleza etérea y anímica, al Hombre Providencial amoroso— para hacerlos

30 *Ibid.*
31 *Op. cit.* 5ª pte. p. 36.

jugar el papel de la verdad y de la felicidad, entre los hombres de su siglo y su tiempo.

Adorno va a hacer que sus personajes ocupen un lugar entre los hombres y sus desvaríos, que tomen una actitud en la polémica del siglo XIX, en las luchas de socialistas, anarquistas, nihilistas, revolucionarios y retrógrados, porque aunque él considere que las leyes del Universo los conducen en ininterrumpido progreso, y aunque piense que el trabajo del hombre es una fuerza suprema de felicidad, no puede detenerse ahí, sino tomar una posición frente a todos ellos y hacer que sus personajes actúen, y les den conciencia de su realidad. La misión de Adorno consiste en presentar a sus congéneres el espectáculo de la esencia del universo y de la esencia de los hombres, convencerlos de la inutilidad de todo esfuerzo que contraríe los designios del mundo suprasensible. Pero como él se hace solidario de la actuación de sus personajes, como él es quien los va a manejar con sus razones y palabras, él mismo tiene que tomar posición.

Y eso es lo que hace el mecánico sin titubeos. Se declara enemigo de los intereses espurios, de las pasiones facticias que dominan la vida contemporánea, de la rutina, del temor a las innovaciones, de las teorías sofísticas que han desacreditado a la filosofía, diciendo que es un conjunto de utopías irrealizables,[32] burda y maliciosa mentira que de ser verdad acabaría con sus ilusiones y con la representación. Pero además se declara enemigo del nihilismo, del anarquismo, del socialismo, movimientos contrarios al espíritu de sus personajes y que ceden a los odios inveterados de

[32] *Op. cit.* 5ª pte. pp. 72-73.

las diferentes clases sociales, que no se detienen ante la necesidad de la revolución ni ante la idea de dominar el mundo por la fuerza.[33]

El Espíritu Absoluto lo guía, lo conduce en este doble combate, le indica que no debe alistar al hombre providencial en ningún bando o cuerpo militares. Le dice que él no puede afiliarse a los retrógrados ni a los revolucionarios y, para ser más concreto, lo hace renegar de la "aglomeración de los bienes en unas cuantas manos", de la propiedad hereditaria, de los mayorazgos[34] y también de los esfuerzos sangrientos de los partidos socialistas, que no conducen sino a la decepción y el desengaño, porque quienes llegan al poder por la fuerza están destinados a incurrir infaliblemente en los mismos vicios y abusos a que se oponen.[35] El Espíritu Absoluto, intemporal y eterno, toma la decisión del Siglo y se muestra partidario de la subdivisión pacífica de la propiedad, de que el hombre retenga los frutos de su trabajo y de elaborar "un orden político y financiero que tienda a nivelar las clases sociales sin desórdenes ni revoluciones..."[36] Ese es su dictado terminante. ¿Cómo cumplirlo? ¿Cómo lograr que los humanos practiquen la reforma? El hombre providencial se adelanta. A él le cumple obrar, ejecutar el mandato. El, que es la esencia del hombre, es quien debe llevar a la práctica los ideales, movilizando su amor, su beneficencia esencial. Pero Adorno se le acerca precipitadamente y lo detiene. Después de todo ya están en el mundo y Adorno funge de director. Tiene mucho que explicarle a su personaje etéreo, habituado a vivir

33 *Op. cit.* 5ª pte. p. 61.
34 *Op. cit.* 5ª pte. pp. 71-72.
35 *Op. cit.* 5ª pte. p. 73.
36 *Op. cit.* 5ª pte. p. 71.

en un aire rarificado, puro. Tiene que contarle cuáles son sus experiencias prácticas, en qué forma es inútil actuar. Y le explica con desconsuelo que si la beneficencia y el amor pueden salvar al hombre providencial, ni el amor ni la beneficencia pueden salvar a los hombres. Ha llegado el momento. Adorno tiene que desilusionar a esa creatura del Supremo Artífice. Le confiesa que está decepcionado de la caridad como medio eficaz de regeneración, que los ricos no prescinden voluntariamente de sus riquezas, que los pobres sucumben víctimas del bochornoso egoísmo de las clases acomodadas.[37] Le revela que las casas de beneficencia privada no cumplen su destino, son insuficientes y mezquinas, y que el nuevo sistema de beneficencia pública es también inútil: hace que el rico pague con repugnancia y desprecio la contribución y que el pobre se muestre desagradecido por el socorro y aun llegue a retribuirlo con un odio intenso: "El mutuo amor —concluye fatigado— tan halagüeño en la teoría ha venido a ser irrealizable en la práctica, y hoy encuentra el hombre, con sorpresa y decepción, que lo más difícil es amar, y que por grande que sea la repugnancia de desprenderse de los bienes materiales, lo es mucho más el sujetarse al consejo moral de amarse mutuamente, no sólo entre sí las clases sociales, sino aun los individuos de una misma clase..." [38]

Pero esta terrible confesión es sólo el preludio de otras muchas que debe hacer al sublime personaje. Porque no puede ocultarle una realidad que él conoce bien, que conocía antes de haber visitado al Espíritu Absoluto, y que ahora debe revelarle para que no fra-

[37] *Op. cit.* 5ª pte. p. 73.
[38] *Ibid.*

case en sus divinos intentos. Le cuenta que no se puede esperar nada de la justicia humana para salvar a los hombres, porque está fundada en el derecho de propiedad y es capaz de atormentar a los hambrientos que toman un mendrugo de pan; le dice que nada se puede esperar de la economía política, porque es el arte descorazonado de aumentar la riqueza y no cuida en lo más mínimo de distribuir equitativamente las utilidades entre el capital y el trabajo; le revela que hay una ciencia fría llamada estadística que sólo sirve para contar y es inútil para salvar. Lo disuade en fin de emplear una propaganda que tenga como propósito inculcar al pobre la conformidad con sus sufrimientos, porque, según él ha observado, el pobre se dice con lógica severa: si los ricos, por el solo hecho de serlo, no están excluídos de lo gloria eterna, siempre me llevan una tremenda e injusta ventaja, pues yo estoy expuesto al padecimiento eterno, después de haber sufrido las angustias temporales.[39]

El hombre providencial está mudo y estático. Espera que Adorno le diga cómo actuar. Pero Adorno se halla sobrecogido de terror y de angustia y realmente no sabe qué decirle, hasta que al fin estalla, y muerto de vergüenza se pone a musitar una serie de perogrulladas: "Sea usted una providencia para sí y para los demás —le dice—; ejerza siempre el bien y jamás el mal, tenga paciencia en sus sufrimientos y actividad virtuosa para remediarlos, y sóbrevendrá a su tiempo la felicidad colectiva de la humanidad, y por consecuencia la felicidad individual del hombre".[40] Adorno le da estos viejos consejos morales para salir del paso, y con un frío

[39] *Op. cit.* 5ª pte. p. 74.
[40] *Op. cit.* 5ª pte. p. 75.

aterrador oculta el amor tras la "providencialidad", pensando que el ingenuísimo y puro personaje no se dará cuenta. Poco a poco redondea su mentira, y hasta acaba por creerla verdad. Añade que sus consejos no provienen de un razonamiento impracticable o ilusorio, sino que se fundan en las cualidades intrínsecas del alma —sí, eso es, hay que volver al alma y abandonar las experiencias personales, hay que volver a la verdad esencial y dejar la verdad de la existencia—. Es cierto, los consejos que le da al hombre providencial se fundan en la esencia del hombre que le ha revelado el Espíritu Absoluto, en el destino que le ha revelado el Espíritu Absoluto, en las leyes que le ha transmitido por la intuición, en el mensaje que ha hecho suyo y que él transmite a su personaje para que actúe, para que salga a la escena del mundo. Pero el hombre providencial en el momento de salir se desvanece, se escapa, no resiste las presiones de la tierra y se pierde en el horizonte de su esencia. Adorno que lo ve desaparecer no quiere desilusionarse, no quiere perder el optimismo de su revelación, quiere pensar que ha ido a integrarse a cada uno de los hombres, hasta de los más pequeños. Pero titubea. La multitud está a su espalda pegando alaridos, y él, como para calmarla, le habla de nuevas instituciones, le dice que admira las cajas de ahorros, las sociedades de socorros mutuos, las escuelas de obreros, la asociación pacífica de los trabajadores: "necesita el pueblo —añade— desechar el orgullo, la ambición, la avaricia y demás pasiones facticias de los opresores que lo han tiranizado; necesita purificarse de la sociedad corrompida que lo desprecia, mas una vez purificado, una vez virtuoso, sobrio y trabajador, perfeccione la asociación voluntaria entre sus iguales, ramifique la

asociación misma, haga de ésta una inmensa institución de socorros mútuos y de ahorros, capaz de afrontar todos los negocios emanados del trabajo; deseche las traidoras seducciones de las huelgas que siempre le resultan contraproducentes, trabaje activa y económicamente para poder afrontar por sí mismo todas las empresas lucrativas; mas, sobre todo, ilústrese constantemente haciéndose laborioso, inteligente y moral, y entonces él se elevará en la escala social, y vendrá a ser no sólo aceptado fraternalmente por todas las clases superiores de hoy, sino imitado por éstas, y realizada la fraternidad universal, establecida en el mundo la felicidad virtuosa, será el amor mutuo el resultado de la providencialidad y del bienestar social sobre la tierra".[41]

Después de tan agobiante discurso, pronunciado frente a ese pobre pueblo que antes de escucharlo "ya había empezado a tener conciencia de su valer y su fuerza", Adorno se siente exhausto, y quiere salir de su presencia, quiere irse de nuevo con el Espíritu Absoluto, con la Naturaleza Espiritual, con el hombre providencial que lo ha precedido en su marcha, que ha salido de ese momento, de esa realidad abrumadora y molesta. Pero ya no va en busca del Espíritu Absoluto para traer un mensaje a la tierra. Se da cuenta que el hombre providencial se ha puesto a trabajar en el tiempo y ha realizado una marcha de siglos, construyendo el mundo del futuro, logrando la perfección de las asociaciones humanas,[42] acercándose a Dios y sentándose a su lado en la región futura de Armonía, precioso substituto del cielo, donde viven hombres inmortalmente

41 *Ibid.*
42 *Ibid.*

vivientes, hombres divinizados, en perdurable bienaventuranza.

Al descubrir tan increíble espectáculo Adorno respira de nuevo con alegría y no quiere pensar sino en el futuro, cuyas imágenes se suceden con claridad, mientras el ruido sordo del mundo actual va desapareciendo. Ahora puede hablarles a los hombres con más calma, con entusiasmo, sin zigzagueos, sin turbaciones. Porque les va a hablar del futuro partiendo del presente, sí, pero sacando sus conclusiones de un mundo sin experiencias personales, sin prácticas ni medidas chocantes, en que el hombre providencial trabaja sin interrupción, sin consejos, fiel a su esencia pura.

Está dispuesto a no traicionar más al Espíritu Absoluto, a no irrumpir más con sus impertinentes observaciones, a ajustar toda la Naturaleza a sus designios, a deducirlo todo de su esencia. Y para dar una primera prueba de sumisión y fidelidad, demuestra tranquilamente que en su imitación del Ser único, inmutable y perfecto, toda la Creación tiende a un estado futuro de estabilidad, de constancia, de permanencia, en que desaparecerá la inmensa y variada multitud de los astros y se llegará a la Unidad con la construcción de un solo astro, también perfecto, inmutable y magnífico, "objeto de Dios y trabajo final de la Naturaleza",[48] en el que la vida será inmortal, la temperatura constante e invariable, los vegetales siempre floridos, los animales jóvenes y buenos, el placer común, el hombre sin enfermedades ni dolores.

Después de esta profesión de fe, y de humildad ante la lógica impuesta por el Espíritu Absoluto, que

[48] *Op. cit.* 5ª pte. p. 102.

lejos de envolverlo en contradicciones penosas o ridículas lo lleva a demostrar que de lo perfecto surgirá lo perfecto, de lo inmutable lo inmutable, de lo único un astro único; después de esta revelación que no lo obliga a pensar en una práctica, en una realidad transitoria, en un presente vivo, sino que lo proyecta lógicamente a una conclusión, que está en perfecto acuerdo, en rigurosa lógica, deducida de la bella premisa del Espíritu Absoluto, Adorno ya no desea salir más del futuro, así remoto o inmediato. Se encariña con él, lo ama profundamente, lo siente seguro, fiel, sin traiciones, concorde en todo con los designios del Supremo Artífice, con el fin de la Naturaleza espiritual, con el trabajo de su criatura providencial; y gozoso, con orgullo sano, con cortesía y confianza, pide permiso para explicar a su auditorio qué le aguarda, qué le tiene reservado ese hombre, ese artesano que huyó: "Permítaseme tender la vista en el porvenir de felicidad. Permítaseme este ligero desahogo, o por mejor decir, este consuelo con que el hombre que vive tan desgraciado en el siglo XIX calma al menos sus penas al pensar que vendrán días más venturosos para la especie humana. ¡Oh, sí —exclama en un gesto de gran sinceridad—, yo los siento acercarse y en el fondo de mi alma existe una profunda convicción de que llegarán!" [44] ¿Y cómo no iba a existir esa profunda convicción, cómo no iba a tenerla Adorno, que no se consideraba un adivino ni siquiera un espíritu superior, que por arte insospechado y sobrenatural leyera en el futuro, sino un amante apasionado del Supremo Artífice, que seguía la lógica irresistible de su esencia, deduciendo que en la Creación estaba marcado

[44] *Op. cit.* 1ª pte. p. 50.

un progreso infalible que llevará a la Naturaleza y a la humanidad a una perfección más o menos lejana, pero necesaria?

Enorme desahogo, gran consuelo era hablar del futuro. El futuro no presentaba contradicciones, y al hablar de él podía satisfacer por vez primera las esperanzas de todos los hombres y la lógica del mundo suprasensible. Podía ser incluso todo lo preciso que quisiera, hablar de los más insignificantes detalles, de las más pequeñas circunstancias, hacer una división del tiempo por venir tan precisa y exacta como la del pasado, hablar de los hombres salvados, tranquilos, felices, poner sus máquinas y sus instituciones al servicio de la lógica absoluta y de los propios hombres. Podía incluso hablar del presente alejado en el futuro; podía incluso decir todo lo malo que había en el presente, con la seguridad de que su visión, su lógica, hacían imprescindible la disolución del mal. Podía todavía más, decir cómo ocurriría el hecho histórico del advenimiento de la felicidad, pero sujetando ese hecho al futuro de la humanidad y a la esencia del Supremo Artífice.

En el futuro, sí en el futuro, la humanidad podría comunicarse instantáneamente de un extremo al otro del mundo. Las líneas telegráficas submarinas proporcionarían las facilidades necesarias para hacer el círculo metálico de la tierra y se ramificaría la acción y el pensamiento. Los agentes del vapor, de la electricidad, del magnetismo y del calor terrestre proporcionarían al hombre fuerzas prodigiosas. El gas y la electricidad convertirían la noche en día. Los mares serían cruzados por inmensas embarcaciones, por verdaderos palacios flotantes. La aerostación completaría en los cielos el

cuadro del poder humano. La agricultura, la minería, la industria, el comercio, las artes y las ciencias harían tales progresos y obtendrían tan notables mejoras, que no había imaginación suficientemente fuerte para "idear como un sueño dorado, lo que llegaría a ser la realidad un día".[45]

No había imaginación suficiente; pero mucho se podía decir, mucho prometer al hombre; ajustar todos sus deseos a una idea de perfección, ajustar todas sus instituciones políticas y sociales a la realidad final del poderoso Artífice. Sí, las instituciones sociales cambiarían totalmente, como habían cambiado en el curso de la historia, hasta que un nuevo síntoma acabara caracterizándolas, su permanencia, su constancia, su infinitud. Adorno no tenía el menor empacho en dividir la historia en doce etapas pasadas y futuras, perfectamente caracterizadas y definidas, que iban desde la primitiva y natural, hasta la constitucional —en que se hallaba—, la federativa, la del trabajo o federativa absoluta, la convencional y la de la solidaridad, postrera época de la evolución humana, época definitiva y perfecta en la que el hombre volvería a adquirir las costumbres del estado natural —sencillas y puras—, pero ya enriquecido de todas las ciencias y las artes de la civilización, y habiendo dominado los vicios y las pasiones facticias, habiendo cumplido el destino sublime a que lo destinara el Creador. A esa etapa final no llegarían todas las sociedades al mismo tiempo, pero las que llegaran antes desarrollarían la perfección en las demás. Esto decía el profeta y aun decía más, no fueran a tenerlo por poco informado o charlatán. Decía exacta-

[45] *Op. cit.* 1ª pte. p. 51.

mente lo que iba a pasar, lo que iba a hacer el hombre providencial en cada una de las etapas que vendrían, y que él había denominado, seguro de no equivocarse, sin titubeos, sin desconfianza, basándose en el Espíritu Absoluto y en las huellas que había dejado huir el hombre providencial. Decía todo lo que iba a ocurrir, aunque en realidad dijera todo lo que deseaba su espíritu, todo lo que había deseado para los hombres mortales, al ir en busca del Espíritu Absoluto.

De la etapa constitucional en que se encontraba la humanidad, según pensaba, se pasaría a la federativa, en la cual no se establecerían federaciones como la de los Estados Unidos, donde aún privaban intereses mezquinos e instituciones sórdidas como la esclavitud, sino federaciones filosóficas, que acostumbrarían a los hombres a respetar las opiniones de sus semejantes, extenderían los límites fraternales de las sociedades humanas, nulificarían poco a poco las tiranías y los despotismos, convencerían a los pueblos que es preferible resolver los problemas internacionales por medios parlamentarios, y acabarían con la espantosa, brutal y destructora costumbre de la guerra.[46]

Después, la humanidad llegaría a la etapa del trabajo o federativa absoluta, en la cual ya no se necesitaría el capital de los patronos para la producción, sino que los obreros por sí solos podrían erigir, conservar, dirigir y hacer florecer las instituciones.[47] Y Adorno pensaba en la bella teoría del trabajo, en los descubrimientos que había hecho recientemente la economía política al ennoblecer el esfuerzo humano, al declarar hombres libres a todos los trabajadores del mun-

[46] *Op. cit.* cat. p. 92.
[47] *Ibid.*

do, y al proponer una división de los trabajos que permitía reunir los productos en la composición final de que constaba cada objeto de la producción. Alentado, volvía después un momento a la situación actual para criticarla, ya que no para proporcionarle los medios de curar sus males: "El primer hallazgo de la ciencia económica es una gran conquista de la humanidad —decía—, pero aún está a mitad de camino para obtener su cumplimiento. El honrar el trabajo y hacerlo patrimonio de los hombres libres no es bastante; es además indispensable hacer que todos los hombres trabajen y que sus afanes sean productivos a la comunidad. Todos los que trafican con los productos del trabajo son agentes de éste y el capital no tiene otro destino que el de representar los productos del trabajo". Al hablar de esta etapa en que acabaría la esclavitud de los trabajadores Adorno había sido herido en su pie de Aquiles por la realidad. El presente lo llamaba a gritos, gemía adolorido, pidiéndole unas palabras, y él dándose cuenta que en nada contrariaba su decisión de ser fiel al Supremo Artífice, y que podía calmar los ánimos de sus contemporáneos, se detenía y se preguntaba irritado: "¿Por qué el capital y los agentes que lo manejan tienen toda la abundancia y el lucro que proporciona el trabajo, ínterin los trabajadores están en la miseria y el envilecimiento, cuando sin ellos no habría producción? ¿Por qué se ha reemplazado el señorío del capital al señorío feudal? ¿Y por qué la miseria del siervo con frecuencia era preferible a la miseria y abandono del actual proletario, libre solamente para perecer de hambre y de fatiga? Porque a la esclavitud del siervo —contestaba como hombre de su siglo— se ha substituído la esclavitud del trabajador, y al señorío

del amo el señorío del capital". Pero Adorno no había terminado con esa jaculatoria su impugnación del presente, su ataque al presente. Había vuelto y era necesario decirlo todo, decir que si la división del trabajo había perfeccionado la producción no había mejorado la suerte de los hombres, pues los representantes del capital, entregados a una ciega competencia y deseosos de obtener grandes lucros para vivir en el lujo, obligaban a trabajar a los míseros obreros de día y noche en operaciones simples, en que el hombre hacía lo menos y la máquina lo más, hasta que aquél se embrutecía y convertía en máquina viviente, "degradándose del noble e inteligente ser, criado por Dios, en el bárbaro, simple y miserable mecanismo, producido por el estúpido egoísmo del poseedor del capital".

Sí, había un presente doloroso: bajos jornales, necesidades y penas de los trabajadores. Pero Adorno ya conocía el futuro y sabía que todo eso era transitorio, que la economía política de su tiempo era una ciencia de transición, en la cual se procuraba la manera de acrecentar los productos sin atender a la equidad en la distribución de los resultados. Sabía también que era transitoria la estructura económica de su tiempo en la que los banqueros, los agentes de bolsa y los representantes del trabajo se erigían en árbitros de éste envileciéndolo y contrariando la naturaleza de la producción y de la providencia humana. Sabía también que los días del error y de la tiranía, los días de los reyes, de los caudillos, de los presidentes, estaban contados, como estaban contados los días de la guerra, pues la humanidad pronto se iba a elevar a la décima época de su evolución histórica, época de la asociación del trabajo y de la federación absoluta, a la que la huma-

nidad accedería, mediante la educación, ilustración y moralización de sus clases obreras, cuando "ennoblecido el pueblo laborioso con intachables costumbres comprendiera que nada tenía que esperar de sus opresores los ricos y procurara pasarse de ellos",[48] descubriéndoles que no podían hacer nada sin el pueblo. Y por si fueran pocas sus razones teológicas y su videncia del porvenir, al evocar esta época recordaba aquellos síntomas presentes, aquellas circunstancias de su realidad histórica, que reforzaban su idea del futuro; decía que en el proletariado de los grandes centros productores "ya brillaba el arco-iris del buen tiempo" y de la felicidad, que ese conjunto de seres vilipendiados y explotados presentaba características nuevas que auguraban la realidad del porvenir, que probaban la verdad del Supremo Artífice y del Hombre Providencial: los trabajadores amaban más emplear sus momentos de descanso en paseos y recreaciones honrosas, se entregaban menos a la embriaguez y los desórdenes, tenían deseos de instruirse y de tomar parte en las cuestiones políticas, científicas, artísticas y sociales, se asociaban en clubes, adquirían el uso de la palabra, la lógica y la tolerancia recíproca en las discusiones, procuraban economizar de sus haberes una pequeña cantidad, con la cual proveían a la mutua garantía de sus jornales en la enfermedad y la vejez; con los sobrantes de dichos ahorros iban formando capitales considerables "que con el tiempo llegarían a ser colosales" —con ellos podrían hacer frente a todas las emergencias de las negociaciones propias—; comprendían que la asociación voluntaria era el elemento de la libertad y el amor; en

[48] *Op. cit.* cat. pp. 93-94.

fin, usaban de la imprenta para trasmitir las ideas a todos los hombres, para "ennoblecer los corazones y hacerles comprender la omnipotencia del amor y de la Providencialidad, así como los resortes que el Creador misericordioso había colocado en la humanidad para que ésta cumpliera con su destino sublime, hallando la felicidad verdadera".[49]

Todo ello conduciría a la humanidad a la épica federación absoluta, etapa feliz en que las clases estarían casi niveladas, el trabajo sería moderado y se realizaría a horas determinadas, en que los placeres sencillos y el honor penetrarían en el pueblo, es decir, en todos los hombres, pues todos los hombres constituirían el pueblo. La libertad en esa época no sería un nombre vano; llegaría a ser respetada y defendida por todos los hombres. Se encontraría en los contratos de trabajo, en el derecho al trabajo, en la familia, ya que la mujer gozaría de la misma libertad del hombre, y en las reuniones de los trabajadores "morigerados, circunspectos y laboriosos", que harían de ella la base de su virtud y, así fortalecidos, proveerían a todas las necesidades y a su progreso, sin necesidad de la coerción civil ni de la coerción del capital. Todos estos adelantos de la especie humana serían guiados e impulsados por el genio. Las ciencias, las artes, y sobre todo la mecánica, vendrían al auxilio del hombre y elevarían la producción, proporcionando a los productores satisfacción y descanso. La mecánica sería al fin la servidora del hombre.

En la etapa de la Federación Absoluta se llegaría así a la felicidad humana; pero quedarían las constitu-

[49] *Op. cit.* cat. pp. 94-95.

ciones, los gobiernos y el dinero, que serían eliminados en la undécima época, llamada por Adorno convencional o "libremente contratante". En esa época la asociación del trabajo alcanzaría una altura y una importancia considerables, tanto en la industria como en la agricultura; los trabajadores destinarían sólo ocho horas diarias al trabajo, y el comercio cambiaría radicalmente: "pues aunque el comercio querría siempre especular con las masas productoras, éstas no lo permitirán —decía Adorno— y echarán de ver que las sociedades extendidas y relacionadas, como se ha dicho, podrán permutar sus recíprocos productos, y así formarán en su seno comisiones compuestas por los hombres más aptos, para llevar la contabilidad, verificar los contratos, distribuir y recoger los diferentes productos, y encargarse de todos los cambios que sean necesarios a las necesidades recíprocas, y esto traerá por consecuencia —añadía— la creación de una nueva especie de comercio, que nada tendrá de común con el tráfico opresor de las masas productoras que hoy tiene el título de comercio, y que sólo es tiranía ejercida por el capital".[50]

En fin, Adorno se refería a la duodécima época de la humanidad, en la que ésta retornaría a la "simplicidad primitiva", libre ya de las pasiones facticias, y enriquecida con todas las adquisiciones de la civilización. En ella la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad y la Solidaridad de los hombres serían realidades de la Providencia humana, y la felicidad no sería ya la ilusión de la esperanza, sino el prodigioso resultado del amor, la virtud y la posesión de la verdad. No podía decir

[50] *Op. cit.* cat. p. 96.

Adorno cuándo llegaría esa época, y se resistía a hablar de ella en forma racional y lógica, asegurando que el único medio con que contaba para comprenderla era la poesía intuitiva "puesto que el hombre —decía— no posee el don de la adivinación".[51]

Sin embargo le dedicó todo un capítulo de su mensaje, intitulado *El remoto porvenir*, escrito en prosa dizque poética. En él pintaba ese cielo futuro que sería la tierra, como si lo estuviera viendo. Empezaba con una salutación al nuevo mundo que descubría, a los verdes y esmaltados campos, a los plateados ríos y cerúleos mares, a los nuevos polos y nuevos continentes. Descubría en maravillosa visión que habían desaparecido las diferencias. Una sola raza cruzaba los mares y se elevaba gloriosa entre las nubes, una raza más bella, de formas mejoradas, de color suave, de ojos vivos y lucientes, de miembros vigorosos y esbeltos. Una raza que había sujetado la furia de los mares y había regularizado el curso de los ríos. Del salvaje ya no había ni vestigios. El hombre transitaba seguro por la mansión terrestre, vivía en sorprendentes habitaciones. Todos gozaban de iguales comodidades, delicias y paz. No había ni campos despoblados ni ciudades apiñadas. La naturaleza brindaba amorosamente sus tesoros a la ciencia y a la agricultura. La mecánica rendía sus inextinguibles recursos al genio humano, sin obstáculos, sin resistencias, sin dificultades. La biología había descubierto las fuentes de la vida. La astronomía había esclarecido el curso de las estrellas. La medicina había desaparecido cediendo el lugar a la higiene. La moral

[51] *Op. cit.* cat. p. 97.

se fundaba en la providencialidad de la especie humana, reconocida y acatada universalmente por todos los individuos. La tiranía se había hecho imposible. Los ciudadanos se habían solidarizado. Los campos y los jardines ya no tenían ni cercos ni vallados. Todos gozaban de sus deliciosos frutos. Todos trabajaban para sembrarlos, cultivarlos y cosecharlos. Ya no había constituciones ni estatutos, ni códigos o jueces. Ya no había quienes explotaran el trabajo del hombre, ya no había quienes murieran de tanto trabajar o quienes murieran por falta de trabajo. El trabajo humano había sido organizado en un plan de igualdad y libertad. Las máquinas habían sido puestas al servicio del hombre. Y el trabajador jugaba en sus días de asueto, en sus horas de descanso, o se instruía, o gozaba de la amistad y el amor de la mujer, que ocupaba un elevado peldaño en la vida social; que ya no estaba sojuzgada por el hombre, sino era una compañera del hombre. Así vivían los humanos en el remoto porvenir hasta que la naturaleza reclamaba la materia a la vida corpórea, y sobrevenía una muerte fácil, sin enfermedades ni dolores, que dejaba libre el espíritu para que se dirigiera a la eterna felicidad:

"¡Dulce, dulce y beatífico edén —exclamaba Adorno—, mansión del orden y de la felicidad! ¡Yo extasío mi alma regocijada en su contemplación! ¡Yo percibo el deleite de la bienaventuranza al meditarte! Y cuando vuelvo mis tristes y patéticas miradas a los calamitosos tiempos de la desigualdad, no puedo menos de preguntarme con ansiedad dolorosa: ¿Cómo era posible que los hombres prefirieran el aislamiento y la debilidad de las roedoras pasiones facticias, a la pureza y felici-

dad de la igualdad natural en la asociación? ¡Salve, mil veces, salve tú, humanidad gloriosa...!" [52]

Y con ese canto de esperanza y de fe sobre el remoto porvenir, terminaba Adorno su utopía, seguro de que la felicidad es la verdad y de que México ha descubierto al mundo la verdad de su felicidad y de su esencia. ¿Pero cómo pudo México descubrir la verdad de la felicidad humana, siendo un país desgraciado, empobrecido y desgarrado por las revoluciones? ¿No era ése un motivo para que cayera en descrédito la verdad de la felicidad y se tomara como una insensatez?

"No —dice Adorno—, porque así como la verdad no deja de serlo porque la exponga un mendigo, así tampoco deja de tener su valor intrínseco cuando la proclama como enseña política un pueblo desgraciado, y tanto más cuanto la desgracia le viene de buscar la verdad aun en contra de sus próximos intereses. México sufre y puede perecer; pero la historia, con su inflexible juicio, llegará un día a demostrar la causa de los males de este pueblo, y casi siempre se encontrará que ellos emanan de las fuerzas que detienen y no de las que impulsan el progreso".[53]

Y más o menos con estas palabras terminaba el gigante Adorno su mensaje. ¿Pero qué había pasado con el enano? ¿Había desaparecido acaso? ¿Acaso no había puesto nada de su cosecha en esta empresa maravillosa? No, el enano no había desaparecido, no había dejado de intervenir un solo momento. Juan Nepomuceno Adorno había seguido siendo un gigante que cabalgaba en la grupa de un enano. Gigante y enano eran por igual autores de la utopía. El enano se había ido

[52] *Op. cit.* cat. p. 109.
[53] *Op. cit. cat.* p. 91.

también en busca del Espíritu Absoluto, había hecho que el Hombre Providencial se estrellara ante la realidad, había auspiciado la idea de que los trabajadores se podrían liberar por medio de asociaciones amorosas. Había provocado en el utopista el temor al presente, y ante los ataques que el gigante lanzó contra los reyes y los mercaderes había propuesto una actitud morigerada, acrítica, apolítica de los trabajadores. Sí, el enano había hecho una abstracción de la violencia y del capital, y había pretendido que el mísero grupo de trabajadores ahorrando, ahorrando, se enseñoreara de los negocios de la tierra, sin expropiaciones y sin luchas; había propuesto que se alimentara con el molino de la ciudad sitiada, que se defendiera con una diligencia sin caballos. Así dejaba incólume la más cara idea del gigante, la idea de una sociedad perfecta, y al mismo tiempo la dejaba cercada por los sitiadores y los asaltantes. Eso había hecho el enano abstraccionista, había impedido que Adorno conquistara a Dios; lo había obligado a suplicarle, como antes suplicaba al Supremo Gobierno.

V

EPILOGO, O GENESIS DE LA UTOPIA

Para Leibniz Dios era un ser racional, Dios es el Dios del liberalismo; no un monarca absoluto. "Nuestro propósito —escribe en su *Teodicea*— es alejar a los hombres de las falsas ideas que les representan a Dios como un príncipe absoluto que usa de un poder despótico, es poco apto para ser amado, y poco digno de ser amado".[1] Su Dios es un artesano que trabaja lo mejor que puede, en vista de las posibilidades que tiene para hacer una obra perfecta. Como se advierte fácilmente, en esta idea de Dios no hay diferencia alguna con la idea de Adorno.

Pero Leibniz piensa que la obra de Dios es perfecta aquí y ahora; que hay una armonía actual en el universo, que ya se ha llegado a esa armonía. *Ces désordres sont allés dans l'odre*, dice al referirse a la naturaleza física, y a los antiguos diluvios, incendios, terremotos. En esa armonía tiene su parte el mal que es un condimento necesario, incluso agradable de la creación. Un poco de ácido, de amargo, a menudo sabe mejor que el azúcar, piensa. Las sombras realzan los colores. Una disonancia, colocada donde se debe, da relieve a la sinfonía musical. Por lo tanto, ¿no es a menudo necesario que un poco de mal haga más sensible el bien, es decir, que lo haga más grandioso? [2] Si no hubiera más que virtud, si sólo existieran criaturas razonables, habría

[1] Leibniz. *Essais de Theodicée sur la bonté de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*, in *Oeuvres philosophiques de...* Paul Janet trad. Paris, Felix Alcan, 1900. T. I, p. 87.

[2] *Op. cit.* I, p. 90.

menos bien: Midas descubrió que era menos rico cuando sólo encontró oro a su alrededor. Por eso Leibniz considera que multiplicar únicamente la misma cosa, por noble que sea, sería una miseria, una superchería. Tener mil Virgilios bien encuadernados en una misma biblioteca, cantar siempre los aires de la ópera de Cadmus y Hermione, romper todas las porcelanas para conservar tan sólo las tazas de oro, no usar sino botones de diamante, no comer más que perdices, no beber sino vino de Hungría, sería una sinrazón. La propia naturaleza necesita animales, plantas, cuerpos inanimados, en suma, seres distintos, pues ¿qué haría una criatura inteligente si no hubiera cosas no inteligentes? ¿En qué pensaría, si no hubiera ni movimiento, ni materia, ni sentidos?

En fin, puesto que era necesario escoger entre todo aquello que en conjunto produjera un mejor efecto, y ya que la vida humana debía entrar por esa puerta, Dios no habría sido perfectamente bueno, perfectamente santo, si hubiera excluído el mal del mundo.[3] Es en este punto donde principian las diferencias. Para Adorno la armonía actual no es un hecho perfecto, acabado. Los desórdenes no han llegado todavía al orden, sino llegarán. El mal era quizá necesario a la hora de la Creación, pero es superable, extinguible. El mejor de los mundos posibles no necesita condimentos, no necesita variaciones. Será un mundo único, estable, constante. Subsistirán las distintas clases de seres —Dios, Naturaleza, animales, hombres—, pero no habrá variedades de hombres, diferencias entre los hombres, alegría en unos y pena en otros. El mal desaparecerá. Acabará el hombre con el mal que el hombre principalmente

[3] *Op. cit.* I, p. 163.

hizo. Porque Adorno no es dado a pensar como Leibniz que el Magnífico Artesano creó el mal, y piensa por el contrario que le dió al hombre la fuerza necesaria para acabar con él. En este renglón se acentúan las diferencias entre el idealismo individualista de Leibniz y el idealismo utópico de Adorno. Mientras aquél considera a los hombres aislados, éste considera a los hombres en la comunidad, mientras aquél habla de la desgracia de un Midas que tiene sólo oro, o de un bibliófilo que sólo cuenta con la edición mil veces repetida de Virgilio, éste piensa en la belleza de un mundo en que todos los hombres tuvieran oro y contaran con una edición de Virgilio. La igualdad implica repetición inútil para el individualismo de Leibniz y distribución en la comunidad para Adorno.

Por otra parte Leibniz no quiere que los hombres hablen del mal. No es conveniente pertenecer al número de los descontentos de la República. Libros como *De Contemptu Mundi* del Papa Inocencio III le inspiran desconfianza, porque al hablar de los males, al fijarse en ellos se redobla la pesadumbre, se incrementa el mal. Por eso cree necesario acentuar siempre el carácter superior de los bienes.[4] Leibniz encuentra que el defecto principal de los historiadores —alude concretamente a Bayle— consiste en dar demasiada importancia a los males. Cree que el propósito principal de la historia y de la poesía es dar ejemplos de virtud.[5] Tiene como un hecho característico del vulgo —aunque no exclusivo— señalar el mal del mundo. Y Leibniz desprecia al vulgo.

En este punto Adorno también se distingue de Leibniz. Es un descontento de la República. Como historia-

[4] *Op. cit.* I, p. 91.
[5] *Op. cit.* I, p. 183.

dor y político escribe precisamente un libro sobre los males de su país. Como filósofo habla de los males sociales y físicos. Tiene de común con Leibniz su optimismo; pero su optimismo espera, aguarda, da soluciones, mientras el de Leibniz se extasía, contempla, se regocija. Adorno el historiador, el inventor, el filósofo, habla de los males para remediarlos. No olvida los males ni tampoco se detiene en ellos. No cree que el Bien sea un milagro imposible, que los males sean ordinarios y perennes. Cree que hay grandes bienes por venir. Se regocija con los bienes de Dios, del hombre y del mundo presentes, y con los bienes que producirán el Bien Supremo del futuro.

Leibniz no ama la igualdad. Está contento con la desigualdad del hombre y del mundo. La considera incluso necesaria. Observa que no es conveniente que los tubos de un órgano sean iguales, que las hormigas parezcan pavos. Leibniz defiende la desigualdad social, porque piensa que si fuera necesaria la igualdad el pobre demandaría al rico, el mozo al amo. La desigualdad es muy hermosa para él. Tiene una belleza que es necesario defender contra la comodidad: Es preferible la belleza de la estructura de un palacio a la comodidad de algunos criados.[6] Adorno, por el contrario, ama la igualdad. Considera que la igualdad es la armonía perfecta y la belleza. Adorno piensa en la comodidad de los criados.

Para Leibniz la comodidad, la felicidad total, la igualdad existen en el cielo o no existen. Hay ahí, en el cielo, algo muy raro que es felicidad sin mal, armonía sin mal. Algo mejor que el mejor de los mundos

[6] *Op. cit.* I, p. 231.

posibles: pero no es un mundo, es el cielo. "El remedio está listo en la otra vida —escribe Leibniz—. La religión e incluso la razón nos lo enseñan y no debemos murmurar tanto por un pequeño retraso que la Sabiduría Suprema ha considerado bueno, para que los hombres se arrepientan".[7] El cielo no está ni estará en el mundo; el mundo no mejorará; como tal ya es perfecto. Para Leibniz el cielo no ha perdido importancia. En él está la perfección perfecta, el bien sin mal. En el mundo nunca habrá cielo ni bien sin mal, porque ya es, tal como se encuentra, el mejor de los mundos posibles. Por lo tanto estima que es inútil resucitar el sentimiento de Orígenes, y pretender con él que el bien lo dominará todo y en todas partes, y que sin excepción alguna las criaturas razonables se volverán santas y bienaventuradas en esta vida.[8] Acepta que cabe imaginar mundos posibles sin pecado y sin penas, y que es posible escribir algo así como una novela filosófica, como las utopías de los sevarambas; pero esos mundos serían inferiores al nuestro: "Yo no podría demostrarlo al detalle —concede Leibniz—. Pero usted juzgará como yo *ab effectu* porque Dios ha escogido este mundo tal y como es".[9] De acuerdo con eso el hombre no debe pensar en mejorar el mundo y si escribe una utopía debe convencerse que es fruto de la más pura imaginación, porque, aunque esté predeterminado el futuro, el hombre ignora totalmente la forma de la predeterminación. Por lo tanto el hombre sólo debe cumplir con su deber, de acuerdo con la razón que Dios le ha dado y de acuerdo con las reglas que le ha prescrito. Después

[7] *Op. cit.* I, p. 92.
[8] *Op. cit.* I, p. 93.
[9] *Op. cit.* I, p. 89.

de eso debe quedarse tranquilo y dejar que Dios se preocupe por su éxito, teniendo por seguro que siempre hará lo mejor, en general y en particular.[10]

El contraste con el pensamiento de Adorno es evidente. Para Adorno el cielo ha perdido importancia. El remedio aguarda en esta vida. El mundo mejorará y el hombre debe procurar que mejore, pues la esencia del hombre es mejorar el mundo y cumplir así con el fin que le ha destinado el Ser Perfecto. Adorno no juzga el mundo *ab effectu* sino *ab principio* y piensa que si Dios es perfecto el mundo también tiene que serlo. Piensa que el porvenir está predeterminado; pero sabe cómo será el porvenir porque sabe cómo es Dios. Y habla de ese porvenir maravilloso, que a su entender no es utópico, no es novelesco, sino real, seguro, aprehensible por la intuición y la razón del hombre. Por eso él suscribiría con gusto aquel pensamiento que dice: *On cherche dans les romans le merveilleux idéal; ici c'est le merveilleux réel.*[11]

El contraste entre el gran pensador del siglo XVII y nuestro atrevido mecánico es patente. Haciendo de lado sus diferentes magnitudes, la grandeza de aquél y la insignificancia de éste, cabría decir que se distinguen fundamentalmente porque mientras aquél no es un utopista éste si lo es, porque mientras aquél cree que el mal es inevitable en el mundo y considera que no se puede esforzar el hombre por anularlo, éste afirma que el hombre está en la capacidad de forjar un mundo futuro en el que el mal habrá sido anulado totalmente, y ese mundo no estará en el cielo, sino en la tierra, y

10 *Op. cit.* p. 117.

11 Fourier, Charles. *Théorie des Quatre Mouvements et des Destinées Générales*, en *Oeuvres Completes de...* Paris, Aux Bureaux de la Phalange, 1841, T. II, p. 111.

no es un mundo imaginario sino un mundo real del porvenir.

Ahora bien, ¿cuál es el origen de esta diferencia? A qué ideas, a qué impulsos cedió nuestro mecánico para negar que la tierra fuera ya perfecta. Porque aunque él se tuviera por original, aunque pretendiera que su filosofía era única, no era su utopía la primera de las utopías, ni podía haber surgido de su mente sin que ésta cediera a la influencia de otras ideas más o menos lejanas.

Estas ideas debieron ser muchas, pero el origen más inmediato de la utopía de Adorno se encuentra nada menos que en la filosofía de Fourier. El autor mexicano no sólo tiene antecedentes borrosos de los que él hubiera tomado algo, para hacer un verdadero descubrimiento filosófico, sino que tiene un antecedente preciso, la obra de Fourier, el autor más cercano al utopista, el que sin duda influyó más en él.

En efecto, Adorno pertenece por sus ideas y por su estilo al romanticismo social; pero está particularmente relacionado con Fourier. Se podría afirmar incluso que Adorno es un fourierista, aunque existan ciertas diferencias entre su obra y la del pensador francés.

Fourier habla de su descubrimiento filosófico como nadie más ha osado hacerlo en la historia de la cultura: *j'apporte plus de sciences nouvelles qu'on ne trouva des mines d'or en découvrant l'Amérique.*[12] Se siente poseedor del libro de los destinos, disipador de las tinieblas políticas y morales. Cree establecer su Teoría de la Armonía Universal sobre las ruinas de las ciencias incier-

[12] *Op. cit.* T. I, p. 19.

tas.[13] Se pregunta qué tono debe tomar para anunciar la tempestad que caerá sobre los viejos ídolos de la Civilización, sobre las ciencias falsas. Se pregunta irónicamente y con soberbia si deberá vestir túnicas de luto para declarar a los políticos y a los moralistas que ha sonado la hora fatal, que sus inmensas galerías de volúmenes van a caer en el vacío; que los Platones, los Sénecas, los Rousseaus, los Voltaires, todos los corifeos de la incertidumbre antigua y moderna, se van a ir por el río del olvido.[14] Y por si alguien osara ridiculizarlo piensa que Cristobal Colón fué también ridiculizado, perseguido, excomulgado durante siete años, por haber descubierto un Nuevo Mundo continental, y que nada extraño sería que a él le ocurriera otro tanto.[15] Así Fourier se siente el descubridor de una gran verdad, de una verdad totalmente nueva, se considera el gran filósofo y es inmune al ridículo. Adorno no es menos atrevido al pretender forjar una filosofía única y original, aunque sea menos insolente. Adorno también es inmune al ridículo. Su atrevimiento en uno y otro extremos lo lleva a no citar a Fourier una sola vez en su voluminosa *Armonía del Universo.*

Fourier inventa una nueva *terminología,* cambia dos o tres letras de un término común, crea su "propia nomenclatura", busca las "expresiones convenientes".[16] Y otro tanto hace Adorno. Ambos se parecen en lo desordenado de la expresión, en la pobreza del idioma, en el descuido de las pròpias contradicciones.

Fourier habla de un Dios nada ortodoxo, que es el principio motor del Universo. Adorno concibe a Dios

13 *Op. cit.* T. I, p. 285.
14 *Op. cit.* T. I, pp. 21-22.
15 *Op. cit.* T. I, p. 35.
16 *Op. cit.* T. II, p. 74.

como mecánico, y con una libertad que contraría todos los dogmas. Fourier piensa que sería una desgracia para el hombre querer dirigirse a la felicidad sin la intervención de Dios.[17] Reniega de la teología que hace del hombre un ser insignificante, y de la filosofía "que quiere hacer de nosotros unos colosos, unos titanes aptos para realizar un movimiento social o cualquier movimiento, sin concierto con Dios".[18] Cree por lo tanto que mientras la razón humana no se atreva a elevarse a la idea de una asociación con Dios para la acción en el Universo, según la ley del contacto de los extremos, no tendrá el libre arbitrio racional o el libre ejercicio de sus facultades intelectuales; y no será un eslabón de la armonía. Dice por otra parte: *Un respect stupide pour les grandeurs de Dieu voudra l'homme incapable de juger sa propre grandeur.*[19] Adorno emplea distintos términos para decir lo mismo. Advierte que el mundo no puede marchar sin Dios pero que no dará un paso sin el hombre. Toma clara posición contra las tiranías doctrinales que hacen del hombre un ser insignificante y contra los ateos. Cree que el hombre debe asociarse con Dios.

Fourier piensa que las naciones civilizadas van a dar un paso gigantesco en "la carrera social". Al pasar inmediatamente a la armonía universal van a escapar a veinte revoluciones que podrían haber ensangrentado el globo durante veinte siglos.[20] Piensa que el asqueroso gusano se convertirá en brillante mariposa, que la indignante civilización se convertirá en Armonía Universal.[21]

17 *Op. cit.* T. II, p. 9.
18 *Op. cit.* T. II, pp. XXIII-XXIV.
19 *Op. cit.* T. II, pp. XXI-XXII.
20 *Op. cit.* T. I, p. 272.
21 *Op. cit.* T. I, p. 429.

Es necesario tirar al fuego todas las teorías políticas, morales y económicas, y prepararse al más notable acontecimiento, al hecho más afortunado que pueda existir en este globo y en todos los globos, al tránsito súbito del Caos social a la armonía universal.[22] Aunque Adorno no piense que el tránsito vaya a ocurrir de inmediato cree que pronto llegará la humanidad a nuevas etapas de perfección hasta lograr una armonía total, una armonía que no implica ni luchas ni revoluciones. Como Fourier, cree haber descubierto los mecanismos sociales y universales que conducirán al hombre rápidamente a un estado mejor y más feliz.

Fourier pide que le pregunten al virtuoso Séneca por qué acumuló una fortuna equivalente a ochenta millones de tornesas mientras elogiaba las dulzuras de la penuria.[23] Adorno piensa que toda propaganda destinada a hacer que el pobre se conforme con su suerte no sólo es inmoral sino ineficaz. Fourier cree que los vicios no son individuales sino producto de lo que él entiende por Civilización, y producto de la filosofía que predica que no hay nada mejor que la Civilización para organizar las relaciones humanas.[24] Adorno cree que hay pasiones facticias, artificiales. Esas pasiones tienen un origen social y desaparecerán cuando desaparezcan los artificios de la sociedad. Fourier sostiene que las pasiones no deben ser controladas, sino dirigidas para crear un orden adecuado.[25] Adorno cree necesario dejar libres las pasiones naturales, crearles un mundo en el que no encuentren oposición.

[22] *Op. cit.* T. I, p. XXXVI.
[23] *Op. cit.* T. I, p. 275.
[24] *Op. cit.* T. I, p. 372.
[25] *Op. cit.* T. I, pp. 13-14.

Fourier odia el materialismo dominante. El materialismo destruye las bases de la industria al cerrarle las comunicaciones, ataca a la humanidad suscitando guerras, envilece a los soberanos convirtiéndolos en esclavos, ataca el honor general subordinando la sociedad a viles cálculos mercantiles.[26] Reniega de la economía política *qui ne parle qu'a la bourse.*[27] Exige que entre los derechos del hombre se considere como el principal el derecho al trabajo, sin el cual todos los demás son inútiles.[28] Adorno también reniega del materialismo, del imperialismo y de las guerras; reniega de la economía política tal y como es concebida en su tiempo, y exige que el hombre no sólo tenga la obligación, sino el derecho al trabajo.

Muchas coincidencias más existen entre los dos utopistas, que sirven para probar la influencia clara del francés en el mexicano, coincidencias sobre Dios, la Naturaleza, el Hombre, el infierno, la historia, el futuro de la humanidad, el universo. Pero también existen ciertas diferencias notables, ciertas variantes. Fourier era hombre más apasionado: *ce n'est pas avec de la modération qu'on fait des grandes choses,*[29] dice y prueba su dicho en repetidas ocasiones, y clama contra los comerciantes y los tiranos, contra los filósofos y el "Orden Civilizado", con voz altisonante, ruda; sin miramiento alguno. Adorno es un poco más moderado. Pero esta diferencia de caracteres no obsta para que mientras Fourier espera a su Isabel la Católica, Adorno no espere nada del Supremo Gobierno para realizar su utopía, o por lo menos no diga esperar nada.

[26] *Op. cit.* T. I, pp. 304-305.
[27] *Op. cit.* T. I, p. 296.
[28] *Op. cit.* T. I, pp. 288-289.
[29] *Op. cit.* T. I, p. 301.

Sin embargo la principal variante entre los dos pensadores se encuentra en los medios que proponen al hombre para salir del abismo. *L'issue de l'abime nous est ouverte, haîtons nous d'en sortir,* escribió Fourier,[30] al tiempo que se disponía a crear todo un sistema de falansterios y a aplicar su ingenio para el funcionamiento preciso de ellos. Adorno en cambio pensaría que para salir del abismo eran convenientes las asociaciones de los trabajadores, y fincaría a fin de cuentas el éxito de la empresa en la providencialidad, en la fuerza espiritual del hombre, que él pretendía haber descubierto. Sólo al hablar del *Remoto Porvenir* hablaría de los "núcleos" de hombres y mujeres en que se dividiría la sociedad del futuro y que recuerdan al falansterio fourierista.

Aparte de la notable influencia de Fourier en el pensamiento del mexicano, se podrían citar otras influencias, como la de Saint Simon, que quería hacer una explotación racional del Globo, y proclamaba que la edad de oro de la humanidad no está detrás de nosotros, sino adelante, en el futuro. Saint Simon veía como Adorno una armonía entre el espíritu y la naturaleza, y creía que la reforma social estaba ligada a nuestra concepción del mundo físico. Preconizaba una moral natural y una sociedad que estuviera fundada en el trabajo. Creía que la economía política debía ser una ciencia moral, y basaba su sistema económico en la ley del trabajo y en el principio de asociación.

Sí, Adorno también está ligado con el Conde Profeta, y a través de él con el pensamiento dieciochesco

30 *Op. cit.* T. II, p. LV.

de la Armonía de la Naturaleza. Porque en verdad Adorno era uno de "los locos que debían salvar al mundo", según reza la canción de Beranger. Uno de los múltiples locos que surgieron en la Europa romántica. Pero ¿por qué floreció en México nuestro loco? ¿Fué acaso por una simple imitación? ¿Por contagio de sentimientos y de ideas? Pensamos que no, que Adorno también tiene raíces en la vida, en la historia mexicana, aunque esas raíces sean indirectas desde el punto de vista ideológico.

Sin duda hay cierto mimetismo entre el pensamiento utópico de Adorno y su paisaje histórico. La utopía de Adorno sería inexplicable sin el surgimiento del hombre moderno en México, sin el advenimiento de un pueblo que se considera capaz de modificar, de perfeccionar a voluntad su destino. Es necesario pues buscar la simiente vital de la utopía de Adorno en las ideas y en los sentimientos creadores del hombre moderno, en su apropiación de la historia, de la tierra y del poder, en su tendencia a adueñarse del nuevo espíritu de Occidente, en su idea sobre las posibilidades que tienen las sociedades humanas para reformarse y provocar la revolución, en su nueva idea de la autoridad, en su optimismo creador, en su fe en la libertad y la riqueza, en suma, en su nueva idea de la creación social y en su optimismo creador. Todas estas características del hombre moderno son características de la utopía de Adorno; todas adquieren un tono especial, un estilo propio, que sin embargo no oculta las verdaderas raíces. Y no podía ser de otro modo. Un pueblo colonial sólo es capaz de hacer utopías generales en el momento que se rebela, y en ese momento empieza a no ser colonial. Pero un pueblo que se rebela sólo puede

pensar en un mundo utópico futuro que dependa del esfuerzo humano, cuando haya dejado de considerar que la Creación es un hecho del pasado o, en el caso mexicano, cuando haya dejado de pensar que la Creación fué obra de Dios y de los españoles, y que los hombres y los criollos ya son incapaces de crear, y que Dios ya no crea nada, ya todo lo creó. Por eso está implícita en la utopía de Adorno la apropiación de la historia, de la tierra y del poder que realizan los hombres de la Independencia; está implícito el deseo que tienen de adueñarse del espíritu nuevo de Occidente; están implícitos el amor a las novedades ideológicas y técnicas, y el optimismo de la sociedad que se transforma, y la fe en la liberación y el enriquecimiento del hombre. De donde se puede decir que la utopía de Adorno es una prueba exagerada de la nueva idea de la Creación que se forjan los mexicanos a partir de la Independencia.

Pero la utopía de Adorno guarda una relación más estrecha con la Revolución Industrial de Europa y con el movimiento industrialista que florece en México más o menos de los años de 1830 a 1861. Como utopía romántica que es —semejante a las de Saint Simon, Fourier y Owen—, la utopía de Adorno se funda en una nueva filosofía de la historia y del progreso, que tiene echadas sus raíces en la llamada Revolución Industrial. En términos generales se puede decir que las utopías que han surgido en el curso de la historia humana han estado íntimamente relacionadas con los sistemas de trabajo. En los pueblos agrícolas ha florecido sobre todo la idea del *eterno retorno*, de un ir y venir del mal y del bien, que se suceden como la primavera y el in-

vierno. En los pueblos marítimos y de comerciantes ha florecido la utopía genuina, lugar que no se encuentra en ninguna parte, pero que en realidad se encuentra muy lejos, en las Amazonas, en los mares de China, en las montañas recónditas del Perú. La felicidad se halla localizada en un lugar mítico. En los pueblos industriales surge un nuevo tipo de utopía, que se encuentra en el futuro. Son pueblos que en contraste con los agrícolas ven cómo aumenta año por año la producción y cómo mejoran día a día los instrumentos de trabajo. La utopía se cifra en el esfuerzo humano, en las mejorías técnicas y en el enriquecimiento progresivo.

La Armonía del Universo del mexicano Adorno pertenece a este último tipo de utopías, y creemos que Adorno no sólo sufrió la influencia de la Revolución Industrial europea, a través de las utopías románticas de Europa, sino que su pensamiento está relacionado estrechamente con un movimiento industrialista mexicano que, a pesar de ser poco o menos conocido, no dejó de tener importancia en la historia social y cultural de México. Ahora bien, este movimiento tiene dos características principales que parece necesario señalar: por la primera atribuye a la industria grandes efectos en la vida social, por la segunda está relacionado sobre todo con los más connotados conservadores y tradicionalistas del México de entonces.

Los partidarios de la primera industrialización mexicana tuvieron que luchar denodadamente para imponer sus ideas en un ambiente ideológico poco propicio para el desarrollo industrial de los pequeños pueblos. Herederos de las ideas prohibicionistas, defendieron en última instancia el proteccionismo de la industria, contra el librecambismo y el imperialismo. Con ese

motivo trataron de demostrar en reiteradas ocasiones los beneficios que traía la industria al progreso de los pueblos, y en particular los que había traído o traería al pueblo mexicano. Por eso, si se revisa la literatura industrialista mexicana que cubre ese período de treinta a sesenta, se advierte una gran fe en la máquina y en la fábrica, en los inventos y en la ciencia, en el progreso del hombre. Consecuencia de lo anterior es una gran fe en el pueblo mexicano y un odio contra las doctrinas que pretenden encontrar un carácter innato en los hombres, o declaran incapacitado al pueblo de México para progresar en todos sentidos, incluído, naturalmente, el progreso técnico e industrial. También se advierten en esta literatura constantes elogios al trabajo humano. Al defender las industrias mexicanas, sus partidarios hacen ver que son fuentes de trabajo y de allí derivan fácilmente incluso a postular el derecho al trabajo.

Todas estas características ideológicas del primer movimiento industrialista nos permiten trazar una serie de coordenadas con el pensamiento utópico de Adorno, con la fe que pone en la ciencia, en la técnica, en la industria, con el derecho al trabajo que postula para todos los hombres, con la fe que tiene en el hombre. Pero hay otra característica más del industrialismo indígena que se encuentra en la obra de Adorno. Es una característica que lleva a la utopía directamente, siempre que se piense en el bienestar general de una sociedad. Justo Sierra advierte que los industrialistas —conservadores en su mayoría—, al hablar de la historia, aprehenden un *orden perfectamente mecánico*. Es cierto, los industrialistas piensan que el aumento de la industria implica forzosamente un progreso, y piensan en el progreso como en el perfeccionamiento que va de

una máquina primitiva a una perfeccionada. Creen que la industria por sí sola puede salvar a la sociedad. Hacen una abstracción permanente del trabajo, de la mecánica y de la industria; encubren o ignoran las estructuras sociales y económicas que están por encima de ellos. Así, la industria se convierte en sus manos en un poder mágico, en el *factotum* de la libertad y de la felicidad, y está a un paso de la utopía, como lo prueba la invitación que en 1850 hizo un desconocido al pueblo de México, para que promoviera ante las legislaturas un privilegio a su favor, que le permitiría crear "una industria, capaz de lograr la felicidad de la nación y la general de todas las del mundo que quisieran seguir nuestro ejemplo". ¿Cuál era esa industria maravillosa que daría la salvación a México en esos años de catástrofe? El autor no lo decía, pero en gesto romántico y charlatanesco garantizaba la felicidad de México con su vida... Otro extremo de esta tendencia, de este orden mecánico aprehendido por nuestros industrialistas, sería la utopía de Adorno, de ese hombre que perseguía en su propia tierra a las máquinas salvadoras, y que al hablar de la salvación del hombre tuvo fijos los ojos en los poderes de la industria, la ciencia y la técnica.

Sin embargo, el meollo de la utopía de Adorno se encuentra más bien en la idea de los industrialistas mexicanos de que la máquina demuestra que *no son los meetings ni las sediciones los que mejorarán la suerte de las clases inferiores, sino las sociedades obreras destinadas al ahorro y a la educación.* Se encuentra en la idea de que la política es innecesaria o de poca utilidad. Se encuentra, en suma, en el paternalismo de los industriales, en el paternalismo del *Semanario Artístico para la Educación y Fomento de los Artesanos de la Repúbli-*

ca (1844-1845), en aquellas palabras del famoso industrial poblano: "¡Operarios de la *Constancia* y *Economía* mexicanas, os amo con paternal ternura... Adiós!" Sí, se encuentra en todas las características del pensamiento conservador que trata de conciliar la nueva y la vieja idea de Dios, la idea del progreso y la idea del cielo; se encuentra en la contradicción de los conservadores que pueden descubrir o aprehender fines maravillosos y perfectos, pero que son incapaces para encontrar los medios prácticos para realizarlos, pues esos medios implicarían una posición revolucionaria, es decir, supondrían una actitud suicida, que no es frecuente encontrar en los grupos sociales.

La utopía de Adorno es como una enfermedad del paternalismo de los industrialistas mexicanos. Toda utopía de la época romántica es una enfermedad del paternalismo de los Saint Simon, de los Owen; ésta lo es de los Antuñano y hasta de los Alamán, aunque sea en cierta forma imitación de utopías europeas. Pero de allí no hay que concluir que la utopía de Adorno sea nada más conservadora. En la esencia de la utopía romántica está el paternalismo y una idea de felicidad total, de felicidad terrena, futura. La utopía es una exageración del paternalismo. Es un paternalismo que tiene amor enfermizo, amor platónico.

Apéndice

EL REMOTO PORVENIR

¡SALVE hermoso Planeta de los verdes y esmaltados campos, de los plateados ríos y de los cerúleos mares! ¿A dónde, a dónde diriges tu elipcéntrico curso?

¿A dónde te acompaña ese coro magnífico de núcleos con sus órdenes varios de secundarios sistemas?

¿A dónde te sigue el amoroso satélite que guías, como el Aguila a su polluelo que a volar aprende, o como el centro rige a sus galantes curvas?

Mas ya descubro del enorme Júpiter la masa, con sus cuatro bellos satélites, y al viejo Saturno que ha perdido parte de sus anillos, y al que sólo el exterior le resta, sin desplomarse. ¡Todos esos núcleos se hallan de ti ya más cercanos!

¡Sí, bello Planeta, que en el diáfano espacio infatigable ruedas en bizarra espiral lenta y sublime, y en armoniosas curvas, concordes con las de todo el resto de tus hermanos núcleos!

¡Es hacia el sol donde con ellos lento te diriges, como el héroe glorioso que esquiva la apoteosis, o como aquel que antes de terminar sus útiles fatigas procura hacer aun más brillante su final destino!

Tierra, ¡oh tierra, eres tú! ¡Yo te saludo!

Sí, ya percibo de tus bellos continentes y tus islas los graciosos contornos. Ellos han cambiado en sus detalles; ellos están situados de otro modo con respecto a tu ecuador y tu eje, y así presentan menores resistencias a tu diurno y anuo movimiento.

En verdad que las constantes perturbaciones que sufrieras han venido a fijarte nuevos polos, y a hacer que tus continentes se sitúen como la áurea y luminosa corona de tus mares, o como la banda prominente que tiene al Africa en el Polo Artico, cuando el Antártico se fija en el grande y polinesio Océano.

Me acerco aun más a ti, bello Planeta; quiero ver los restos de los hombres; quiero indagar si aún en ti viven, o si yacen entumbados en fosíleos restos, y su especie ha sido extinta.

¿Dónde, a dónde están los antiguos etíopes con su lustrosa piel como el ébano, negra? ¿A dónde del Albión los hijos con su ebúrneo color y con su rubio pelo? ¿Y a dónde tantas variedades de la humana raza, que hicieran en tiempos de conflicto el orgullo de algunos y el oprobio de tantos?

¡Desaparecieron ya las diferencias! Una raza compacta, bella, portentosa, puebla tu suelo, cruza tus mares, y se eleva gloriosa entre tus nubes. ¡El hombre también ha mejorado en su talla y sus formas!

Su color es suave, rosado y armonioso.

Sus ojos vivos y lucientes.

Su pelo en trenzas y bucles de ébano contrasta en sus brillantes luces con el dulce y bello mate de su terso cutis, agraciado con tintes cambiantes de frescura y suavidad.

Sus miembros vigorosos desafían la fatiga.

Y esbelto es, y bello, y grato el movimiento de su marcha, y *noble*, y *calmo*, y *firme*.

Ya no existen, oh tierra, tus lóbregos barrancos.

Ni tus áridos desiertos de *flotante arena*.

Ni tus ásperos e intransitables precipicios.

El hombre ha sujetado ya la furia de tus mares.

Ha regularizado el curso de tus ríos y ha canalizado tus lagos.

Por todas partes hay la huella humana, y ella es sólo la del héroe.

Del salvaje no encuentro ya vestigio alguno.

Los caminos que miro, fáciles, seguros y prolongados, están cruzados por prodigiosas máquinas que se deslizan suavemente, ya al través de continentes, ya ligando las islas por los anchos mares, o ya en fin, visitando, oh tierra, tus entrañas en luengos subterráneos.

Y el hombre goza al atravesar tus ferradas vías con el dulce y suave movimiento, como el infante que se mece en la cuna, o como el ave que cruza los aires en día tranquilo, diáfano, luminoso y sereno.

Ni el más leve temor, ni el peligro más leve existen ya en esas vías de antiguas y tradicionales catástrofes.

¡El hombre anonada las distancias, del rayo con la fuerza y la presteza!

Tú, Planeta, eres su casa, su mansión divina, y todos tus distintos pobladores son tan sólo ya hermanos.

¡Oh tierra encantadora! ¡Oh dulces pobladores! ¡Oh Edén por sus manos adornado! ¡Los bellos días de la humanidad llegaron; y el placer, la virtud y la inocencia se unen a la sabiduría, y el poder con la bondad se aduna!

Palacios sorprendentes son las habitaciones todas. Concluyeron aquellas deleznables construcciones en que el hombre fijaba a la tierra sus nidos con cal y arena, y con rocas fabricados, y cubiertos de frágiles y corruptibles maderas.

Concluyeron aquellas tremendas conflagraciones en que una sola chispa solía consumir ciudades enteras. Los inmensos edificios que miro son a prueba de fuego, de agua y terremotos. Las piezas de que se componen constan de materiales refractarios a la vez que elásticos, incorruptibles y ligeros. Fuertes tornillos reúnen sus junturas y armamento, y brillantes y tersas superficies presentan los prodigios de las artes y de las formas, bajo del cristal de los barnices, o los brillos del oro y deslumbrantes esmaltes.

¡Oh mansiones sublimes! ¡Ellas sobrepasan con la realidad cuanto la imaginación ideaba en otro tiempo! El lujo, la riqueza, el buen gusto refinado no insultan, no, a la oprobiosa miseria. La miseria, la desigualdad, tiempo ha que ya no existen. Todos los hombres viven con iguales comodidades, con delicias iguales, y la paz y la felicidad habitan sus brillantes mansiones.

Las poblaciones se ligan unas con otras, sin hallarse campos despoblados ni tampoco ciudades apiñadas.

Las vías de comunicación son deliciosos jardines, y los árboles de las calzadas y de los bosques frutales, y sus maravillosos frutos pertenecen a todos.

Las sementeras son lugares de placer y de recreo. ¡Cuánto, cuánto gozo hay en esos campos admirables!

La naturaleza entera parece secundar amorosamente los objetos que el hombre se propone, y dócil, y sumisa y complaciente, rinde todos sus tesoros a la ciencia.

Rientes campiñas, mansiones deliciosas y bosquecillos cortados por el serpentino curso de arroyuelos diáfanos y puros, brotados por artificiales fuentes, son los sitios encantadores que por todas partes presentas, ¡oh tierra!, y en ellos se revelan los signos de la felicidad y de los nobles placeres.

Observatorios astronómicos armados de instrumentos admirables de óptica con dimensiones medianas y perfectamente manejables, pero de una precisión y efecto prodigiosos, hacen mirarse a los habitantes de los diferentes planetas del solar sistema, que se comunican por medio de telegráficas señales con tus felices habitadores, ¡oh tierra portentosa!

¡Cuán varias formas! ¡Cuán grandes inteligencias ha conocido ya el hombre! ¡Cuánto, cuánto se avergüenza de su anterior barbarie y tiranía! ¡Cuánto deplora las máquinas funestas de guerra que dedicaba, con la brutalidad salvaje en los antiguos tiempos, tan sólo al exterminio de sus obras y hermanos!

El ahora mira esos enormes globos planetarios, que la serie de los siglos va aproximando del sol a la extensa superficie, y en ellos observa costumbres más puras que las que la especie humana tener solía, y en todas partes, en todos los mundos reconoce los fines Providenciales de un sublime Criador, y a El se prosterna el espíritu educado, con las lecciones vivientes que le transmite el Universo, con la velocidad y la precisión del elemento fotogénico.

El hombre conoce ya de las estrellas el curso; observa el Parensolis, y mide su enorme elipse biorbituaria con la lente elipse que con el sol en armonía describe. Así calcula el astrónomo extasiado los fenómenos del cósmico sistema, como en tiempos pasados calculaba de la luna la carrera, el ciclo de los eclipses y las perturbaciones.

El armonioso conjunto de los variados movimientos estelares no es ya desconocido. El hombre mira con placer inefable ese estupendo sistema en que todos los astros y todos sus parciales movimientos están relacionados, y ve del Paraíso final el centro prodigioso a donde todas las estrellas rutilantes

se dirigen como al faro universal de la comitiva cósmica de faros.

¡Magníficas y hermosas luces que relacionáis los mundos! ¡Vosotras preconizáis de una Providencial naturaleza los trabajos! ¡Cuán portentosos, cuán variados son los detalles de vuestras múltiples creaciones, tributando prodigios al Autor supremo de la creación universal, a quien todos los prodigios se deben!

¡Himno sublime de la naturaleza viviente, escrito con los festonados contornos de los astros! ¡El hombre ya ha aprendido a leerte, y traduce tu poema de amor y de armonía con el entusiasmo intuitivo de su anhelante pecho, como el estímulo maravilloso que le enseña los útiles deberes de su Providencialidad, y corre de momento en momento a cumplir su destino sublime como el absorto amante del bien, que no quiere perder ni un instante de tan dulces e inofensivos placeres!

Sí, la especie humana ha transformado la tierra en que vive en prodigioso paraíso, como el obrero que adorna su esplendente carro, para reunirse en la fiesta universal de la naturaleza, con dignidad y gloria.

Y allí, allí en el Paraíso final se reunirán todos los seres y los ornamentados mundos que van a construir el mundo imperturbable de la estupenda y eterna creación, bajo la dirección remuneradora del infinito Creador a que se deben, y que será en ese lugar de gloria y calma sempiterna reconocido y adorado por todos los seres inteligentes de los mundos extintos, para construir con su armonioso y final equilibrio la estabilidad absoluta del núcleo perdurable!

Pero no es sólo en la astronómica ciencia en la que el hombre ha multiplicado sus observaciones y descubrimientos maravillosos. El conoce ya de los físicos fenómenos el conjunto sublime.

Sí, reconoce la humanidad extasiada, la unidad de la materia y forma primitiva, y del medio universal Armonio los múltiples oficios y sus idénticas esférides.

Los imponderables variados por la multiplicidad de los núcleos y sus posiciones recíprocas están del hombre bajo la potente ciencia, y con ella transforma la fuerza en movimiento,

y el movimiento en fuerza y armonía, y la armonía en salud y placer imperturbables.

La mecánica rinde sus inextinguibles recursos al genio humano; ningún obstáculo, ninguna resistencia ni dificultad alguna, puede oponerse a los designios de la ciencia. Todas las artes, todos los oficios se han refundido en uno solo: la mecánica. Ella es la creación del hombre, y su tributaria universal; y tú, ¡oh tierra!, el apoyo de sus palancas prodigiosas, el foco inextinguible de sus helióscopos, caloríferos y electro-magnéticos aparatos, y el manantial de las fuerzas indefinidas de que dispone como tu Providente dueño.

Pero tú, Planeta, ganas en maravillas lo que le tributas de obediencia, y el hombre no cesa de embellecerte como al sublime taller, almacén y museo que con su ciencia adorna y glorifica.

¡Oh mundo! ¡Oh ciencia! ¡Oh esfuerzo Providencial del cielo y la tierra, y la atmósfera, y la mar, y los abismos! ¿Podías detenerte aquí al ejercitarte en tu maravilloso destino? ¿Pudieras suspender tus magníficos esfuerzos en los físicos prodigios?

¡Ah, no! En las nobles regiones de la ciencia biológica has obtenido iguales resultados... Tú hallas la vida en todos los fenómenos, y aun en el mismo fenómeno de la muerte. La muerte es ya sólo para ti una faz cambiante de la vida, y la humanidad ha sabido depurarte de todos los agentes deletéreos y de sus antiguos, destructores y bochornosos vicios, y el bienestar y la salud imperturbables son las dulces conquistas de su gloriosa ciencia. ¡La medicina ya no existe; la han reemplazado la moral y la higiene!

Ya no es el hombre aquella centina de miserias, ni aquel envilecido y sufriente foco de dolores, ni aquel asqueroso espectáculo de calamidades. El nace, crece y envejece sano, y cuando el necesario fin llega de su existencia, es rápido, dulce, calmo, y el solo tránsito sublime del ser Providencial que se transporta a dar razón de sus gloriosos y benevolentes hechos a su Providencial origen.

Sí, la biología en todas sus variadas ramificaciones es el dulce y más útil recurso del hombre como ciencia universal

en física. El ha logrado no sólo salvarse de las enfermedades y dolencias, ha conseguido aún más: reducir su impetuosa ansiedad hacia los placeres carnales a sus límites útiles y convenientes.

Pero la ciencia y Providencialidad humana no se han detenido a hacer sólo al hombre feliz.

Las especies vivientes han recibido, asimismo, las benéficas modificaciones a que el genio las ha sometido, y aquellas que sólo eran perniciosas cesaron ya de existir.

Sí, ya veo esos dulces rebaños engalanados con floridas guirnaldas obedecer a la voz y a la llamada de los acordes de armoniosa trompa. Y tú, leal amigo del hombre, perro amoroso, inteligente y grato, conduces los tiernezuelos corderillos con las caricias de tu suave y salutífera lengua, y auxilias a la madre que balando los llama.

Y hasta de sus armas de otro tiempo los ganados carecen; ya no se mira del potente toro la frente armada de los punzantes y robustos cuernos, que amenazante y feroz ostentaba un día. Su fuerza ya no está doblegada bajo el yugo, ni la pica acrecenta su pena y su fatiga. La felicidad y la ignorancia de la muerte hacen sus días plácidos y dulces, y siempre inofensivos.

Así el hombre ha difundido el bien en todos los seres de la tierra, y la felicidad se palpa en cuantas especies sensibles habitan este globo afortunado.

¿Pero sería posible la felicidad en el hombre sin que éste hubiese hecho iguales conquistas en las ciencias morales? No, sin duda. Mas la moral hoy se funda en la Providencialidad de la especie humana, reconocida y acatada universalmente por todos sus individuos. La moral no es ahora el freno tormentoso que sujetaba en los estrechos límites de artificiales deberes a los hombres. No es aquel lazo estrangulante y severo, aunque invisible e interno, que retenía al esclavo bajo del feroz látigo del dueño, y que reducía a la muerte de hambre y de miseria al infeliz proletario, en medio de los campos cubiertos de sazonadas espigas.

No, la moral ya no es aquella fuerza arbitraria que sujetaba a la desventurada y débil mujer en la mansión de su ultrajador

tirano, y que la conducía a la hoguera como un holocausto de pesar, cuando aquél cesaba de atormentarla al bajar a la tumba.

La Providencialidad ha descubierto al hombre la fácil y venturosa realización de su eminente destino. ¿Quién no comprende la ventaja de obrar lo conveniente? ¿Y lo conveniente de todos no es lo justo? ¡Oh sí! Mas lo conveniente y lo justo obsequiados espontáneamente se convierten en el amor virtuoso, y la misericordia a su vez es el resultado de la generosidad del amor.

¡Sí, hombres Providenciales! ¡Al adoptar y practicar las cuatro eminentes virtudes de la Conveniencia, la Justicia, el Amor y la Misericordia, pusisteis los fundamentos de la inmarcesible felicidad que disfrutáis! Desde entonces tembló el deleznable cimiento de la desigualdad. La luz maravillosa de la verdad, concentrada en su diamantino espejo, redujo a cenizas el edificio en que se entronizaban todas las tiranías que sujetaban al débil a una moral facticia que despreciaba y conculcaba el fuerte!

¡Y vosotros, hombres sencillos y de buena fe, ya no despedazáis vuestras carnes con austeros tormentos. Vosotros habéis ya reconocido la bondad infinita que os ha hecho Providenciales y felices, y guiados por esta creencia salvadora, habéis descubierto y ejecutado lo conveniente, y con lo conveniente de todos habéis sido justos, amantes y misericordiosos!

Sí, la moral humana ya no está sujeta a contradicción ninguna de parte de la naturaleza espiritual del hombre. ¿Quién no piensa bien cuando la razón le convence de la misma verdad que posee?

Tampoco está sujeta a contradicción ninguna de parte de su naturaleza física. ¿Quién no está contento de los preceptos que le hacen amar lo que le es conveniente y le hacen feliz con la verdad misma que posee?

¡Divina virtud! ¡Tú, tú también te has identificado con la verdad; y con el noble ejemplo de los más fuertes y bellos de los hombres, has hecho que todos ejerzan el amor y la misericordia, y que se amen profundamente el fuerte y el débil, y que aquél tenga su mayor placer en ser Providente para con el

segundo, y éste goce del inmenso deleite de agradecer sin envidia ni celos los beneficios del primero!

Así es como la moralidad del hombre le ha conducido a los prodigiosos resultados de su sociabilidad.

¡Sí, tiempo dichoso que intuitivamente toca y mira mi espíritu extasiado! ¡Sí, humanidad feliz que te encaminas a una perfección maravillosa! ¡Sí, mil y mil veces fortunada y resplandeciente época! En ti ya no hay pobres, ya no hay proletarios, ya no hay infelices. La igualdad es el dogma social de la especie humana... Los niños que descansan en vecinas y floridas cunas no miran sino iguales en los compañeros en sus infantiles juegos, y cuando acompañados de sus sabios y felices padres dan vuelta al mundo con la celeridad de la aerostación y visitan las cunas en que reposan los infantes antípodas, allí, allí también miran niños iguales, y la benevolente igualdad nutre sus ideas con la leche del materno pecho, así como con el pan delicioso del festín antípoda.

Y cuando las primeras impresiones de la ciencia se inculcan a los niños, cuando la educación comienza a insinuarse en sus almas y cuerpos, ataviada con todas las delicias del placer y del grato entretenimiento, de nuevo son todos iguales. No se irritan, no, los celos del obtuso con los aplausos del agudo. No se castiga a unos deprimiendo sus facultades, ni se premia a otros excitando su orgullo.

La niñez aprende como máxima fundamental la igualdad absoluta de los hombres y su deber imprescriptible de trabajar. El trabajo ennoblecido así es el único representante del poder y del saber; y el niño se acostumbra a mirar como el más digno al más constante en las horas de estudio, aunque no sea el más agudo en los talentos naturales o adquiridos.

De este modo el fuerte trabaja las mismas horas que el débil en la tarea común, y ni aun siquiera calcula si su trabajo ha sido más o menos productivo. ¿No es el resultado de los colectivos esfuerzos igualmente útil y conveniente a todos?

De la misma manera el niño de talento y de genio aprende y procura que aprendan sus iguales sin la necia vanidad de comparar su agudeza superior con los talentos inferiores de los otros. ¿No es asimismo común la ciencia? ¿No son sus bené-

ficos resultados el galardón, así como la gloria de toda la humanidad?

Destruída en su origen la facticia pasión del orgullo, queda reducida a la nada la igualmente perniciosa pasión de la ira. Pronto, muy pronto el niño iracundo comprende que no es ya igual a los demás, y que por su propensión degradante pasa a ser su inferior, y por lo tanto que se hace indigno de vivir con la humanidad, la que lo conmina a la vida solitaria que le hace conocer y aborrecer su falta, y anhelar como el mayor bien el reivindicarse en sus derechos de igualdad con sus felices contemporáneos.

¡Así tú, dogma único y sublime de la igualdad, vienes a ser el germen glorioso de todos los benéficos estímulos de los hombres, y diriges sus virtuosas acciones desde la cuna hasta su florida y glorificada tumba!

En efecto: la igualdad como dogma fundamental de la humanidad, conquistado con miles de años de virtudes heroicas y gloriosos esfuerzos, no puede ya ser conculcada por la tiranía. La tiranía es imposible... El talento, el genio, la virtud sublime se han acostumbrado ya a no amar la gloria personal, sino a referirla a la humanidad toda. ¿Qué importa, pues, el nombre del inventor de una máquina célebre? ¿No se complacía él mismo en referirla a sus consocios? ¿No ha sido de facto el primer pensamiento discutido y mejorado por todos ellos, y la máquina ha venido a ser el resultado de multitud de esfuerzos combinados?

¡Inventores de otro tiempo ya pasado! ¿De qué os servían vuestros privilegios exclusivos? Vosotros sufríais los tormentos del genio encadenado, y la tiranía del capital era casi siempre la que venía a sacar fruto de vuestras concepciones y afanes. ¡Qué de miserias, qué de humillaciones devorabais en vuestro aislamiento, y cuán pronto conocíais que la pueril vanidad de oíros llamar inventores se cambiaba en escarnio cuando la decepción pecuniaria del éxito se desplomaba para sumergiros en el desaliento y haceros libar el cáliz amargo del desengaño!

Ahora el genio está seguro de encontrar colaboradores; los esfuerzos comunes fomentan el pensamiento primitivo de una útil mejora, y la humanidad en masa es la que gana. Asegura-

dos los goces de todos con el trabajo de todos, es el común de los hombres el que auxilia al genio, y éste el que inspira los grandes proyectos a la humanidad que los perfecciona y ejecuta.

Así es como el niño aprende a ser modesto y desinteresado desde que logra el sobresalir en sus estudios. Los pensamientos grandes del joven lo recomiendan en la sociedad para darle la ocupación adecuada que lo honra con el empleo de sus facultades en beneficio común, sin que sus goces sean distintos de los de sus asociados. ¿No son todos iguales en la felicidad?

¡Oh, sí, la felicidad del género humano es el mayor galardón del genio, y las virtudes Providenciales ejercidas por él en el grado más eminente son su peculiar premio! ¡Oh fuerza, oh belleza de la Conveniencia, de la Justicia, del Amor y de la Misericordia! ¡Virtudes sublimes, vosotras endulzáis las acciones humanas, y sois al mismo tiempo el germen, el estímulo y el galardón de los grandes hechos! ¡Amparado el genio con vuestro poderoso influjo, no hay miedo, no, de que se pervierta ni amortigüe!

La educación, la mejora de la raza humana, y la trasmisión de los talentos sostenidos por la común beneficencia, han elevado el genio de la humanidad haciendo poco influente el del individuo.

¡Las individualidades se han solidarizado, y la especie humana ha venido a ser ya un elemento absoluto de felicidad por la igualdad de sus partes componentes!

¡Oh felicidad, oh solidaridad tantas veces, tantos siglos esperadas! ¡Cuánto, cuánto habéis simplificado la moral práctica y social del género humano!

Los campos, los jardines ya no tienen cercas ni vallados. ¿No son de todos sus deliciosos frutos? ¿No trabajan todos por sembrarlos, cultivarlos y obtenerlos? ¿No respetan todos el tiempo necesario para que los frutos maduren, y no aman todos el espectáculo siempre admirable y siempre caro de los ramilletes naturales a que damos el nombre de plantas?

¡Oh tierra, oh tierra deliciosa! ¡Tú tienes recursos admirables para todas las edades! En la primavera tus flores portentosas invitan a la festividad de los niños. Ellos parecen las

brillantes y esmaltadas mariposas que completan y embellecen tus engalanados jardines.

En el estío tus doradas espigas vienen a coronar rizadas y ardientes cabelleras en la fiesta de la juventud. El sol brilla en tu luciente superficie, ataviada con el regocijo de los placeres y actividad de los jóvenes.

En el otoño la riqueza y variedad de tus frutos llama con la opulencia de tus invitaciones a la festividad de los adultos. Ellos también producen los maravillosos frutos de las artes y ciencias.

En el invierno todos se reúnen alrededor del delicioso hogar, calmo y brillante de felicidad, a disfrutar el divino placer de escuchar a sus padres en la fiesta mil y mil veces cara y dulce de los ancianos. Aun allí, ¡oh tierra!, tus frutos conservados y no menos deliciosos renuevan el pábulo de los inocentes placeres.

Y por último, en el día del solsticio, cuando la luz solar llega a su mínimum, apareces, ¡oh tierra!, iluminada con la fiesta de las vírgenes. El pudor, el divino pudor se intimida con las investigadoras miradas del día vernal, las ardientes impresiones del estío y las embriagantes delicias del otoño, y sin embargo, las maravillosas criaturas que poseen el pudor son las antorchas que alumbran en los dulces y oscuros días del invierno los retretes más caros y misteriosos de la felicidad. Allí también tú, tierra encantadora, proporcionas las sacarinas cápsulas llenas de esencias o de néctar, que ruborosas ofrecen en cajas de oro las virgíneas manos.

¿Pero qué digo de fiestas especiales, si la tierra entera parece engalanada para celebrar la perpetual festividad de la humana ventura? Esos trenes que cruzan en mil direcciones las líneas conductoras. Esos balones de variadas figuras y de los más brillantes colores que pueblan los aires. Ese espectáculo florido y de ostentosa profusión de galas, por los días. Esas noches en que brillantes soles eléctricos difunden en mil variados colores vistosas iluminaciones o detonantes luces, apenas inferiores a la radiante luz solar. Esa música admirable que hace vibrar el corazón en bailes y conciertos, en la tierra, en el aire y aun en los extensos mares. Esa inmensa cantidad de

buques impelidos por agentes poderosos y ornamentados con dorados frisos en los canales y ríos. Esas ciudades flotantes que cruzan los mares con su marcha impasible y majestuosa, cual destinados a continuar festines de la tierra. Esos, en fin, mil veces variados y espléndidos vehículos en que el hombre es conducido. Y entre tantos objetos de la locomoción humana, así como entre tantas delicias de sus estáticos prodigios, sólo se encuentran rostros plácenteros, como si celebrasen la prolongada y no interrumpida fiesta de la humanidad Providencial.

Niños, jóvenes, adultos y ancianos, todos, todos tienen la dulce sonrisa de la inocencia y de la felicidad. La inocencia de la humanidad no es ya la ignorancia; es sí la carencia del crimen, la carencia del dolor, la carencia del vicio.

Así también la felicidad es la posesión de la verdad en la continua fiesta del género humano, protegido por Dios y obedecido por la naturaleza.

¿Pero tantos prodigios, tantos goces, tantas complacencias a qué se deben? ¿A quién es indispensable reconocer la inalterable festividad de la humana especie? A ti, santa igualdad, sagrado dogma; de la Providencialidad del hombre fundamental precepto. A ti, principio único y fecundo de la personal bienaventuranza en el Planeta.

Tú, igualdad divina, por quien suspiraba en los días de su abyección el humilde. Tú, a quien detestaba el soberbio. Tú, que has sido por tantos siglos combatida, tú eres a un tiempo la panacea de las sociales dolencias y germen fecundo de todos los humanos deleites.

¡Igualdad, igualdad dulce y sublime! Tú has enjugado los llantos del iracundo niño. La ira ya no se mezcla en sus festivos juegos. ¿Contra quién sería irascible quien sólo mira iguales?

Tú has desterrado la presunción de los jóvenes.

Tú has domado el orgullo de los adultos.

Tú has hecho inútil la ambición de los hombres.

Tú has nulificado la avaricia de los ancianos.

Tú has quitado a los unos el desprecio por los otros, y a éstos la envidia por aquéllos.

Por ti, divina igualdad, ya no hay antipatías, ya no hay odios, ya no hay crímenes, ya no hay venganzas, ya no hay vicios.

El trabajo moderado de todos es el alivio de todos, y el placer y provecho de todos.

¿Quién está excento de trabajar? Unicamente el desgraciado, y la desgracia sólo es el remoto y raro caso de accidente inevitable.

También está exento de trabajar el niño cuando sus fuerzas aún no lo permiten; pero antes que éstas se desarrollen para el trabajo corporal, su inteligencia se educa y desarrolla.

Tampoco trabaja el anciano cuando las fuerzas comienzan a abandonarle; pero su inteligencia subsiste poderosa, y ella lo hace aún más útil e influente en la sociedad que por él reconocida trabaja.

Así la propiedad es general. ¿Cómo puede haber cercados ni valladares cuando la igualdad se equilibra y sostiene en el trabajo, y cuando todos tienen igual derecho de cultivar el Planeta?

Tampoco hay constituciones ni estatutos. ¿Qué necesidad tiene la igualdad de los hombres de leyes arbitrarias y opresoras, dictadas por algunos para sojuzgar y seducir a todos?

Ni hay códigos, ni jueces, porque no hay criminales. La igualdad ha hecho imposibles los grandes delitos. ¿Qué estímulo pudiera ninguno tener para cometerlos? Así es que los crímenes sólo son y se pueden considerar como resultados de la demencia, y los delincuentes son tratados como locos. Pero los locos son muy raros, porque la felicidad y la igualdad de los hombres evita los casos de alienación mental.

¡Costumbres puras, armonía admirable, tiempo de felicidad, de amor y de gloria! ¡Ya percibo de tu orden prodigioso los complicados resortes que obedecen suavemente a su feliz y fácil conjunto!

Los hombres viven y se unen bajo el amor Providencial. Este mutuo y virtuoso amor es la gloria de la naturaleza humana. Libre de abusos y libre de desórdenes es el paladín de la libertad.

Mas la libertad es apenas mencionada. ¿Cómo pudieran dejar de ser libres los hombres una vez establecida la absoluta igualdad como base universal de la especie humana?

La locomoción y la telegrafía, facilitadas al extremo más absoluto, hacen que la tierra entera sea el vecindario de la ciudad común: el Planeta, ornamentado con las más deliciosas mansiones. Así pues, aun los antípodas son vecinos.

Las mansiones son portátiles, pero rara vez se aprovecha su movilidad. ¿Quién querría mudar la residencia permanente cuando ama todo lo que le rodea, y lo que le rodea es el mundo?

Esas mansiones se hallan situadas entre deliciosos jardines, y en sus brillantes y lujosas habitaciones se respira el salutífero y perfumado ambiente de las flores, las que ornamentan todos los climas y todas las estaciones, aunque en las grandes latitudes se encierran bajo magníficas bóvedas de cristal, en suntuosos invernáculos.

Las mansiones, variadas al extremo en sus formas y detalles, tienen el genérico nombre de núcleos sociales.

Los núcleos sociales, a imitación de los celestes, pueden tener los síntomas y organizaciones más complicados, sin que esto perjudique en lo más leve ni su armonía, ni la belleza y regularidad de sus movimientos, concordes todos con el movimiento universal y peregrino de la humanidad.

La verdad fundamental en que descansa todo el hermoso sistema de la Providencialidad social es el anonadamiento de las individualidades para elevarse a su debida importancia la humanidad toda, representada por el trabajo de sus individuos.

Así es que, considerada como nn elemento armonioso, tiene en sí todas las individualidades que obran como las fuerzas vivientes del complicado aunque bello sistema del trabajo.

El trabajo está subdividido en tantos géneros cuantos son necesarios para el completo desarrollo de las condiciones de producción, preparación y fabricación de los materiales que originan los diferentes objetos útiles a la humanidad.

Los géneros o sistemas diversos del trabajo forman asociaciones vastísimas y éstas se subdividen en núcleos sociales, los que a su vez se subdividen en las individualidades, es decir,

en los hombres dedicados a un mismo género o sistema de trabajo.

Así es que las hermosas mansiones en que viven los individuos de cada núcleo social son las variadas y prodigiosas habitaciones que tengo indicadas, donde se hallan reunidos tantos individuos de una misma o análoga profesión cuantos son convenientes higiénicamente hablando.

Pero como hay géneros de trabajo que requieren la armonía de complicadísimos sistemas para la producción, preparación y fabricación de los objetos útiles, hay núcleos diseminados en toda la superficie de la tierra, y aun a veces flotantes sobre los canales y mares, utilizados por personas que pertenecen a los diversos géneros de trabajo, empleadas en la concentración o distribución de los productos.

De este modo se relacionan entre sí las labores pertenecientes a un núcleo, y los núcleos a sus respectivos sistemas, dividiéndose el trabajo cuanto conviene para utilizar del mejor modo posible los elementos de cada sistema.

Necesariamente los individuos de un núcleo están garantizados socialmente en los casos de accidente, enfermedad o vejez.

Del mismo modo los núcleos de un sistema están garantizados por éste en la satisfacción de todas las necesidades y comodidades de sus individuos.

Mas los sistemas todos del trabajo están garantizados por la humanidad, la que equilibra las comodidades de todos los hombres, recompensándolos con igualdad de goces por la igualdad del tiempo que todos dedican al trabajo útil y productivo.

¡He aquí cómo la igualdad, cual verdad fundamental de la especie humana, encierra en sí todo el orden y armonía que ésta necesita para la felicidad!

¡Tiempos infelices en que los hombres trabajadores estaban sojuzgados y humillados por los ociosos y explotadores del trabajo: pasasteis ya para dejar en lugar del caos y del desorden de la desigualdad la poderosa armonía de la felicidad en la igualdad humana! ¡Gloria al trabajo, gloria a la ciencia,

gloria a la Providencialidad, que han realizado el destino sublime de la humanidad sobre la tierra!

Mas si el trabajo, la ciencia y la Providencialidad del hombre han conducido a la humanidad a la inmensa altura en que se halla de felicidad y de poder, sólo ha logrado estos sublimes prodigios simplificando sus sociedades, moralizando sus costumbres, dulcificando sus goces, y retornando a la simplicidad e igualdad primitiva con todas las conquistas que ha logrado del bien en la luenga serie de los siglos.

¿Pero diremos por esto que la igualdad absoluta de todos los hombres existe? ¿Y si existiera, en qué emplearían sus virtudes y Providencialidad?

Los hombres, con el grado de perfección a que han llegado, tienen menos diferencias entre sí que en los tiempos pasados. La fuerza, la belleza y la inteligencia son ahora en ellos más semejantes; pero la igualdad absoluta es imposible en las organizaciones complicadas como la del hombre, y he aquí lo grandioso y sublime de la Providencialidad humana, que ha sabido equilibrar esas pequeñas diferencias con las virtudes recíprocas de los hombres.

¡Oh sí; yo veo esos dulces y benevolentes niños ansiar con todo el fervor del entusiasmo el sobresalir en sus estudios, no para humillar a los menos aptos sino para auxiliarlos en sus intelectuales tareas!

También los miro lanzarse a los ejercicios gimnásticos, para poder un día ser útiles con sus físicos esfuerzos a sus semejantes. ¡Qué gloria, qué placer es para cualquiera de ellos el salvar de las profundas ondas al que accidental fatiga ha sumergido en el baño!

Asimismo percibo esos hombres llenos de fuerza, de vigor y de inteligencia lanzarse a los trabajos más duros sin especial recompensa, por ceder a los menos fuertes otros trabajos más suaves y más al alcance de su poder relativo.

Así es como en las profesiones hay el placer, mas no el honor ni el derecho de ejercer las más difíciles.

Los niños al concluir sus estudios y elegir la profesión de su vida se presentan a examen en la festividad de Primavera y se les aplica a los diferentes trabajos según sus aptitudes.

advirtiéndose a los más exaltados en la colocación social, que ésta no les quita el carácter de iguales, ni les da especiales derechos, sino más bien que siendo más aptos para ejercer la Providencialidad, ésta les sujeta a especiales deberes de protección y abnegación hacia sus semejantes.

En la juventud, en la fiesta del estío, se previene a los jóvenes el deber de equilibrar los esfuerzos mutuos, ejerciendo desinteresada y desapercibidamente las virtudes necesarias para elevarse en la sociedad humana, sin hacer mérito de las ventajas individuales para una aspiración personal, porque ésta haría inmediatamente al que la tuviese inferior a los otros.

En el otoño, en la fiesta de los adultos se presentan los proyectos de las mejoras físicas, mecánicas o científicas, que se hayan proyectado en los peculiares núcleos, y se consignan al examen general de los diversos sistemas del trabajo a que pertenecen, y que cuando son útiles sancionan su ejecución.

Pero cuando esos proyectos son de utilidad universal, se presentan en el invierno, en la festividad de los ancianos, quienes deciden la ejecución de los trabajos en que se interesa toda la humanidad.

En el otoño se leen, con gloriosa emoción de júbilo y respeto, los nombres de los adultos que han tocado la ancianidad, en que deben dejar el corporal trabajo y pasar al goce del retiro y de las ocupaciones intelectualmente directivas de la sociedad. Entonces es cuando el hombre sufre su segundo examen y es llamado el anciano a ejercer aquellas nobles ocupaciones a que lo consignan su aptitud y virtudes.

En el invierno, en la fiesta de los ancianos, se leen con reverente respeto los nombres de los centenarios que se consignan a la apoteosis viviente. Ellos quedan exentos de todo deber, de todo trabajó, de toda liga socialmente individual. Su edad avanzada los consigna a las atenciones humanas, y sea cual fuere su decrepitud, ellos son mirados como seres divinos en quienes se representan los hechos Providenciales de sus floridos años.

Así es como la parte directiva de la sociedad está encomendada a los proyectos de los jóvenes y adultos y a la sanción

de los ancianos. La telegrafía hace fácil este método en la humanidad en masa.

Despojado el hombre de sus facticias pasiones, no tiene ya reticencias, no tiene antipatías para ejecutar el bien. La policía es inútil cuando todos la ejercen sobre sí mismos.

Las faltas graves son calificadas de locura, porque en el absoluto bienestar de la humanidad, sólo el loco puede ser criminal y así el delincuente es tratado como loco.

Las faltas leves las castigan los núcleos mismos en sus asociados. Las tendencias hacia las pasiones tiránicas se castigan con el confinamiento solitario. El que ataca la sociedad se hace indigno de ella.

Pero la tiranía es imposible, pues no hay autoridad recíproca, y la autoridad de los ancianos sólo es la sancional de los proyectos y mejoras elevados por los jóvenes y adultos, discurridos por ellos mismos o inspirados por los ancianos.

¡Dulce, dulce y beatífico edén, mansión del orden y de la felicidad! ¡Yo extasío mi alma regocijada en tu contemplación! ¡Yo percibo el deleite de la bienaventuranza al meditarte! Y cuando vuelvo mis tristes y patéticas miradas a los calamitosos tiempos de la desigualdad, no puedo menos de preguntarme con ansiedad dolorosa: ¿cómo era posible que los hombres prefiriesen el aislamiento y debilidad de las roedoras pasiones facticias, a la pureza y felicidad de la igualdad natural en la asociación?

¡Salve, mil veces salve tú, humanidad gloriosa, que has sabido depurarte de todas tus deficiencias, y elevarte espléndida, sublime y Providencial en el maravilloso Planeta que habitas...!

De este modo ha vuelto el hombre, según la significativa parábola, hacia la dulce mansión de su infancia: la cuna del género humano, y percibe la bendición de su Padre celestial en el logro dulce y beatífico de todas sus Providenciales empresas.

Al retornar a la mansión paterna, la humanidad conduce sus portentosas riquezas consigo: ¡las riquezas de su virtud y ciencia!

Pero además conduce también el mayor de sus tesoros, el inmenso bien con que el benevolente Creador ha querido facilitar su felicidad.

¡Hablo de ti, dulce y bello sexo, de la estirpe del hombre, mitad la más amable!

¡Hablo de ti, mujer maravillosa, que aún en los días de llanto, de pena y de infortunio, eras el prodigioso consuelo de la humanidad doliente!

¡Hablo de ti, tierno y encantador conjunto de las delicias más caras de la humanidad!

¡Hablo, sexo hermoso, de ti, y trémulo de emoción y respeto te saludo!

¡Mas, oh pobre pluma mía! ¡Oh palabras lánguidas que mi balbuciente labio tímido articula! ¡Y, oh tú mi triste pincel, cuyo débil colorido encuentro ahora tan opaco y deficiente! ¿Cómo podré servirme de vosotros cuando mi intuitiva mirada os encuentra tan inferiores para expresar las emociones de mi entusiasmado espíritu?

¡Pero tú, sexo grato, tú perdonarás mi modesta y reducida ofrenda; y ya que no puedo coronarte con guirnaldas sublimes de esplendentes flores, recibe al menos mi humilde ramillete en que lucen en primer término las tímidas violetas!

¡Oh mujeres prodigiosas, cuántos hechizos habéis reunido en el conjunto admirable que os constituye! ¡La hermosura, la portentosa hermosura es vuestra común realidad! ¡Forma y color y hechizos seductores son en vosotras ya las esplendentes galas con que la naturaleza pródiga os adorna!

La salud y el vigor os dan la radiante belleza de la venus ática, y la virtud y el pudor os envuelven en el misterioso lino de la vestal velada.

Cuando marcháis, parece deslizarse la aérea visión de transparentes y nítidos celajes, y cuando reposáis formáis los grupos de beatíficos encantos.

¡Cuánto, cuánto ha engrandecido vuestro dulce prestigio la reunión divina de vuestros hechizos naturales y de vuestras virtudes!

Vosotras conocíais, aún en los tiempos de vuestra esclavitud y llanto, el maravilloso poder del virgíneo pudor; pero

este caro bien de vuestras dulces almas os lo arrancaba el dueño opresor que tiránico os avasallaba.

Mas ahora, si sois niñas, el pudor da el tinte de vuestras sonrosadas mejillas. Si sois jóvenes, el pudor os adorna con el divino velo de vuestras mismas gracias. Si sois núbiles, el celestial pudor es vuestro realce y dote. Si sois madres, vuestro fiel pudor aún permanece virgen; y en fin, aún en las gradas descendentes de vuestra dulce vida, es el pulor y el vigor de las virtudes el que os apoya con su invencible fuerza.

¡Tiempos ya pasados en que la mujer aislada y miserable tenía que vender sus gracias, contrastando y al fin despreciando el pudor con que la misma naturaleza la dotara cual de un poderoso y salvador instinto! ¡Tiempos de infamia y baldón para la mujer virtuosa, vosotros erais el mayor oprobio de la humana historia, y no se vuelven los ojos a vuestra despreciable crónica sin hallar los tristes y melancólicos siglos en que la sociedad era una plaga de dolencias infames, y la mujer un ser vendible y susceptible de convertirse en el conjunto más asqueroso de podredumbre y vicios!

¡Pasasteis, sí, oh tiempos de llanto y de ignominia para los seres débiles y abyectos, y de opresión y duelo para la mujer dulce y sensible! ¡La Providencialidad humana ha vindicado los derechos de la mujer, de ese ser Providencial por excelencia, y en su corazón suave y afectuoso ha elevado el trono de las más tiernas virtudes!

La mujer se ha emancipado de su antigua debilidad y servidumbre. Ella es la consocia del núcleo en que nace, y desde la cuna tiene los mismos derechos que los infantes varones.

Y en la vejez, cuando las gracias naturales se marchitan, la mujer ejerce aún la Providencialidad y el encanto de su sexo. ¡Dulce, dulce y delicioso es para el tierno infante el reposar su rizada cabeza en el seno de la cara abuela, y recoger los besos amorosos de la afectuosa centenaria que parece ya no vivir sino en el amor de sus admirables descendientes!

¡Oh sexo, oh sexo maravilloso que infundes interés en la cuna, amor en la juventud y respeto en la vejez; tú pareces reasumir todos los sentimientos dulces y caros del hombre, y éste te dirige sus ardientes y plácidas miradas también desde

la cuna, en que antes que nadie tú recibes su primera sonrisa, hasta el lecho de muerte en que después que nadie cierras tú los párpados de sus apagados ojos!

¡Oh, cuán bien sentía el corazón del hombre las exigencias de sus nobles instintos! ¡Pudor y amor buscaba para rendirles el más profundo amor y respeto, y sin embargo, el vicio, el venenoso vicio sólo anhelaba el amor para ultrajarlo y el pudor para envilecerlo y destruirlo!

¡Y tú, triste y oprimida mujer de los pasados tiempos! ¡Cuántos dolores sufrías hasta hundirte en el vicio, y cuántos hacías sufrir una vez enviciada! ¡En ti sembraba el hombre una amarga semilla de oprobio y de miseria, y recogía a su vez la funesta y venenosa cosecha de sus crímenes, germinada en tu débil y corrompido seno!

Mas ahora el pudor libre e independiente es el eterno paladín del sexo delicado, y el hombre ha reconocido al fin que sólo puede tener el deleite de la felicidad, ¡el deleite supremo en la tierra!, cuando el amor y el respeto obtienen los favores virtuosos del pudor y el amor inseparables de la esposa digna.

Sí, el hombre ha hecho conquistas Providenciales de bien en todos los resortes de su felicidad. El amor sexual ya no es aquel frenesí de angustias y de celos que absorbía sus momentos y potencias. La ciencia ha sabido desarmar a sus apetitos de la continua y viciosa urgencia de otro tiempo, y ahora el placer se aduna a la razón para dar días de gloria al pudor y al amor, resplandecientes de libertad y de prudencia.

En esos núcleos sociales, en esas mansiones deliciosas en que el hombre ha sabido formarse los dulces retretes del perennal edén que constituye este Planeta, los sexos diversos tienen habitaciones separadas. Mucho, mucho se cuida de conservar la inocencia de los niños y de no despertar los apetitos dañosos en la juventud.

Las jóvenes permanecen en sus estudios y utilitarias labores hasta la edad en que el desarrollo de sus formas y fuerzas es completo. Entonces concurren como protagonistas en la deliciosa fiesta de las vírgenes, y ellas son presentadas en la sociedad que las aclama núbiles.

¡Oh fiesta prodigiosa; de amor y de deleite precursora férvida! Yo miro tus esplendentes espectáculos, y el éxtasis del placer dulce y honroso que se difunde en la humanidad entusiasmada.

Los diversos núcleos de un mismo sistema de trabajo envían a su central agencia sus vírgenes núbiles y los jóvenes púberes que han obtenido con la edad y el premio de las virtudes el derecho de asistir a tan brillante festividad, la que dura tres días.

En el primero las vírgenes presentan sus delicadas obras premiadas desde su infancia y en toda la época de su educación, y ejecutan varios ejercicios del provechoso saber que han aprendido.

En el segundo día se dedican a manifestar y gozar sus habilidades en las artes liberales y bellas, y en la noche se ejercitan en el baile. ¡Baile de ninfas, sin que en él los hombres tomen parte!

El tercer día es la fiesta religiosa de las vírgenes, y en ella la voz conmovida del decano del respectivo núcleo recita la historia Providencial de cada una de ellas. ¡Cuántas acciones admirables, cuánto amor filial, fraternal y humanitario; cuánta ternura y bondad revelan esas dulces historias de las tímidas doncellas! ¡Y cuánta sencillez en sus detalles de pureza y virtud irreprensibles! ¡Allí, allí se encuentra el verdadero interés de las almas virtuosas en los encantadores cuadros llenos de gracia y pureza en su relato! ¡Allí, vírgenes divinas, gozáis del premio de vuestras virtudes; allí eleváis el trono glorioso de la moral; allí santificáis el pudor, y allí despertáis el amor en los generosos y Providenciales corazones de los jóvenes concurrentes que os admiran! Vosotras presenciáis veladas esa lectura deliciosa, y cuando llegáis a adorar a Dios, dándole gracias porque os ha fortalecido en la bondad y la pureza, se humedecen vuestros ojos con las bellas lágrimas del religioso reconocimiento, y vuestras dulces y vibrantes voces entonan el himno grandioso y sublime de la Providencialidad virgínea!

¡Oh mundo, oh mundo convertido en paraíso, y ornamentado con las gracias y virtudes de los seres hermosos cuya

festividad presencias; cuán nobles, cuán profundas, cuán virtuosas emociones dejas en los corazones de los jóvenes! Ellos toman sus tarjetas de marfil e inscriben sus nombres al calce de los nombres queridos que pretenden en consorcio, y los entregan ante la remuneradora junta de los ancianos. Estos arreglan las peticiones, simplifican las que son múltiples, y dirigen a los pretendientes para que no se compliquen en sus solicitudes. Estas, ya purificadas, se entregan en cajas maravillosamente trabajadas y cerradas a las deliciosas doncellas, las que no las abren sino hasta el nativo núcleo, y allí a sus solas resuelven acerca de su suerte a la vista del retrato, del sencillo relato de amor y de la sucinta aprobación social del que las solicita en matrimonio.

Las vírgenes no declaran su elección sino hasta el estío en la fiesta de la juventud, y en ella se mira bailar a los felices jóvenes con sus dulces y recatadas prometidas, pero los matrimonios no se verifican sino hasta el otoño, en la esplendente fiesta de los adultos.

¿Cuánto tiempo dura el matrimonio? El de la voluntad... Lo mismo un día que un siglo, y así como el consentimiento de los contratantes sancionado por la junta directiva de los ancianos valida el acto de unión, así también las mismas circunstancias validan la separación.

Mas tú mujer, tú por tu misma debilidad relativa, tienes por la naturaleza la facultad de aceptar y repeler, y aunque tu consorte no convenga en separarse de ti, basta que tú lo pretendas en la fiesta de los adultos, y tu matrimonio queda disuelto.

Los matrimonios se pueden renovar en los divorciados, así como pueden verificarse con nuevos cónyuges. Lo mismo puede acontecer después de la viudez; pero esos esponsales son ya privados, y sólo son solemnes los de las vírgenes, en la fiesta del otoño.

Al terminar esta magnífica festividad, después de la festividad religiosa se presenta por padrinos adultos el novio radiante de alegría a la tímida doncella, que lo acepta rodeada de sus venturosas amigas; y la nueva y gozosa pareja se despide para hacer un viaje de placer por el mundo. ¡Viaje delicioso!

¡Tú eres el encantador acaecimiento que forma un bouquet de perennales recuerdos en la historia venturosa de la vida! ¡Jamás se marchitan tus fragantes flores! ¡Jamás se opacan tus diamantinos reflejos! ¡Ellos endulzan todas las situaciones de la existencia, y ellos embellecen aún los márgenes de la eternidad en la vejez!

Cuando los desposados vuelven al núcleo de su trabajo y residencia, los hombres toman las habitaciones de su sexo, y sólo a la mujer se da posesión de la alcoba nupcial. Ella es la dueña de ese retrete de castos deleites, y el afortunado esposo tiene que solicitar como un amante el ser recibido misteriosamente en sus felices muros.

¿Hay celos en esos matrimonios? No: ¿cómo podría causarlos quien es libre para romper los lazos que lo ligan? ¿Ni cómo podría el vicio corromper la lealtad fortalecida y defendida por todas las virtudes?

Así pasan esos dulces consorcios en la plácida calma de la más venturosa Providencialidad; así se unen los corazones sin mancillar las costumbres, y así el pudor y el amor conducen a los desposados de deleite en deleite, hasta que la mano metamorfosista de la naturaleza reclama la materia a la vida corpórea, y deja libre el espíritu para que se dirija hacia la eternal felicidad.

JUAN NEPOMUCENO ADORNO

INDICE

I. El hombre moderno en México 7

II. Un hombre práctico del romanticismo 31

III. Este mundo: México en 1858 60

IV. El otro mundo: la utopía 92

V. Epílogo, o génesis de la utopía 129

Apéndice: EL REMOTO PORVENIR 147

Este libro se acabó de imprimir el día 30 de junio de 1953, en los talleres de la Editorial Jakez, Filipinas, 801, México, D. F. Se tiraron 1,000 ejemplares, y en su composición se utilizaron tipos Bodoni de 12:14, 10:12 y 8:10 puntos. Se encuadernó en la Encuadernación Casillas, Artes 48. La edición estuvo al cuidado de *Alí Chumacero.*